

syndikat
Friedrich-Glauser-Preis 2013
Bester Kriminalroman

ROLAND SPRANGER

**ZONAS
DE GUERRA**

THRILLER



ZONAS DE GUERRA

ROLAND SPRANGER

Título de la edición original
Kriegsgebiete

Zonas de Guerra

Traducción de Albert Vitó i Godina

Portada: Nele Schütz Design, Múnich

© Ediciones Especializadas Europeas, SL.
info@edicionesee.com
www.edicionesee.com

ISBN: 978-84-941739-5-0

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquiera de sus partes no podrán ser reproducidos ni archivados en sistemas recuperables, ni transmitidos en ninguna forma ni por ningún medio, ya sean mecánicos, electrónicos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro medio sin permiso previo de Ediciones Especializadas Europeas, SL.

PRÓLOGO

PROVINCIA DE KUNDUZ (AFGANISTÁN)

Piedra a piedra, los tres vehículos de reconocimiento *Mowag Eagle* iban avanzando poco a poco en dirección al valle. Iban tan despacio que los conductores podrían haberle preguntado a cada una de las piedras que encontraban por la pista cuáles eran sus verdaderas intenciones. No se podían fiar ni del polvo de Afganistán. El país entero estaba sembrado de minas. Daniel sabía que el blindaje del Eagle bastaba ante las cargas explosivas menores, pero también que no sería suficiente si la detonación era más fuerte. En cualquier caso, la mejor manera de protegerse ante las explosiones era evitándolas.

Vistas desde la pista, aquellas montañas que parecían de chicle recordaban a los paisajes idílicos de las maquetas de trenes en miniatura. A Daniel le entraban ganas de meter figuritas de plástico de gente en aquel escenario tan solitario. Nada de ayuda humanitaria ni de misiones militares, simplemente minúsculos personajes de plástico.

Cuando ya se acercaban al pueblo, las pistas de piedras sueltas dejaron paso a caminos de gravilla compactada. Tras una curva muy cerrada, el valle se abrió de forma hospitalaria ante ellos. Un apacible mosaico de campos cultivados. Tranquilo y, por consiguiente, también sospechoso. En ese país, la calma nunca era algo de lo que uno pudiera fiarse. Sin embargo, el lugar tampoco era ideal para una emboscada. Daniel miraba con atención a través de los cristales blindados del Eagle IV. Los ojos le escocían por culpa del sudor.

La temperatura interior superaba con claridad los cuarenta grados. La chaqueta antibalas apenas permitía que circulara el aire debido a las pesadas

placas de titanio y a las fibras de kevlar que, supuestamente, eran capaces de aguantar incluso el fuego de las ametralladoras. Daniel no es que estuviera precisamente ansioso por comprobarlo, igual que la mayoría de sus compañeros. Claro que siempre había algún chiflado dispuesto a salvar el mundo él solo. O al menos dispuesto a cargarse a un buen puñado de talibanes. Tipos con ganas de luchar, locos por la guerra. Debía de tener algo que ver con la falta de sexo. Y un poco también con el hecho de haber pasado demasiadas horas jugando al *Call Of Duty*. Daniel intentaba mantenerse lo más alejado posible de esos tipos tan peligrosos. A la hora de la verdad, en caso de emergencia, solían olvidar todas las medidas tácticas que les habían inculcado durante la instrucción y era una verdadera mierda encontrarse justo al lado de un tipo así.

Ninguno de sus compañeros tenía ansias de muerte. La muerte deja de ser algo romántico en el momento en el que te topas con ella por primera vez, sin director, ni cámaras, ni la iluminación adecuada. Las chaquetas antibalas servían para no pasar a mejor vida o, dicho de otro modo, para volver a nacer en caso de recibir un disparo. Por eso se asumía de buena gana eso de sudar un poco. Lo único que Daniel quería era terminar ese aburridísimo transporte de personas sin tener siquiera la ocasión de convertirse en un héroe, sin necesidad de poner a prueba el equipamiento en condiciones de combate. Y eso, pensó Daniel, que se trata de una misión de seguridad y construcción y no de una acción militar. Pensó en su papel de copiloto activo y pulsó con habilidad experta unas cuantas teclas del ordenador de abordo.

—Quedan aún cuatro kilómetros hasta nuestro destino —dijo Daniel.

—¿Qué hace exactamente el doctor en esas chozas de campesinos? —preguntó Pöhlmann desde el asiento de atrás.

—Beber té —respondió Timo mientras esquivaba un bache—. Aquí te pasas la vida bebiendo té una vez has entrado en contacto con la población autóctona. Y si no te gusta el té, al menos tienes que fingir que te gusta.

—No soporto el té —respondió Kunz.

Una rápida mirada por el retrovisor bastó para ver que, efectivamente, Kunz se había quedado pálido como el papel con sólo pensar en el té. No podía ser por el trayecto o por el vehículo. Durante las patrullas ya habían recorrido pistas tan bacheadas que los ocupantes del vehículo habían corrido el riesgo de partirse la cabeza contra el bastidor interno. Y a diferencia del

Dingo, con el que ya había tenido que recorrer las malditas infraestructuras afganas, el Eagle era muy espacioso y llevaba una buena amortiguación. La suspensión del Dingo era tan blanda que te mareabas enseguida.

—Eh —preguntó Daniel—, ¿de verdad no soportas el té?

—Me provoca una especie de alergia. Me mareo y me salen granos por todo el cuerpo.

—¿Te ocurre con todas las clases de té o solo con algunas? —preguntó Pöhlmann.

—Con todos.

Daniel se encogió de hombros.

—Tal vez tenga que ver con alguna experiencia traumática durante la infancia.

—Si no tomas té no tienes nada que hacer en este país —le confirmó Timo una vez más mientras negaba con la cabeza.

—Me dan ganas de vomitar con solo pensar en beber té.

—Entonces deja de pensar en ello antes de que sea demasiado tarde y dejes el Eagle hecho una mierda —comentó Timo con tono cortante antes de prestarle atención a un arriero que estaba en la cuneta.

—No es más que un arriero —dijo Daniel.

—Sí —respondió Timo mientras contemplaba por el retrovisor cómo una nube de polvo se tragaba al nativo y a su bestia de carga.

Daniel había conocido a Timo durante la instrucción que habían realizado juntos. Desde entonces llevaban ya cinco meses en Afganistán y para los dos era ya la segunda vez que los destinaban allí. En Timo se podía confiar, le costaba perder la calma cuando se encontraba bajo presión. Los jóvenes que iban en el asiento de atrás eran nuevos. Sven Kunz siempre se ponía camisetas del Bayern de Munich durante el tiempo libre. Según decía, contribuían al entendimiento entre los pueblos. Alexander Pöhlmann le había contado la semana anterior a Daniel cómo se contaba en el poker justo antes de una partida y, sin embargo, había acabado perdiendo veinte euros. En los asientos delanteros iban los más veteranos y en los de atrás, los novatos. Daniel era algo paternal y le explicó a los otros dos por qué el médico militar bebía té cuando se encontraba con un autóctono.

—El afgano también es médico. Quiere establecer una consulta en su

aldea. Es un hombre valiente. De vez en cuando, nuestro médico le trae a su colega medicamentos caducados y material de vendaje vetusto. Es una tarea humanitaria.

—¿Y para eso son necesarios tres vehículos con doce soldados? —preguntó Pöhlmann.

Timo levantó la vista hacia el cielo hasta que sólo quedó visible el blanco de sus globos oculares.

—Esos putos talibanes tienen algo contra las misiones humanitarias —le explicó Timo con tono enervado—. De hecho, contra casi todo. Son de la Jihad.

Daniel se volvió hacia los novatos.

—¿Sabéis lo que es la Jihad?

—¿Es la pregunta del millón? —preguntó Kunz.

—He leído —dijo Pöhlmann— que a los mártires les esperan setenta y dos vírgenes en el paraíso. O sea, setenta y dos para cada uno.

Timo estalló en una carcajada.

—Ve con cuidado, no vayan a cambiarte las creencias. ¡Con esa maldita guerra psicológica tienen las de ganar!

Los dedos de Daniel pasaron rápidamente por el teclado del ordenador de abordo en una operación rutinaria y, sin embargo, no exenta de tensión. Espero sacarme de encima estos nervios cuando esté de vuelta en casa, pensó. No les seguía nadie. Eran el último vehículo del convoy compuesto por tres Eagles. La retaguardia era un objetivo de ataque potencial. De hecho, todos los vehículos eran objetivos potenciales, tan solo dependía de la táctica que utilizaran. Unos disparaban primero a la vanguardia para detener a los convoyes; otros, al último para sembrar el pánico entre los que iban delante y para que cayeran en una emboscada o en una zona minada; o utilizaban un misil para hacer estallar el vehículo del medio y provocar un caos absoluto. En una guerra de guerrillas vale todo siempre que seas el atacante.

A Daniel le dolía el cuello por el peso de la chaqueta antibalas. De hecho, le parecía bien notar cómo las protecciones se le pegaban al cuerpo con el sudor, pero luego estaba el peso de la munición y de las baterías. Nadie se hacía a la idea de la cantidad de corriente que llegaba a utilizar un soldado moderno: aparatos de navegación, de radio, de visión nocturna y de detección térmica. Uno tenía que llevar encima todo ese equipo digital. Incluso sin

chaqueta antibalas, era fácil reconocer a los veteranos porque iban arrastrando los pies por los campamentos ligeramente inclinados hacia delante. Y porque no reclamaban duchas ni salas de musculación. Los perros viejos tampoco se ponían nerviosos cuando la conexión a internet desaparecía de repente por enésima vez, mientras que los nuevos se estresaban cuando se daban cuenta de que en Facebook seguían pasando cosas a pesar de su ausencia. Tarde o temprano, los más verdes terminaban aprendiendo también. En la guerra, uno se acostumbraba a esperar. Primero la guerra era una misión de paz, pero incluso en una misión de paz lo más importante es tener paciencia. Por aquel entonces había menos asaltos y ataques con misiles, pero más minas. Solo los soviéticos habían dejado diez millones de minas mientras habían estado defendiendo el comunismo en el macizo montañoso de Hindukush. Eran artefactos perniciosos que reflejaban el verdadero socialismo: estaban hechas polvo, pero eran mortíferas de todos modos. Cuando uno se da cuenta por primera vez de que puede morir en cualquier momento, esperar no es ni mucho menos la peor de las opciones.

—Los mártires son tontos del culo, pero al menos se alegran cuando muerden el polvo —dijo Timo. Aceleró el Eagle para subrayar su argumento. Todos los ocupantes del vehículo notaron en las vísceras cómo se activaba el turbo.

—Los mártires no deben tenerle miedo a nada.

Daniel tuvo la sensación de que tenía que responder algo. Por algo era sargento primero, quería estar a la altura de su rango, subirles la moral. Sin mentiras.

—El miedo sirve para aguzar los sentidos, es un mecanismo de protección que en situaciones de peligro nos permite actuar de forma adecuada —dijo Daniel—. Es la evolución. Sin el miedo que sentimos, la tal vez la cumbre de la creación serían las hienas.

—¿Qué tienes contra las hienas? —preguntó Timo.

—He leído —dijo Pöhlmann mientras se inclinaba hacia delante desde el asiento trasero— que entre las hienas, las hembras son las dominantes y los machos están subordinados.

—¿Y? —preguntó Kunz.

—Nada, eso. Que lo leí en alguna parte.

—¿Crees que las hienas no tienen miedo?

—No tengo ni idea. Son animales.

—Nosotros también seguimos siendo animales, a nuestra manera.

—Claro. Tú eres fan del Bayern.

En el asiento trasero empezó una leve pelea.

—¡Basta! —ordenó Daniel—. De lo contrario, mañana patrullaréis a cuarenta grados a la sombra con las bufandas de vuestros equipos puestas.

Una curva más y el pequeño convoy de vehículos llegó por fin al valle. El camino proseguía en línea recta hasta la pequeña aldea en la que dos horas antes habían dejado al doctor Dietrich, el médico de campaña. Según los estándares europeos, llamar aldea a unas cuantas cabañas de barro agrupadas junto a un arroyo podría parecer grandilocuente, pero en los mapas de la zona aquellas humildes moradas aparecían marcadas como asentamientos de tamaño medio. Daniel se concentró en el ordenador de abordo para evitar que su nivel de atención bajara en picado. Sabía que mantener una actitud vigilante era el mejor seguro de vida para un soldado, pero a él le costaba mantener ese estado. Necesitaba recordárselo de vez en cuando.

En el asiento trasero, los dos novatos seguían discutiendo acerca de quién ganaría la liga alemana de fútbol. En Afganistán, Daniel había dejado de interesarse por el fútbol. Los talibanes habían utilizado el estadio construido con los fondos de ayuda para el desarrollo para llevar a cabo unas cuantas barbaries. Habían usado la portería como patíbulo y disparaban desde el punto de penalti o practicaban amputaciones públicas en el círculo central.

—¿No podríamos poner música? —preguntó Kunz.

—No —respondió Timo.

—Los yanquis siempre escuchan música en los vehículos de asalto.

—Y también matan a tiros a los cámaras de televisión porque los toman por lanzamisiles. La música dificulta la concentración. Me da igual lo que digáis, no pondremos música.

Daniel cogió los prismáticos y examinó la zona. Nada sospechoso. A continuación se centró en la casa del médico afgano, la que estaba en la entrada a la población. Todo parecía tranquilo. Sin embargo, no se sintió satisfecho.

—¿Ves alguna camiseta de Nirvana por alguna parte?

—¿Te refieres al concepto budista o al grupo de música? —preguntó Timo.

—Al grupo. La portada del bebé en la piscina, estampada sobre una camiseta negra.

—No creo que la tengan muchos afganos.

—Hemos quedado con el doctor que colgaría una por aquí fuera si todo iba bien.

—O sea, que es una señal secreta. Creía que las camisetas de grupos de música eran parte de un procedimiento de la ISAF.

Timo se inclinó sobre el volante.

—No veo ninguna camiseta negra. En mi patria, una calle como ésta se consideraría intransitable; no puedo estar pendiente además de la ropa que lleva la gente.

—¿Has dicho patria?

—Sí. ¿Te molesta?

—No. Es que yo nunca utilizo esa palabra, eso es todo.

Daniel se volvió hacia el asiento trasero.

—¿Vosotros veis alguna camiseta negra de Nirvana? Me refiero al grupo.

Kunz y Pöhlmann alargaron el cuello.

Mientras las míseras cabañas de barro se iban acercando cada vez más, Daniel intentó contactar por radio con el médico del ejército alemán, el doctor Dietrich, pero no se oía más que ruido de estática.

—No responde —dijo Daniel.

—A veces la emisora interferente del Eagle bloquea nuestra propia emisora de radio —respondió Timo—. Deberíamos desconectar una de las dos.

Daniel se dio la vuelta.

—¿Y bien?

—Yo no veo ninguna camiseta de Nirvana. Ni siquiera una del Bayern, y eso que las hay por todo el mundo —respondió Kunz.

—Mierda, esto no me gusta nada.

El primer vehículo del convoy ya estaba cerca de la casa.

—Ve más despacio —ordenó Daniel.

Timo levantó el pie del acelerador de inmediato.

Daniel sostenía el aparato de radio muy cerca de los labios e intentó hablar con la máxima claridad.

—Aquí águila tres. No salgáis de los coches bajo ningún concepto.

Los dos vehículos que iban delante se detuvieron frente al patio de la casa.

—Para.

Timo frenó y el coche se detuvo a unos cien metros de distancia.

—Aquí Águila dos.

La voz del subteniente Göller sonó metálica a través de la emisora de radio, pero también tan clara que parecía como si estuvieran hablando cara a cara.

—¿Qué ocurre?

—No hemos podido contactar por radio con el doctor.

—Es posible que la haya desconectado, odia ese tipo de aparatos.

Daniel vio los dos Eagles detenidos frente a la casa y tuvo un mal presentimiento, aunque no podía utilizar la intuición como argumento con Göller.

—He quedado con el doctor que colgaría por ahí fuera una camiseta de Nirvana si todo iba bien.

—¿Se refiere al grupo?

—Sí, el grupo. Una camiseta negra con un bebé dentro de una piscina intentando atrapar un billete.

El aparato de radio empezó a crepitar. Unos segundos más tarde, se oyó de nuevo la voz de Göller.

—Aquí no hay ninguna prenda de ropa. Además, a los talibanes no les gusta la música. Nadie que estuviera en su sano juicio saldría a llamar la atención con una camiseta de Nirvana puesta.

—Deberíamos pedir refuerzos.

—¿Por qué?

—Esto no me gusta nada.

De nuevo, pasaron unos cuantos segundos que se hicieron muy largos.

—De acuerdo, esperaremos un poco. Quédense en posición.

Daniel miró fijamente a los Eagles que seguían aparcados frente a la casa.

—Es posible que simplemente se haya olvidado de la camiseta —dijo Timo mientras se inclinaba sobre el volante—. Sería muy propio de él.

Daniel era un experto en el arte de esperar. Aquella era la primera vez que se encontraba en una situación en la que la espera se le hizo engorrosa.

—¿No deberíamos salir? —preguntó Kunz.

—¿Y luego qué hacemos? —preguntó Timo.

—Explorar los alrededores.

—Una gran idea. Avísame si te topas con algún talibán.

—Es que no podemos limitarnos a quedarnos aquí dentro sin hacer nada.

—Cuando lleves el tiempo suficiente en Afganistán, no te parecerá tan mal.

—Pues yo no pienso salir. O sólo si es imprescindible —dijo Pöhlmann mientras miraba a su alrededor con nerviosismo—. Aunque suene como si fuera un cobardica.

—Está bien —lo tranquilizó Daniel.

—Un Eagle IV ofrece nueve metros cuadrados de protección —dijo Timo para secundarlo—. La protección perfecta contra armas de fuego de mano y minas. Siempre que las minas no sean muy gordas. Yo sólo saldré si no queda más remedio.

Se quedaron mirando fijamente la casa y el coche con el símbolo de la ISAF que estaba al lado.

—Una cerveza no estaría nada mal —dijo Timo.

—Una cerveza estaría muy bien —respondió Daniel.

—¿Cuánto hace que estamos aquí?

—Dos minutos.

—Se me está haciendo muy largo.

Daniel miró a su alrededor. El paisaje seguía tranquilo, pero empezó a recelar de tanta calma. Volvió a oírse una voz en el aparato de radio.

—Salimos.

—¿Por qué? —preguntó Daniel. Enseguida se arrepintió de haberlo preguntado.

—Porque somos soldados, sargento —respondió el subteniente Göller—. Hemos venido a recoger al doctor Dietrich. Y si necesita nuestra ayuda, le ayudaremos. De momento quédense donde están hasta nueva orden.

La voz de Göller sonó como si de vuelta en el campamento el subteniente tuviera la intención de romperle el culo al sargento chiflado para quitarle las paranoias.

—Creo que ya no querrá ser amigo tuyo —comentó Timo.

—Es posible.

En el vehículo de asalto intermedio se abrieron las dos puertas del lado del copiloto y salieron tres soldados armados. Con cautela, cubriéndose los unos a los otros, mirando a su alrededor, en todas direcciones. Un momento después los engullía una enorme bola de fuego, la parte delantera de la casa se derrumbaba y aparecía un enorme hongo de humo y polvo.

En ese mismo instante, el estallido y la onda expansiva llegaron al Eagle y sus ocupantes notaron la sacudida hasta en los huesos.

—¡Mierda! —gritó Daniel—. Acelera.

—Vaya idea de mierda —jadeó Timo mientras pisaba el pedal del acelerador a fondo y el turbo del Eagle los catapultaba hacia un escenario bélico.

Daniel intentó frenéticamente establecer contacto por radio con el campamento.

—No vamos a meternos ahí dentro —dijo Timo antes de detener el vehículo de nuevo a unos veinte metros de la casa.

Entretanto, Daniel había conseguido conectar con el campamento. El radiotelegrafista sonó aburrido cuando se presentó. Tal vez acababa de hacerse la manicura o estaba jugando a algo. Cuando uno está en peligro de muerte, el resto de personas, las que se sienten seguras, parecen letárgicas. Quizás sea porque la vida pasa a una velocidad distinta. La arena golpeó el parabrisas como una granizada y de la nube de polvo salieron ondeando jirones de uniforme de combate, retazos muy pequeños. Calcinados. Demasiada información de golpe para un cerebro que no está preparado. Ésa es la esencia del terror, el hecho de que pueda cogerte desprevenido incluso cuando cuentas con ello.

A través de la neblina que había levantado la explosión, Daniel pudo ver los miembros destrozados y sangre por todas partes. Los ojos del subteniente Göller lo miraban fijamente. La cabeza había quedado en el suelo, sin cuerpo. Gilipollas, pensó Daniel mientras volvía a tragarse la bilis que le había subido por la garganta.

Toma una decisión equivocada y se las pira como si nada. En ese momento, puesto que era sargento, Daniel pasaba a ser el oficial de mayor grado y, por consiguiente, estaba al mando. La responsabilidad no era algo que facilitara precisamente la toma de decisiones.

—¡Tenemos bajas! ¡Necesitamos refuerzos urgentemente! —gritó Daniel

frente al micrófono, tan fuerte que al soñoliento radiotelegrafista debieron de saltarle los auriculares.

—No tenemos contacto por radio con Águila uno. ¿Ves algo?

Timo negó con la cabeza.

No te apartes ahora, pensó Daniel.

En la parte de atrás se abrió una puerta y Kunz salió del Eagle y corrió hacia la casa con el fusil de asalto en una mano y la pistola en la otra.

Antes de que Daniel pudiera dar una orden, se abrió la otra puerta trasera y, justo a su lado, apareció Pöhlmann con el arma preparada.

Idiotas, pensó Daniel sin llegar a decirlo.

Los dos novatos pasaron corriendo agazapados junto al vehículo.

Estalló una segunda carga explosiva y la onda expansiva empujó a Daniel contra su asiento. Notó el estómago y los pulmones como si hubiera recibido un fuerte puñetazo. Enseguida empezaron a pitarle los oídos.

Kunz salió catapultado hacia el parabrisas y se deslizó sobre el capó del Eagle para caer junto a la puerta del copiloto. Daniel sacó el fusil de asalto G36 de su funda y abrió la puerta. Debajo de él estaba el cuerpo de Kunz. Le había desaparecido por completo la cara. A pesar de ello, seguía borboteando y resollando. Daniel dio un amplio paso para evitar aquel cuerpo que se agitaba en convulsiones. Se ha acabado llevar camisetas del Bayern, pensó Daniel, aunque de inmediato se arrepintió de ello. Los pensamientos viajaban sin control por sus sinapsis. En la guerra es mejor no pensar, pero justo cuando es necesaria la máxima concentración, el cerebro hace lo que le da la gana. Pöhlmann estaba tendido junto a los restos de la casa con la pierna derecha completamente desgarrada. Gritaba como un animal. Tal vez como una hiena. Y tenía los ojos muy abiertos, como si fueran a salirse de las órbitas. Daniel se quitó el cinturón de los pantalones para comprimirle la pierna, pero dudó si debía hacerlo. El tejido estaba completamente desgarrado. No sabía por dónde hacerle el torniquete. En ese momento empezaron a ametrallarle. Los proyectiles impactaron a derecha e izquierda en los restos de la casa. Daniel rodeó con el cinturón la pierna hecha puré de Pöhlmann con la máxima fuerza de la que fue capaz. A continuación, alzó el fusil automático y vació medio cargador en un barrido que abarcó las colinas circundantes. Al menos seguía controlando lo suficiente como para no vaciar todo el cargador. Daniel no sabía dónde estaba el enemigo, pero no tenía ninguna duda de su presencia.

Timo apareció corriendo a través de la nube de polvo. Disparaba frenéticamente para cubrir a Daniel y a Pöhlmann, que seguía gritando.

—¡No desperdicies la munición! —le ordenó Daniel—. Tendremos que aguantar hasta que llegue el helicóptero de combate.

—No tenemos helicópteros de combate.

—Los yanquis tienen unos cuantos.

El enemigo empezó a disparar de nuevo.

Timo y Daniel respondieron disparando hombro con hombro.

Luego se pusieron de cuclillas y cambiaron los cargadores. A su derecha, seguían los disparos. Fogonazos. Supervivientes del Águila uno. Era tranquilizador que hubiera sobrevivido alguien más.

Timo volvió corriendo al coche para lanzar otra llamada de socorro. Desde el lado del copiloto pescó el micrófono del aparato de radio.

Pöhlmann estaba temblando. Demasiada sangre, todavía perdía demasiada sangre.

En la pierna desgarrada de Pöhlmann, Daniel buscó a tientas la aorta para comprimírsela. Al principio no la encontraba, pero se obligó a mirar. Presionó el vaso haciendo pinza con el pulgar y el índice.

Esto es lo que se siente en una misión de seguridad y ayuda al desarrollo, pensó Daniel.

Timo se había puesto a cubierto tras el blindaje del Eagle. En la puerta del copiloto brillaba el logotipo verde de la ISAF con la inscripción «Ayuda y cooperación» en caracteres pastunes.

—¡No moriré en Afganistán! —bramó Timo.

—Yo tampoco —susurró Daniel. Presionó la aorta de Pöhlmann entre los dedos con todas sus fuerzas, pero la sangre seguía fluyendo por encima de su mano mientras las balas seguían impactando a derecha e izquierda. La rocalla le golpeó en los hombros y en la barbilla. Pöhlmann tenía los ojos abiertos de par en par y Daniel intentó devolverle la mirada hasta que ya no pudo soportarlo más.

HOF, DISTRITO ADMINISTRATIVO DE LA ALTA FRANCONIA

**(ALEMANIA), UN AÑO MÁS TARDE
MARTES**

Daniel estaba sentado relajadamente en el sofá de piel con la gabardina puesta. En cualquier caso, estaba tan relajado como podía, le costaba mucho distenderse y no siempre lo conseguía. Tenía los brazos extendidos sobre el respaldo y la cálida lluvia de primavera caía sobre sus párpados cerrados. Después de Afganistán, Daniel había aprendido a apreciar la lluvia y el resto de esos fenómenos meteorológicos poco frecuentes en las zonas de clima templado. Que el caprichoso tiempo de abril se hubiera prolongado ese año hasta bien entrado el mes de mayo le parecía bien. Daniel pasó la punta de los dedos por la superficie de piel del sofá. Le gustaba la humedad, era orgánica, parecía como si evitara que el polvo pudiera filtrarse entre él y el sofá. El polvo quedaba muy lejos.

Se oyó el chirrido de la puerta del jardín, hacía mucho tiempo que nadie engrasaba las bisagras. Daniel reconoció al visitante por el ritmo de sus pasos. Podría haberse quedado con los ojos cerrados, pero decidió abrirlos. para asegurarse. No era capaz de aceptar la falta de seguridad. Vio acercarse a Maik por el sendero trillado a través de las ortigas que se alzaban hasta la altura de las rodillas. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y la cabeza cubierta por la capucha. El agua le goteaba desde los mechones que le quedaban desprotegidos. A él no parecía gustarle tanto la lluvia como a Daniel. Los dos hombres asintieron levemente para saludarse y, sin mediar palabra, Maik se sentó junto a su amigo en el sofá de piel. Durante

un rato permanecieron sentados en silencio, contemplando la enorme pantalla de plasma apagada que tenían delante, sobre el césped.

—Créeme —dijo Maik al fin—, no sería mejor si el televisor funcionara. Siempre salen superestrellas, top models y otros imbéciles por el estilo. Zombis que dejan que unos cuantos cabrones les digan cómo tienen que buscarse la vida.

—Creo que los zombis no deberían dictarnos cómo debemos vivir. Al fin y al cabo son muertos. No muertos, vaya.

Maik reflexionó un momento.

—O tal vez sí te divertiría.

—¿Qué? ¿Ser un no muerto?

Ya lo soy, pensó Daniel.

—La tele —respondió Maik—. Al fin y al cabo, los espectadores también pueden devolver a ese cásting de mónstruos al infierno del olvido, mandando un SMS.

—¿Y qué podría parecerme tan divertido?

—El olvido.

Maik siguió con los ojos fijos en la pantalla plana mientras los de Daniel vagaban por el jardín. Era una costumbre aprendida: permanecer siempre atento. El jardín estaba descuidado. Parecía como si la Bella Durmiente llevara ya unos cuantos años durmiendo en una casa unifamiliar con tejado de zinc y placas solares. Al principio, algún vecino se había quejado de la maleza acumulada porque empezaba a invadirle ya la finca. Sin embargo, desde que todo el mundo se había enterado de que Daniel había defendido a Alemania en el Hindukush, no habían vuelto a protestar. Tal vez por respeto, aunque también podía ser por miedo. Al fin y al cabo, Daniel era un tipo aguerrido y corpulento. Tal vez los vecinos estaban de acuerdo con que eran necesario algún que otro sacrificio con tal de que la democracia estuviera asegurada, como convivir con las malas hierbas, por ejemplo.

—Es asombroso lo bien que este sofá soporta nuestro clima —dijo Maik.

—No sé qué tienes en contra de nuestro clima.

—Nada. Es lo que hay.

—Esto es piel. Y la piel necesita humedad.

—Tal vez dependa de la cantidad. ¿La piel puede enmohecer?

—Ni idea. Ya veremos.

—Bueno, al relleno de espuma tarde o temprano le saldrá moho.

Maik intentó encenderse un cigarrillo, pero el mechero se rindió ante la lluvia. En lugar de una llama, lo único que salió de él fue un nervioso clac-clac-clac. Suspirando, Maik volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo y se recostó de nuevo en el sofá con el cigarrillo apagado en la comisura de los labios. Poco a poco, el papel se empapando y el cigarrillo quedó melancólicamente doblado hacia abajo.

—En cualquier caso, la pantalla plana sí que está cascada —dijo Maik.

—Da igual, dicen que todo lo que echan es basura.

—Eso es cierto.

—Al menos resulta decorativa.

—Sí, los de Panasonic las diseñan bien.

Daniel y Maik siguieron mirando fijamente la pantalla. Cuando uno se sienta en un sofá, tarde o temprano acaba mirando la pantalla que tiene delante, aunque esté estropeada.

Maik se quitó el cigarrillo empapado de la boca, lo alisó e intentó meterlo de nuevo en el paquete. Tras varios intentos infructuosos, acabó tirando lo que quedaba del cigarrillo al jardín del vecino.

—La lámpara de pie también está estropeada —dijo Maik.

—También es pura decoración. Aquí fuera resulta incluso más decorativa que en el salón.

—¿Odias a la lámpara?

—¿Por qué tendría que odiar a una lámpara de pie?

—Si mal no recuerdo, te la compró Melanie. En Ikea.

—No tengo nada contra los suecos, ni siquiera contra los de Ikea. Y el otro nombre no es necesario que lo mencionemos de nuevo.

—Pero el nombre existe.

—Sí, el nombre existe.

—¿En serio crees que te resultará más fácil olvidarla si no mencionamos más su nombre?

—No. No lo creo.

Los dos hombres se quedaron un rato más bajo la lluvia. Maik simplemente dejó que el agua fuera cayéndole encima. A Daniel le gustaba, la

lluvia caía igual tanto si él estaba allí como si no.

—¿Qué tienes previsto hacer hoy? —preguntó Maik.

—La programación de los martes.

Cada día tenía una programación estipulada y eso era importante para Daniel. Los lunes salía a dar un paseo en bicicleta hasta una cantera abandonada. Desde arriba, los restos oxidados de las máquinas se veían tan pequeños que parecían concebidos para que los utilizaran hormigas. A veces intentaba escalar las peñas más despejadas. Los martes acudía a la consulta del psicólogo. Tenía un trastorno postraumático. Hablaban, aunque Daniel no confiaba demasiado en aquellas conversaciones, temía que pudieran traicionarle. Luego salía a correr hasta los criaderos de peces que quedaban al norte. Los miércoles, su pequeño triatlón privado. Primero en bici hasta la zona recreativa y luego una vuelta al lago. Nadaba independientemente del tiempo que hiciera, siempre que el lago no estuviera helado. Unos cuantos paseantes se lo habían quedado mirando una vez como si fuera tonto mientras intentaba romper una capa de hielo de veinte centímetros de espesor con su cuchillo de combate de la OTAN. A las cuatro de la tarde tenía la cita que los servicios sociales habían recomendado que mantuviera con su hija Lea. Los jueves, carrera a campo traviesa por el bosque que quedaba al sur. Siempre seguía el recorrido más difícil, que incluía un rocódromo, saltos y otras oportunidades de romperse algún hueso. En un par de ocasiones se había llevado algún mal golpe, pero hasta entonces había conseguido evitar las fracturas. Los viernes, piscina cubierta y sauna. Mientras sudaba, Daniel siempre imaginaba que se desprendía del veneno que llevaba dentro. El sábado iba al mercado semanal en bicicleta.

Allí acudían vendedores de toda la región, vendían comida sana. Si le quedaba espacio libre en la mochila, luego pasaba por la biblioteca municipal. Por la noche intentaba ir al bar, pero no siempre le apetecía. Un lugar en el que se concentraba demasiada gente era el objetivo perfecto para un atentado. Cuando conseguía sentarse en una barra, le costaba seguir a sus interlocutores, porque siempre dedicaba el otro oído al resto de clientes. Los fragmentos de conversación se agolpaban en su mente y en algún momento había un nodo que los unía. El domingo iba corriendo hasta las ruinas del castillo de Kornberg. En total, diecisiete kilómetros hacia el este en línea recta. O mejor dicho, hacia el sureste. Daniel se había propuesto cubrir los cuatro puntos cardinales

cada semana. El trayecto de ida y vuelta a las ruinas del castillo eran casi la distancia de un maratón. No podía correr en línea recta porque siempre encontraba un obstáculo u otro. Era un recorrido exigente con tantas pendientes que no tenía tiempo de recuperarse durante los descensos. Sobre todo porque conocía el recorrido. Mientras bajaba, no podía dejar de pensar en la siguiente subida. El domingo por la noche, después de ducharse, tocaba ir al cine, aunque sólo veía películas sin violencia. Al principio Daniel tuvo que acostumbrarse a las comedias románticas. Siempre salían trajes de novia, siempre una actriz protagonista que no era sexy. Una vez se hubo acostumbrado, no le parecían tan mal, aunque el cine era un terreno minado. Cada vez que oía el crujido de una bolsa de palomitas, Daniel se sobresaltaba. Demasiadas palomitas a su alrededor, demasiada gente. No podía controlarlo todo. Ni siquiera en las grandes salas con un montón de espacio para las piernas. Los lugares en los que se reunía mucha gente eran los objetivos preferidos para los atentados. Ir al cine formaba parte de la terapia que estaba siguiendo. Un paciente aquejado de ansiedad como yo, pensaba Daniel, debe enfrentarse con los estímulos que se la provocan. El doctor Hamann siempre empezaba preguntándole por la sesión de cine.

Además, cada noche mantenía una larga conversación por teléfono con Timo. Desde el tiempo que habían pasado juntos en Afganistán no habían perdido el contacto. Eran importantes el uno para el otro. Habían vivido demasiadas cosas juntos que difícilmente podían explicárselas a otras personas. A los que no hubieran estado allí con ellos.

Maik se puso de pie.

—Creo que es importante que tengas unos horarios fijos.

Daniel miró a Maik con escepticismo.

—Suenan como si fuera un enfermo al que haya que vigilar en todo momento. Para los dementes los horarios fijos son muy importantes.

—Los horarios son importantes para todo —respondió Maik, como si fuera un defensor acérrimo del orden vital.

—Ha hablado el maestro de la vida ordenada. ¿Qué haces tú los martes?

—Ya sabes que yo prefiero hacer las cosas de un modo más espontáneo. La espontaneidad es mi orden. Más tarde tengo que llevar unos paquetes a la oficina de correos.

Maik tenía cuarenta y tantos años y se dedicaba a vender discos de vinilo a

través de varias plataformas de subasta de internet. Por eso se pasaba el día rondando por las tiendas de artículos de segunda mano, por los rastros y por las viviendas que sabía que estaban vaciando, para ver si conseguía alguna joya a precio de ganga o, en el mejor de los casos, gratis. Lo que más le gustaba era comprar colecciones completas de discos, siempre encontraba algo bueno en ellas. La mayoría de las veces es gente que necesita espacio en su vida. En esos casos, lo primero que se quitan de encima es la colección de discos. Los vinilos pesan bastante y Maik los libraba de ese peso con mucho gusto. Luego se los vendía a fetichistas dispuestos a invertir una cantidad de tres cifras por un original del LP *Heroes* de David Bowie. Anteriormente, Maik también se había dedicado a los CDs, pero desde que cualquier descerebrado puede descargarse de internet toda la música que quiera con solo un par de clics, el mercado se había ido a pique. Gracias a su planificación semanal, Daniel sabía que aquello había sucedido un viernes, puesto que Maik se le había presentado en casa con una botella de ron caro y Coca-Cola proclamando con solemnidad:

—¡La era de los soportes digitales ha terminado!

A continuación había pasado a emborracharse a base de cubalibres para celebrar que había puesto punto final a su actividad en el mercado de CDs.

—Hoy he sacado ochenta euros de una portada de vinilo del *Führe Mich* de Rammstein —dijo Maik con orgullo.

—¿Que sale en la imagen?

—Un tío, creo. Un samurái. Aparece dándole unas zurras en el trasero a una mujer regordeta con el culo al aire... —Maik titubeó un poco antes de continuar. —...y una bolsa en la cabeza. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Lo de la bolsa.

Daniel alzó la mirada hacia el techo.

—Soy alemán y estuve en Afganistán, ¿de acuerdo? No un yanqui en una cárcel de torturas iraquí.

—Perdona, no quería molestarte.

—¡No me molestas! —gritó Daniel.

—Lo siento. Cuando pienso en una bolsa de papel que le cubre la cabeza a alguien desnudo no puedo evitar que me venga a la cabeza lo de Abu Ghraib. La soldado con un prisionero atado con una correa de perro. Los de

Rammstein contaron con eso al elegir la portada. Es una buena estrategia de *marketing*.

—Cuando Melanie todavía no se había llevado de casa el ordenador, mi juego preferido era *Civilization*. Me gustaba mucho. Siempre había sido un fanático de la historia. Un juego de historia era perfecto para mí. Construir maravillas del mundo: jardines colgantes, pirámides, estatuas de la libertad. Liderar una nación desde la edad de piedra hasta la era espacial...

—Vale, pero ¿a qué viene eso? —preguntó Maik.

—Por lo del samurái. Mi civilización preferida eran los japoneses y el jefe de Estado, Tokugawa. Durante el shogunato de Tokugawa se desarrolló el Bushido, el código de conducta de los samuráis, su máximo apogeo.

—No hay duda de que viste demasiado Discovery Channel antes de que se te empapara la tele.

—Un verdadero samurái no podía tener ningún tipo de miedo ni motivos para aferrarse desesperadamente a la vida. Les daba igual si su último día iba a ser ese o el siguiente. Además tenían que estar tan dispuestos a matar como a enfrentarse a la muerte.

Maik asintió.

—Contra mí has jugado a *Civilization*, pero con los egipcios.

—Es más rápido.

—Aplastaste mis primeros asentamientos con un único carro de guerra porque los carros de guerra de los egipcios tenían unas cualidades especiales penosas.

—Es verdad, eso de las cualidades especiales debería habértelo dicho. En cualquier caso, siempre hay que poner un guerrero para defender la ciudad y tú te olvidaste de eso.

—Me marchó. Tengo que enviar el disco de Rammstein.

Maik se levantó. Cuando estaba entre las ortigas, se dio la vuelta de nuevo. Sonrió y levantó una mano para despedirse. Seguía lloviendo de forma implacable. Maik llevaba la ropa pegada a la piel y eso le hacía parecer todavía más delgado. Tenía un aspecto ridículo. Daniel no pudo evitar soltar una carcajada y Maik pareció alegrarse de ello.

* * *

La sala de espera era deliberadamente luminosa. Se notaba que la sala había sido proyectada para que quedara de ese modo. Había una planta en cada rincón. Los sillones de mimbre parecían sacados de un lugar de vacaciones, de un bar junto a una playa del Adriático en el que servían caipiriñas con sombrilla y pajitas de colores chillones. En eso habían acertado, lástima que los sillones no fueran nada cómodos. El mimbre se hundía por la parte de la espalda. Tal vez fuera intencionado y el doctor Hamann interpretaba como parte de la psicoterapia el hecho de que los asientos de la sala de espera fueran incómodos. Como siempre que acudía a visitarlo, Daniel se fijó en los dos cuadros de la pared de enfrente: la gran litografía de una pintura colorista de Marc Chagall y la pequeña fotografía en blanco y negro de un hombre bajo el sol, en un paseo de Brooklyn, con la cabeza al descubierto, distendido; de fondo, la silueta de Manhattan. Daniel se acercó mucho a la foto. Era una vieja foto de los años cincuenta. En cualquier caso, previa a la construcción del World Trade Center. Y mucho antes de que las torres gemelas se derrumbaran. Sorprendía que el tamaño de la foto fuera tan dispar. Tal vez tuviera el Chagall para los maníacos y la foto de Nueva York para los depresivos. O al revés.

La puerta se abrió y el doctor Hamann se despidió de una delicada adolescente rubia. Una anoréxica, pensó Daniel. La rubia pasó junto a Daniel con la mirada gacha. El doctor Hamann siguió a la chica con los ojos. Ella se volvió de nuevo frente a la salida y lo saludó con la mano tímidamente. Hamann respondió con una sonrisa. Cuando la chica hubo cerrado la puerta, hizo extensiva la sonrisa a Daniel. Cordialidad profesional que los psicoterapeutas aprenden en la carrera. Probablemente había un seminario específico de sonrisas. A Daniel le parecía bien que así fuera. Le gustaba trabajar con profesionales.

—Buenos días, señor Schramm —dijo Hamann. A Daniel, esa cordialidad y el hecho de que le tendiera la mano para saludarlo le venía grande. Estrecharle la mano no era un problema, pero se sentía incapaz de hacerlo de manera cordial. Probablemente eran pocos los pacientes que lo conseguían.

El doctor Hamann acompañó a Daniel hasta el despacho. Suelo de parqué, un extraño escritorio pasado de moda y delante de éste, un ficus. Un ficus enorme, tan grande que parecía que lo hubiera colocado allí por si alguna vez necesitaba esconder a alguien. Tras la sala de tránsito estaba la zona en la que

conversaba con los pacientes, un invernadero con dos modestas sillas de madera de asiento almohadillado tapizado en piel. Entre ellas, una austera mesita cuadrada con el sobre de cristal. Las sillas estaban rodeadas de un paisaje selvático: palmeras, benjamines, ficus... Los girasoles a Daniel le parecían exagerados.

—¡Siéntese, por favor!

Daniel se acomodó. Durante los meses anteriores una vez a la semana había tenido la oportunidad de descubrir la mejor manera de sentarse en las sillas de la consulta del doctor Hamann. Y de librarse de la tensión, de la intensa sudoración que sufría de repente, de las altas pulsaciones, del mareo y el resto de síntomas de alarma que se apoderaban de su cuerpo cuando se encontraba en lugares cerrados.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó Hamann—. Acabo de preparar té. Té Bayram, es decir, con manzana, higos y dátiles.

—No, gracias. Como siempre, me he traído mi propia bebida. Lleva magnesio.

El doctor Hamann se sentó.

Daniel sacó una botella de plástico de la mochila, la abrió y tomó un buen trago. Mientras bebía, miró el jardín exterior. Un césped impecable, digno de un campo de golf, y algunos arbustos y árboles frutales. Había flores por todas partes. Había tenido ocasión de verlo en verano: verde. Y en otoño: multicolor. Daniel había creído que en invierno el doctor Hamann pegaría las hojas a los árboles y pondría la calefacción a toda mecha. Sin embargo, en invierno los árboles simplemente estaban pelados y el césped, nevado. Daniel tapó la botella de agua y la dejó sobre la mesita que estaba entre las dos sillas.

Entonces empezó el ritual. Dicen que los rituales son buenos, pensó Daniel. El doctor Hamann le dedicó una mirada afable, en silencio. Desde los mejores años de su vida, el doctor sufría el castigo de ver cómo en su cabeza no volvía a crecer el pelo. Su barba pulcramente arreglada no parecía decidirse por ningún color en concreto: era principalmente gris, con grandes manchas de color marrón rojizo. Aunque sus ojos vivaces demostraban su gran rapidez mental, expresaban calma y tranquilidad cuando se fijaban en Daniel. Esos ojos podían mantenerse en silencio con la misma habilidad que el resto del cuerpo del psicólogo. Durante el ritual, Hamann se limitaba a esperar a que fuera Daniel quien dijera la primera palabra. A ser posible, tenían que ser

los pacientes los que empezaran a hablar. En cualquier caso, el doctor evitaba hablar de ellos como pacientes y tampoco parecía disgustarse si la primera palabra se resistía a salir.

Tras más o menos media hora, el doctor Hamann hizo una pregunta:

—¿Ha ido usted al cine?

—Sí. La película era muy mala.

—Muy bien.

—¿Qué tiene eso de bueno?

—Al principio de la terapia no podía concentrarse en absoluto en las películas. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, porque llueve. Siempre que llueve estoy bien.

—Tal vez no debería depender usted tanto de las condiciones meteorológicas.

—No he elegido depender del tiempo que hace. Además, estoy intentando luchar contra todas mis dependencias.

—¿Sabría usted formular eso mismo de otro modo?

—Quiero ser independiente.

—Bien. ¿Cuando era niño el tiempo también tenía un papel tan decisivo para usted?

—Sí. Ya entonces me encantaba que hiciera mal tiempo. Cuando llovía, podía quedarme en casa y ver la tele en lugar de salir a tomar el aire.

—¿No le gustaba tomar el aire?

—No, por mucho que digan que es tan sano.

—¿Y ahora?

—Ahora ¿qué?

—Si le gusta tomar el aire. ¿O ha vuelto a dormir dentro de la casa?

—No, sigo durmiendo en el sofá. Y he sacado fuera también el resto de cosas. Todo el salón.

—¿Qué ha sacado?

—La lámpara de pie. El sofá.

—¿Y algo más?

—La pantalla plana.

—¿Tiene una toma de corriente en el jardín?

—En teoría sí. Tengo un tambor para cable de esos tan largos que compré en una tienda de gangas.

El doctor Hamann miró fijamente a Daniel y esperó.

—No he conectado los aparatos eléctricos.

—¿Por qué no?

—Porque quiero ser independiente. Ya se lo he dicho.

—¿Independiente de qué?

—Ni idea. Dígamelo usted.

—¿Y si conectara usted de nuevo el televisor?

—Está estropeado. Por la lluvia.

—¿Tenía la intención de estropear el televisor? ¿Lo hizo a propósito?

—No.

—¿Es posible que quisiera estropearlo de forma inconsciente?

—No lo sé. Precisamente habría sido algo inconsciente.

—¿Qué cree usted? ¿Quería estropear el televisor?

—¿Por qué tendría que quererlo?

—Para no tener que seguir viendo las imágenes.

—Me he pasado la vida viendo la tele.

—Antes de marcharse a Afganistán, ¿no?

—¿Cree que no soporto ver las noticias? Yo estaba allí cuando las retransmitían. Yo era la noticia.

—Nosotros, los psicólogos, a eso lo llamamos desencadenante. Cada vez que ve usted las imágenes es como si todavía estuviera en Afganistán.

Daniel tomó un trago de su botella de agua. Se suponía que el magnesio tenía que ayudarle a controlar el estrés, el dolor de cabeza y cualquier otro mal que pudiera aquejarle.

—Sigue estructurando sus horarios? —preguntó el doctor Hamann.

—Ya ve que sí, que estoy aquí. Siguiendo la programación del martes.

—¿Todavía ve a su hija con regularidad?

—Cada jueves. Siempre viene con una pedagoga social del centro de atención a menores. Creo que me considera un chiflado.

—Se siente mal durante esos encuentros?

—Claro que sí.

—Piense en ello. ¿Es por la pedagoga social o por la situación?

—Probablemente por la situación. El hecho de que te estén vigilando.

—Yo creo que, en cualquier caso, es bueno para usted que conserve el contacto con su hija.

—Lo he estado pensando... aunque sólo es una idea... Bueno, me gustaría preguntarle a Lea si le gustaría acompañarme a dar una vuelta en bicicleta hasta Kornberg. Hay una roca enorme que puede moverse con una gran rama. Una vez fuimos de excursión, cuando Lea empezaba la escuela. Fuimos toda la familia. Nos reímos mucho y me sirvió para explicarle la ley de la palanca.

—Suená bien. ¿Pues pregúnteselo a su hija!

—Debería pedirle permiso a su madre.

—¿Cómo describiría la relación con su exmujer?

—Guerra.

—Creí que no quería saber nada más de la guerra.

—No me la quito de la cabeza.

—¿Su mujer lo ve del mismo modo?

—Tal vez no sea una guerra de verdad. Con ataques frontales y acción y esas cosas. Es más bien una guerra de posiciones, en la que cada bando acecha al otro desde su trinchera. Es posible que incluso sea una guerra fría, pero sea como sea Melanie no lo ve de ese modo.

—Está bien que haya pronunciado su nombre.

—No era mi intención hacerlo. De hecho, ojalá pudiera retirarlo. Lo del nombre y tal.

—¿Que le gustaría que ocurriera en su relación?

—Es que ya no tenemos relación.

—¿Y las cosas quedarán así? ¿Se siente usted bien de ese modo?

—No lo sé. Tenemos una hija en común. Lea es importante para los dos. La familia es importante.

—Eso suena coherente. Una relación no termina sólo porque se haya dado por finalizada. ¿Qué le gustaría que sucediera?

—Una tregua. Eso estaría bien.

—¿Y si tuviéramos que pensar en algo incluso mejor que bien?

—Paz.

Apenas Daniel hubo pronunciado la palabra que empezaba por P, ya se

había arrepentido de hacerlo. Como si hubiera dicho uno de esos clichés de veterano sólo para decir algo que a su terapeuta le apetecía oír.

—¿La paz le parecería bien?

—Sí, la paz está bien.

—¿Hay algo más sobre lo que le gustaría hablar? —preguntó Hamann.

—Desde hace poco, me desaparecen cosas. Ayer estaban ahí y al día siguiente ya no están.

—¿Como por ejemplo?

—Un manzano. Mi cuchillo de combate.

—Cuénteme lo del manzano. Un árbol entero no desaparece así como así.

—Era un árbol muy joven. Lo planté hace unas semanas.

—¿Por qué?

—Para que hubiera más vida en el jardín. Y una mañana, sin más, ya no estaba. Más tarde volví a encontrarlo. En el contenedor de basura orgánica, completamente destrozado, con todas las ramas rotas.

—¿El cuchillo de combate también lo ha encontrado?

—No.

—¿Y le preocupa?

—Es un arma. No es de venta libre. Al menos tienes que acreditar que eres mayor de edad.

—¿Tiene usted alguna explicación para lo ocurrido?

Daniel se encogió de hombros. El doctor Hamann esperó sin dejar de mirarlo.

—Ya sabe que aquí puede decir lo que quiera.

—Me preguntaba si no seré sonámbulo. Si por las noches hago cosas que no recuerdo al día siguiente. ¿Cree usted que soy sonámbulo?

—Esté atento a ver si le desaparecen más cosas. La próxima vez volveremos a hablar de esto.

Cuando el doctor Hamann acompañó a Daniel hasta la puerta, el siguiente paciente ya estaba en la sala de espera. Era un hombre menudo y nervioso con media calva. Tal vez un depresivo, o un maníaco. Daniel no sabía si el hombre se habría fijado en el cuadro grande o en el pequeño. En caso de ser bipolar, tenía suerte, podría fijarse en las dos imágenes.

* * *

Daniel guardaba la ropa en la casa y no en el jardín. Estoy psicológicamente enfermo, pero no como una cabra, pensó. ¿Quién quiere ir siempre con la ropa mojada? Además, la humedad en la ropa enseguida huele mal y tarde o temprano acaba criando moho y él no soportaba ni una cosa ni la otra. Su actitud positiva respecto a la higiene se mantenía intacta. Por eso una vez al día entraba en casa para ducharse. En un baño alicatado con baldosas de colores, colores veraniegos. El baño no le parecía nada mal. El dormitorio, en cambio, no le gustaba nada. Después de que Melanie se hubiera mudado, Daniel había despedazado la cama. Los trozos de madera y el colchón rajado seguían allí, eran los residuos de su matrimonio y le recordaban demasiado aquella vida que en otro tiempo le había parecido de lo más natural, como si una relación no pudiera estrellarse, caer por una ventana abierta, perderse. Daniel se apresuró a recoger del armario la ropa que utilizaba para correr. Unos pantalones y una camiseta de tejido transpirable. De fibras sintéticas. Cuando era joven, el algodón era lo más agradable para la piel, pero a esas alturas ya había fibras sintéticas con los que el cuerpo reaccionaba mejor. Daniel se cambiaba de ropa a una velocidad de récord. Cuando lo hacía, evitaba fervientemente mirar aquellos restos que le hacían pensar de forma inevitable en la cama.

Daniel entró en la habitación de Lea. Estaba completamente vacía, con la única excepción de una jaula que estaba en el centro de la habitación. A través de los barrotes, Bonaparte lo contemplaba boquiabierto. Era un conejo moteado que empezaba a engullir de inmediato cada vez que Daniel le rellenaba el comedero. Una vez harto, Bonaparte dejaba de mostrar el más mínimo interés en él. Daniel no comprendía por qué la mayoría de la gente encontraba monos a los animales peludos y en cambio a los cerdos domésticos no, a pesar de lo inteligentes que eran. Tal vez era precisamente una cuestión de falta de inteligencia. Los cerdos simplemente se parecían demasiado a las personas para que éstas pudieran considerarlos monos.

De vuelta en la cocina, Daniel apoyó la mochila sobre la encimera de madera maciza. Se agachó un poco para ponérsela, se puso de pie y empezó a respirar jadeando. La mochila pesaba bastante, como de costumbre. O mejor dicho, su contenido. Las piedras de granito de la entrada y el sendero del

jardín mantenían una poderosa alianza con la ley de la gravedad. Daniel se apretó las correas, la mochila debía quedar lo más pegada posible al cuerpo, hasta que el peso quedara lo suficientemente integrado con el suyo. Durante un tiempo, las piedras habían jugado un papel importante en la relación entre Melanie y Daniel. La disposición de los guijarros de la entrada tenía un aspecto agradablemente caótico. Como si las piedras de diferentes colores se unieran para formar algo decorativo. En realidad, Melanie había pasado tres tardes dibujando un plano que indicaba dónde debía ir cada piedra. Incluso los lavajos parecían seguir un cierto orden. Como siempre que pisaba aquella entrada diseñada por Melanie, Daniel experimentaba aquella sensación mortificadora de no haber conseguido nada en la vida. Mejoraremos, pensaba entonces antes de echar a correr. La lluvia había cesado, pero había dejado su aroma por todas partes y el asfalto seguía mojado.

Pasos regulares. Respiración regular.

Salió a la calle, donde estaban los solemnes contenedores marrones. A ver si me acuerdo de sacar la basura orgánica, pensó Daniel. Dejó atrás aquel barrio de nueva construcción para sumergirse en los paisajes. El asfalto daba paso a un sendero de cascotes y durante los primeros doscientos metros tuvo que tener cuidado de no apartarse del camino, puesto que el césped estaba lleno de excrementos de perro acechando a los pies de la gente. Si pisas uno, no consigues quitarte la mierda de las ranuras de las zapatillas de deporte nunca más. Al menos sin estropearlas, en cuyo caso es mejor tirarlas a la basura. Daniel esperaba pescar algún día a uno de esos tipos que no recogen las cacas que van dejando sus perros. Estaba entrenado para la lucha cuerpo a cuerpo, podría hacerle tragar la mierda al perro, o a su propietario. Esto tengo que hablarlo con el doctor Hamann, pensó Daniel. Tal vez se muestre comprensivo. El terapeuta parecía un tipo más de gatos que de perros.

Después de recorrer dos kilómetros, Daniel llegó al campo de golf. Aquella área le recordaba a la zona de maniobras en la que había pasado parte de su formación como paracaidista. Sobre todo por los búnkeres de arena. En primer lugar por la arena y en segundo, por la palabra «búnker». De hecho, en aquella zona de maniobras había unos cuantos búnkeres de la segunda guerra mundial. Y probablemente había muchos más. No se puede borrar el pasado tan fácilmente. Por supuesto, los nazis fueron unos cabrones, pero hay que reconocer que ofrecieron trabajo estable. Ahí había tanto hormigón que

resultaba difícil pensar que pudieran deteriorarse hasta el derrumbe. Durante unas vacaciones en la isla de Rügen, Daniel había acudido con su familia a visitar el complejo vacacional de Prora. Los nazis lo habían concebido para veinte mil personas, para que en tiempos de paz sirviera como un lugar igualitario para pasar las vacaciones. El gigantesco complejo de edificios seguía en medio de las dunas como baluarte contrario a la felicidad individual. Melanie no había parado de quejarse de que las construcciones monumentales le provocaban dolor de cabeza. Lea se había pasado mucho rato durmiendo en su sillita. Daniel pensó en la *Kraft durch Freude*, literalmente «fuerza a través de la alegría», la organización política nazi encargada de estructurar y organizar el tiempo libre de la población alemana durante el Tercer Reich.

Los golfistas formaban un convoy, todos arrastrando sus carritos de mano por la calle del campo. Daniel afrontó la primera cuesta seria con una cantera de granito colgada en la espalda. Los golfistas jugaban en el campo, con calma, ninguno se lo tomaba demasiado en serio. Ni el campo ni los golfistas. Todo era artificial. La ventaja de los golfistas era que sus necesidades se habían tenido en cuenta para construir el campo, había drenajes y riegos por aspersión por todas partes. También el clima parecía mejor en el campo de golf, quien sabe si incluso el contacto personal entre la gente era más agradable. Daniel jamás había gozado de esas ventajas. Los soldados suelen viajar a territorios hostiles, donde viven personas hostiles. Luchan contra el paisaje y contra la gente. Y todo es de verdad. En las noticias a veces dicen mentiras, pero en realidad, todo es de verdad.

En la cuesta que había después del club de golf la mochila empezó a causarle dolor por primera vez. Le ardían los hombros. Justo por encima de la pelvis, las correas iban tan tensas que parecían estar pidiendo auxilio. Daniel hizo caso omiso a las señales de dolor que le mandaba el cuerpo y siguió torturándolo corriendo cuesta arriba. El jadeo de sus pulmones era casi metálico. Notaba perfectamente el dolor, mejor que cualquier otra sensación. Hasta cierto punto, le gustaba notarlo. El dolor le recordaba constantemente que seguía vivo. Si soportaba el dolor durante el tiempo suficiente, luego estaría cansado y podría dormir. Al menos durante un par de horas. Infatigable, Daniel siguió poniendo un pie delante del otro, aunque cada uno de los músculos de su cuerpo se le rebelaran, él se oponía mentalmente a esa sublevación corporal. Sudaba por todos los poros de su cuerpo, incluso por

los que ignoraba tener. Era muy importante controlar la respiración. Notaba todos y cada uno de los alvéolos pulmonares y los latidos del corazón en las sienas. Daniel sabía que si aguantaba lo suficiente, superaría ese punto muerto. Era como golpear una pared. La pared cedería si demostraba la fuerza de voluntad suficiente. Con eso en mente podía correr y correr, hasta llegar a alguna parte. Siempre habría un lugar al que llegar si no se quedaba tirado por el recorrido.

Ya en lo alto de la montaña, le costó mucho menos mover los pies. Los ojos también le ayudaron: se deleitaron con el paisaje de un valle sin casas, sin torres de alta tensión ni máquinas de construcción. Un gran prado en el que había varios viveros de peces de diferentes tamaños. El sol se filtraba por una ventana abierta entre las nubes y los rayos caían perpendiculares al suelo, de manera que los tanques de agua de los viveros parecían grandes espejos rodeados de hierba verde. Cuesta abajo, las piernas adoptaron un ritmo más generoso y Daniel se dio cuenta de que incluso había empezado a acostumbrarse al dolor. Daniel corrió relajadamente hasta el primero de los viveros. Se quitó la mochila y la dejó en el suelo. Antes de pisar la pasarela, con los pies comprobó que fuera estable. Ya sobre el desvencijado tablón de madera, se arrodilló, metió las manos dentro y se mojó la cara. Las mejillas empapadas en sudor le escocieron en contacto con el agua del estanque. Daniel respiró hondo. Se inclinó hacia delante para mojarse de nuevo. Entonces vio aquel rostro, el bonito rostro de una niña, como los de las imágenes modernistas. Muy blanco, rodeado de algas y del pelo negro flotando en el agua. En realidad, a Daniel no le gustaba mucho el modernismo, no se habría colgado un cuadro de ese tipo en casa, pero de repente lo vio allí. Un grabado artístico en el estanque de peces. Daniel se apoyó sobre una mano mientras deslizaba la otra por la superficie del agua. Notó la nariz, las mejillas, la boca. Una sensación agradable. Asustado, retiró la mano. Daniel se quedó mirando fijamente el agua. Frente a él aparecieron imágenes de Afganistán. Compañeros muertos a los que había tocado. Se puso de pie de un salto y echó a correr para alejarse del estanque. Volvió a colgarse la mochila a la espalda. Simplemente sigue corriendo, pensó Daniel, pero la mochila pesaba y el rostro del agua se confundía en su cerebro con el recuerdo de los compañeros caídos. Cuerpos desgarrados sobre el polvo, sobre la grava, pocas veces sobre un suelo asfaltado. Poco a poco, Daniel regresó al

estanque. Sudor en los ojos. Controlar la respiración, pensó Daniel, controlar la respiración. Se quedó de pie en la orilla, respirando conscientemente. Sin mucha decisión, subió a la pasarela. El agua estaba turbia, eso era bueno para las carpas. Dentro del estanque había una niña muerta.

De cara bonita, pero con una horrible brecha en la garganta, un corte limpio, aunque los bordes estaban ya algo hinchados. De hecho, el agua debería estar teñida del rojo de la sangre. El dolor sorprendió a Daniel en un lugar inesperado.

* * *

Un agente vestido de paisano grabó con una pequeña cámara digital a los curiosos que se agolparon junto al cordón policial. En ocasiones, el autor del crimen vuelve al lugar de los hechos. Eso lo sabe todo el mundo por las películas y las series, pensó Daniel, por lo que también deben de saberlo todos los asesinos, aunque al parecer no debían de saberlo todavía todos los criminales peligrosos. O quizás algunos simplemente lo consideraban importante. Tal vez para ellos era el aliciente especial. Durante un mes, Daniel odió a la gente. Se alegró de poder hablar acerca de ello con su terapeuta, así como de no tener la posibilidad de disparar munición pesada contra las aglomeraciones.

Dos policías uniformados quitaron la cinta de plástico que previamente habían tensado por encima del camino. La ambulancia subió la montaña muy despacio, sin las luces azules puestas. Daniel conocía el término oficial: «señales audiovisuales». Las ambulancias no llevaban las luces azules puestas si el estado del paciente no requería que el resto de vehículos se apartaran con una maniobra peligrosa para dejarlo pasar. Es decir, cuando el paciente está fuera de peligro, o bien cuando ya es demasiado tarde, a pesar de haberse saltado todos los semáforos en rojo. En la camilla había una niña muerta. Ni un desfibrilador, ni un aparato de respiración artificial, ni un maletín de primeros auxilios podrían hacer nada por ayudarla. El pelo oscuro le daba un aspecto todavía más pálido, parecía una muñeca de porcelana empapada de un agua llena de algas. En ese momento, mientras contemplaba cómo la ambulancia subía tanteando por el camino, Daniel pensó en una muerte sin explosiones ni charcos de sangre.

Hombres y mujeres vestidos de blanco registraron los alrededores del estanque mientras los hombres rana hacían lo mismo bajo el agua. Los dos policías tensaron la cinta de plástico de nuevo sobre el camino. Daniel había esperado que marcarían el lugar de los hechos con una cinta de color amarillo y letras negras. Una vez, mientras veía un capítulo de CSI en DVD, pulsó el botón de pausa para poder leer la inscripción. No le había resultado fácil, puesto que la cinta se veía desde atrás y lo que vio fue la imagen especular de los caracteres. CRIME SCENE — DO NOT ENTER. La cinta rojiblanca que se utilizaba en Alemania tenía un aspecto bastante más anodino, como si la hubieran sacado de unas obras. La impresión, CORDÓN POLICIAL, era más anodina. En la escena de un crimen sucedido en Alemania parecía como si no hubiera ocurrido nada de nada.

Una mujer menuda y rubia se acercó a Daniel. Tal vez sólo le había parecido de corta estatura en comparación con el gigante que la acompañaba. Era posible que en otros tiempos los requisitos de ingreso al cuerpo hubieran sido muy distintos. La altura mínima que se les exigía a los policías era entonces de metro sesenta y cinco y ella debía de superarla por poco, muy poco. Como mucha otra gente de baja estatura, se movía con una determinación sorprendente, mientras que aquel apéndice sobredimensionado que llevaba a remolque parecía tener que ordenar sus extremidades continuamente.

—¿Señor Schramm? —preguntó la rubia con una severidad rutinaria.

Daniel se puso de pie y las rodillas le crujieron. Llevaba tanto rato sentado que las rodillas se le habían entumecido.

—Sí —dijo Daniel mientras le tendía la mano.

La rubia le mostró la identificación policial.

—Soy la inspectora jefe Feller. —Hizo una seña con la cabeza hacia atrás—. Y él es el inspector Weber.

El gigante asintió sin mostrar la más mínima expresión en el rostro. Daniel se quedó con la mano extendida frente a los dos policías.

—¿Podría respondernos a unas cuantas preguntas? —preguntó la inspectora.

—Sí, claro.

Daniel retiró la mano y se la metió en el bolsillo de la chaqueta de jogging.

—¿Ha sido usted quien ha encontrado el cadáver?

Daniel asintió.

—Sí.

—¿Cuándo lo ha encontrado?

—Debían de ser más o menos las cinco de la tarde.

—¿Pero no lo sabe con exactitud?

—No llevo reloj. Y si lo hubiera llevado, es posible que tampoco me hubiera fijado.

El gigante sacó su bloc de notas que, sorprendentemente, tenía un tamaño normal.

—La llamada de urgencia ha sido a las cinco y cuarto.

La voz de Weber era más aguda de lo que Daniel había esperado. Cuando vemos a un tipo tan grande tendemos a pensar que tendrá un volumen pulmonar gigantesco y una voz grave. Tal vez en las alturas había menos oxígeno. En cualquier caso, Weber debía de rematar bien de cabeza jugando a fútbol.

—¿Por qué nos ha llamado desde el campo de golf? —preguntó la inspectora Feller.

—He tenido que ir hasta allí para informar a la policía de que había encontrado a una niña muerta dentro del estanque.

Feller sonrió de forma comprensiva, algo que no se aprende en la academia sino sólo después de haber llevado a cabo muchos interrogatorios.

—¿No llevaba teléfono móvil?

—No tengo móvil. Pueden localizarte fácilmente, si llevas uno.

La inspectora lo miró fijamente y el gigante que tenía detrás hizo lo mismo. Se volvieron para mirarse Daniel se dio cuenta de que tenía que tener cuidado con lo que decía.

—¿Qué hacía usted aquí? —preguntó Feller.

—Correr.

—¿Viene a correr por aquí a menudo?

—Cada jueves .

—¿Conocía a la difunta?

—No.

—¿La había visto alguna vez con anterioridad?

—No.

—¿Le ha ocurrido algo especial, hoy?

—He encontrado un cadáver en el agua.

—¿Y aparte de eso?

—Nada.

—¿Ha visto a alguien cerca de aquí?

—Solo a los golfistas.

Los policías miraron a Daniel y éste sonrió, aunque tampoco es que tuviera motivo alguno para ello. A veces sonreímos como acto reflejo.

—¿Qué lleva en la mochila? —preguntó Weber. Esa vez, a Daniel la voz del inspector no le pareció tan aflautada.

—Piedras —respondió Daniel.

Weberladeó ligeramente la cabeza y pasó a mirarlo más fijamente.

—De granito. Mi esposa quería piedras naturales de la región para la entrada del jardín.

—Mi mujer y yo hemos decidido poner losas de hormigón —dijo Weber—. Son bastante más baratas. De todos modos, no tengo por costumbre llevármelas de paseo cuando salgo a correr.

—¿Le importaría que mi compañero le eche un vistazo a la mochila? —preguntó la inspectora Feller.

—En absoluto.

No se les habría ocurrido pedírmelo si sospecharan de mí, pensó Daniel. Aún así, empezó a sudar y también a respirar de forma más superficial. La inspectora parecía capaz de leerle el pensamiento.

—Es rutinario —dijo de un modo cordial.

—Por supuesto.

—Debemos investigar en todas las direcciones.

Weber se puso de cuclillas frente a la mochila y abrió las trabillas. Se quedó mirando el contenido con incredulidad y palpó la mochila.

—Piedras —dijo Weber.

—Granito —precisó Daniel.

—¿Por qué sale a correr con una mochila llena de piedras? —preguntó la inspectora Feller.

—Para que cueste más.

—¿Y no le duele al cabo de un rato?

—Creo que es importante saber dónde se encuentran los límites propios.

La rubia lo miró fijamente durante unos instantes.

—Mi compañero le tomará los datos. Seguramente nos pondremos en contacto con usted de nuevo en los próximos días.

La inspectora se dio la vuelta y se dirigió hacia el vivero de peces. Weber abrió el bloc de notas y sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Su nombre? —preguntó.

—Daniel Schramm.

* * *

La mochila estaba en el suelo, junto al sofá de piel. Daniel estornudó de repente, como si alguien hubiera pulsado un botón. Entre el primer estornudo y el siguiente, apenas tuvo tiempo de respirar. Ahora no vayas a volverte alérgico, pensó Daniel en un intento de autohipnosis. Miró fijamente la pantalla plana. Durante el crepúsculo, el aparato adoptaba el atractivo mítico propio de un monolito prehistórico. Como una de las rocas de Stonehenge en el descuidado jardín trasero de una casa unifamiliar. A pesar de que la tecnología había sucumbido a la intemperie desde hacía mucho tiempo, cada vez que miraba el televisor aparecían imágenes en su cabeza. Un *reality show* en el que una familia de aficionados a la mecánica tenían que maquear una *chopper* oxidada en un tiempo determinado. Tenían que decorar el depósito de la moto con una copia del cartel de la película *Bailando con Lobos*. El propietario de la *chopper* tenía claramente más de cuarenta años, una edad en la que te estás mirando continuamente entre las piernas para comprobar si ahí abajo hay la suficiente libertad. Después, un programa llamado *Ven a cenar conmigo* en el que aparecían famosos a los que nadie conocía. Todos con una sonrisa perenne, una alegría que solo puede tener lugar en televisión. Y además, un menú que nadie sería capaz de encargarse. Lo principal es que no hubiera nada de género negro. A Daniel no le gustaban las historias de crímenes y policías. Las hacen como si fueran de verdad. Él ya sabía que esas cosas sucedían de verdad y que cuando eran reales no tenían ninguna gracia.

Daniel pasó entre las ortigas para entrar en la casa. Vacilante. Las ortigas todavía no le llegaban a los antebrazos, pero al cabo de unas semanas tendría que levantar los codos para pasar. Las piernas las llevaba protegidas por los pantalones. Hacía ya tiempo que había perdido la costumbre de llevar

pantalones cortos. Sabía que te convertían en blanco de las garrapatas o de las quemaduras solares o, en el peor de los casos, de ambas cosas. Ya en el interior de la casa, cogió el teléfono inalámbrico de la estación de carga, se lo metió en los pantalones y volvió a salir fuera. Muy rápido, para pasar el menor tiempo posible entre aquellas cuatro paredes.

Aliviado, Daniel se instaló de nuevo en el sofá de piel del jardín. Fuera se estaba mejor. Notó que el teléfono que llevaba en el bolsillo de los pantalones le presionaba los testículos. De hecho, no debería importunar a Timo con aquella mierda, lo de la joven muerta por una mala herida en la garganta. Los veteranos ya tenían suficientes problemas con los muertos que no consiguen quitarse de encima. Al final, se decidió a marcar el número de Timo. Era un amigo, su mejor amigo. En caso de necesidad, aunque fuera de noche, podía llamarlo. Se lo había dicho Timo. Ni siquiera era de noche, todavía. Como mucho, estaba anocheciendo. Última hora de la tarde. Daniel tampoco es que estuviera seguro de que fuera un caso de necesidad. Bueno sí, había encontrado un cadáver, pero al menos no estaba en Afganistán.

—Hola —en el pabellón auditivo de Daniel sonó aquella voz conocida que había oído ya centenares de veces por el aparato de radio.

—Soy Daniel.

—Ya sé quién eres. Veo tu número en la pantalla.

—Hoy te llamo más tarde que de costumbre.

—Puedes llamar cuando quieras, ya lo sabes, ¿no? Ya lo sabes.

—Lo sé.

—¿Va todo bien?

Qué pregunta más rara, pensó Daniel. ¿Cuándo fue la última vez que pude decir que las cosas me iban bien? ¿Antes de Afganistán? ¿Antes de que mi esposa cogiera la maleta y la niña y se marchara? ¿O antes de sacar los muebles al jardín?

—He encontrado un cadáver en un vivero de peces —dijo Daniel.

—Me parece que no te he entendido bien. Vuelve a repetírmelo.

—Un cadáver, un vivero de peces. Una chica. Alguien la ha degollado.

—Mierda. Pasaré a verte.

—Bien.

—Pero no podré venir antes del fin de semana.

—Claro.

—Por el trabajo.

—Lo comprendo.

—¿Te parece bien que pase a verte el viernes por la tarde?

—Claro.

—¿Te cargaste también la cama para los invitados?

—Me limité a vaciarla de aire. Es una de esas camas hinchables.

—Entonces podremos instalarla fuera sin problemas. Me traeré un saco de dormir y dormiremos los dos en el jardín.

—Bien, te despejaré un rincón.

Una pausa. Por un momento, Daniel pensó que se había cortado la comunicación.

—No cometas ninguna estupidez, ¿de acuerdo? —dijo Timo.

—¿A qué tipo de estupidez te refieres? —preguntó Daniel.

—No lo sé, intentar suicidarte, por ejemplo. Puedes llamarme cuando quieras. Aunque sea de noche.

Mucho rato después de haber colgado el teléfono, las palabras de Timo seguían flotando en el aire. «Aunque sea de noche». Suena como si realmente necesitara ayuda, pensó Daniel. Sobre todo desde el punto de vista mental. Pero Timo no lo ha dicho con mala intención. No puede sorprenderle mi estado mental, mucho menos teniendo en cuenta que él también tiene lo suyo.

Un cansancio implacable empezó a trepar por las piernas y los brazos de Daniel hasta apoderarse de todo su cuerpo. Cerró los párpados y dejó caer la cabeza. Había sido un día muy largo. Había encontrado un cadáver.

En casa no le esperaba nadie. Se suponía que debía mantenerse alerta. En algún lugar, ahí fuera, había un enemigo. Desde que había regresado a casa no había tenido contacto con ningún enemigo. Aparte de sí mismo.

Daniel sabía que era la hora del salvapantallas. Piensa en algo positivo.

Se alegraba por Timo. Se habían hecho amigos antes de que su convoy había caído en una emboscada, pero aquel suceso los había unido aún más. La sangre, el miedo a la muerte, los disparos contra un enemigo invisible. Era una especie de confianza que sólo puede tener lugar entre dos personas que han estado juntas en peligro de muerte. Se habían gritado órdenes sucintas mientras los disparos impactaban justo detrás de sus traseros. Aunque tal vez lo más

especial de su amistad con Timo había surgido más tarde. Después de volver a casa. Después de Afganistán también habían estado allí, para apoyarse mutuamente. No habían perdido el contacto. Eran supervivientes. De vuelta en la civilización, no se habían abandonado el uno al otro. Daniel decidió que durante la próxima visita al doctor Hamann le preguntaría por qué la amistad entre dos veteranos de guerra era tan distinta que la que puede darse entre otras personas. «Civiles», diría Daniel. El doctor Hamann lo llamaría «trauma compartido» para terminar diciendo que todo tiene una parte oscura para quien ha sido soldado.

Al principio, Daniel había sospechado que el doctor Hamann había sido objetor de conciencia. Al fin y al cabo, tampoco es que fuera algo tan malo. La mayoría de los que realizaban la prestación social sustitutoria resultaban más útiles para la sociedad que los trasegadores de cerveza que llenaban los cuarteles.

—¿Dónde cumplió el servicio social sustitutorio? —había preguntado Daniel durante la cuarta o la quinta sesión.

—¿Así que ahora me evalúa usted a mí? —había respondido el doctor Hamann, riendo.

Daniel había intentado enseguida que no se produjera ningún malentendido:

—Siento respeto por las personas que deciden libremente limpiarle el culo a otras personas.

—Pasé siete meses como psicólogo de tropas en Kosovo. El ejército alemán incluso me subvencionó el período de formación como psicoterapeuta psicológico.

—Perdóneme.

—¿Por qué se disculpa? Creí que sentía respeto por los que deciden cumplir el servicio social sustitutorio.

—Y así es. Pero también respeto a los que han servido en el extranjero.

—¿Qué lógica tiene eso?

—Ninguno de los dos casos me deja frío.

—Probablemente depende de la tarea que se desempeñe. Y de las personas.

—¿En Kosovo llevaba usted uniforme?

—Por supuesto. Y también iba armado.

Daniel se había equivocado por completo con el doctor Hamann. Tal vez porque durante una de las primeras sesiones había tenido que contarle su vida con claroscuros. Cuando había tenido que relatarle su currículum como quien toma una imagen por satélite de un monumental artefacto alienígena, Daniel no pudo evitar reírse.

—¿De qué se ríe? —preguntó Hamann.

—Disculpe, pero me siento como en el parvulario.

—¿Esperaba que sería distinto?

—Creía que a los pacientes había que enfrentarlos a sus traumas. Y hasta ahora... no sé si...

Hamann asintió con aire comprensivo.

—Así también se le puede destrozarse la moral a un ser humano, por fuerte que sea. Si se insiste una y otra vez en el trauma, quiero decir. Yo enfoco las cosas de otro modo.

—¿Y qué método sigue?

—Un paciente aquejado por un trauma debería distanciarse de lo que se lo ha provocado.

—¿De las partes oscuras?

—Sí, de las partes oscuras.

Más adelante habían trabajado con ejercicios físicos y en guardar películas dentro de la cámara acorazada interior durante las noches. O en instalar en el disco duro mental de Daniel un «salvapantallas» al que pudiera recurrir durante las situaciones tensas. Una imagen bonita, artística. Un paisaje de *El señor de los Anillos*, por ejemplo, aunque sin orcos. De lo contrario, lo del salvapantallas no funcionaría tan bien.

—¿Me curaré algún día? —le preguntó Daniel en cierta ocasión.

—Nuestro objetivo es que tanto su cuerpo como su cerebro sepan distinguir entre pasado y presente.

El doctor Hamann comprendía a Daniel. Era un veterano. Encontrar a alguien como él en la Alta Franconia había sido un golpe de suerte, algo inesperado en un área problemática con una larga tradición industrial y unas características estructurales poco favorables, con una tasa de desempleo para echar a correr y una falta de perspectivas total. En la región había un déficit de

plazas ambulatorias de sanatorio para tratamientos terapéuticos, estaban desbordados por la gran profusión y variedad de pacientes. A Daniel le gustaba el terapeuta que le había tocado. Simplemente porque estaba allí. En algún momento le preguntaría cómo había ido a parar hasta allí. Tal vez había sido por un amor afortunado. O desdichado. En la mayoría de los casos, ése era el motivo.

Timo y el doctor Hamann. Daniel confiaba en los dos porque no lo engañaban, eran sinceros. No le daban falsas esperanzas. Dos personas no es que fueran muchas, pero también estaba Maik, claro. Aunque no dejaba de ser un tipo raro que ya había dejado atrás sus mejores años, una época que, quién sabe, tal vez ni siquiera había tenido lugar.

Daniel se imaginó como si pudiera verse desde arriba, tendido en el sofá. En un jardín infestado de ortigas. Como si pudiera acercar mucho la imagen desde Google Earth, hasta que se vieran sus ojos cansados y las primeras pizcas de moho en la espuma del sofá. Daniel luchó contra el sueño durante algunos minutos más antes de rendirse, antes de que su cuerpo entero sucumbiera. Daniel encogió las rodillas y se metió un pulgar en la boca. La lluvia empezó a caer de nuevo, demasiado tarde para perturbar sus sueños dentro de la cámara acorazada.

MIÉRCOLES

Cada noche lo mismo: Afganistán, Sven Kunz y Alexander Pöhlmann, muertos sobre el polvo, sangre por todos lados, partes del cuerpo visibles como nadie las querría ver. ¿Por qué Kunz había salido corriendo? ¿Pretendía demostrarse algo? Al fin y al cabo, había salido con una arma en cada mano, como en las películas de acción de los años ochenta, cuando en realidad no se puede luchar de esa manera. Y Pöhlmann, el fan del Bayern, había salido tras él, el muy tonto. Como en una película documental, cada noche le venían a la cabeza las mismas imágenes. El sueño transcurría sin desviarse de los hechos reales hasta que Daniel era alcanzado por el fuego de una ametralladora. Era un sueño odioso. Daniel percibía todos los impactos, el dolor. Salía catapultado hacia atrás. Por un momento, le parecía que se quedaba flotando en el aire, hasta que la fuerza de la gravedad acababa por imponerse de forma implacable. Sin embargo, antes de caer al suelo, Daniel se despertaba.

La luz enseguida le hirió los ojos. Llevado por un acto reflejo, Daniel cerró los párpados. Tenía la ropa mojada pegada a la piel. El sol ya le había calentado las partes del cuerpo que no llevaba cubiertas, la cara y las manos ya gozaban de la temperatura adecuada. El resto, en cambio, seguía inmóvil y entumecido. Sobre todo el cerebro. Con cuidado, Daniel abrió un poco los ojos, lo justo para que las pestañas pudieran seguir filtrando los agresivos rayos de sol. Daniel se puso de pie con los ojos entreabiertos. Cuando se movió el sofá de piel húmedo hizo un ruido parecido a un chapoteo. A la luz del sol, a Daniel le pareció ver cómo se le acercaban pequeños ovnis. Abrió los ojos del todo y vio cómo unas semillas de dientes de león flotaban en el aire frente a él. Al tomar aire, uno de ellos se le pegó a la nariz y le sobrevino un estornudo.

Daniel miró el televisor y luego las ortigas que estaban detrás. La lluvia

les sentaba bien. A Daniel le apetecía tomar un buen desayuno, el estómago se lo reclamaba. Huevos con bacon no estarían nada mal, pero tenía el frigorífico vacío. Después de haber encontrado un cadáver no podría volver a entrar en el supermercado para hacer la compra. De hecho, pensó Daniel, la imagen de aquella niña muerta debería estropearle el apetito, pero el hambre sigue ahí y no hay nada que hacer al respecto. Se dio la vuelta al oír un ruido y se puso en guardia enseguida. Se quedó en medio del césped húmedo en una posición de karate. *Kokutsu-Dachi*: los pies en posición perpendicular y el peso sobre la pierna que quedaba detrás.

—Calma, hombre —dijo Maik mientras trepaba por la cerca del jardín. Daniel se relajó y se dejó caer de nuevo sobre el sofá. La piel hizo el mismo ruido que antes.

—¿Qué haces entrando por ahí?

Maik se sentó junto a Daniel.

—Es la puerta de artistas. Eres una estrella de los medios de comunicación —dijo Maik.

—¿Qué dices?

—Delante de tu casa hay tres equipos de cámara y unos cuantos vecinos histéricos a los que están entrevistando.

—Mierda.

—¿Y qué quieres que hagan? En esta calle nunca ocurre nada y tus vecinos de repente han visto la oportunidad de salir durante diez segundos por la tele.

—Yo no quiero salir por la tele.

—De todos modos, tu televisor está estropeado. Es una lástima.

—No pienso dar ninguna entrevista.

—Entonces tienes un problema. Las emisoras de todo el país esperan poder cotillear algo sobre ti. La cadena regional ha dado enseguida con el lugar de los hechos. Incluso el canal de noticias ha informado acerca del asesinato. Y unas cuantas cadenas más.

Daniel notó que la ropa se le secaba sobre la piel, como si las fibras de algodón se estuvieran fundiendo con las fibras de su cuerpo.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —preguntó Daniel—. ¿No son horas para ti.

—Esta noche he trabajado, he tenido que colgar unos cuantos discos en

internet. Entre otros, *The Idiot* de Iggy Pop. Ciento ochenta gramos de vinilo. Un artículo nuevo, impecable, sin uso y en su embalaje original, sin abrir. Voy a sacar una buena tajada con ése. El tipo al que se lo compré no tenía ni idea de lo que me estaba vendiendo.

—Qué suerte.

—Estaba muerto de sueño y quería meterme en la cama, pero primero he querido pasar a recoger el periódico. Ha sido entonces cuando me he encontrado a mi vecina. Como de costumbre, estaba al corriente de todo. O al menos sabía más cosas que el periódico. Tal vez los equipos de cámaras deberían pasar a verla. Me ha dicho que has encontrado un cadáver. ¿Es cierto eso?

—Sí, es cierto.

—Mi vecina llevaba la bata tan abierta que casi se le salían los pechos.

—¿Quieres decir que lo ha hecho a propósito?

—No creo que haya sido involuntario.

—¿Es guapa?

—Para la edad que tiene se conserva bien.

—Bueno, pues eso es una invitación en toda regla.

—No conoces a su marido. Va cada día al gimnasio.

—Entonces será mejor que lo dejes.

—Sí, pero luego sale con esa bata...

Maik negó con la cabeza sonriendo. Encendió un cigarrillo y le tendió el paquete a Daniel para invitarlo.

—No, gracias. Ya he visto suficientes muertos.

Maik sacó un pequeño cenicero portátil cromado del bolsillo de la chaqueta y dejó caer la ceniza dentro.

—¿Te ha impresionado mucho? Encontrar el cadáver, quiero decir.

—Mmm...

Daniel asintió.

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —preguntó Maik.

—No.

—¿Has abierto una ventana para entrar sin que esos buitres de la información te vean?

—¿Acaso tengo pinta de ser uno de esos tipos que se dejan la casa

abierta?

—No. Más bien pareces uno de esos tipos que se encierran a cal y canto mientras siguen con su guerrilla particular en el jardín.

Maik apagó el cigarrillo en el cenicero portátil y cerró la tapa.

—Si quieres, puedes pasar unos días en mi casa.

—¿Por los periodistas?

—Por todo.

—Hablaré de ello con mi terapeuta. Sobre el cadáver, quiero decir.

—¿Intentas tranquilizarme? No tienes porqué hacerlo.

—El doctor Hamann no lo hace nada mal.

Daniel y Maik contemplaron durante unos momentos el televisor y las ortigas sin decirse nada.

Maik se puso de pie.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Se revolvió los bolsillos de los pantalones. Daba la impresión de que eran enormes. Al fin encontró lo que estaba buscando.

—Toma.

Maik le tendió a Daniel un llavero de AC/DC con dos llaves.

—La del edificio y la del piso. Puedes venir cuando quieras, aunque yo no esté. Y también puedes servirte cerveza de la nevera. De lo único que tienes que preocuparte es de traer comida.

Cuando intentó saltar por encima de la cerca del jardín, a Maik se le quedó un pie colgando y cayó al suelo de cabeza. El césped recién cortado del jardín del vecino apenas sirvió para amortiguar el golpe. Maik se levantó casi tan rápido como había caído con restos de hierba verde en la frente y en la mejilla derecha. Con una sonrisa, saludó a Daniel con la mano. La palma también la tenía manchada de verde y la sonrisa revelaba un cierto esfuerzo. Maik se dio la vuelta, salió corriendo y unos segundos después Daniel oyó un fuerte tintineo. Sin duda había sido un enanito de jardín. Imaginó la cómica actuación de Maik colgada en un vídeo de YouTube: un tipo raro, con un corte de pelo horrible, que primero tropieza con una verja y luego se lleva por delante un enano de jardín.

Daniel se quedó mirando el llavero de AC/DC que tenía en la mano. Había sido una muestra de amistad, para decirle que estaría a las buenas y a las

maduras, el verdadero espíritu del rock and roll.

Tenía la boca seca. La desertificación de la zona del Sahel se había extendido por sus mucosas y le costaba tragar saliva. Tenía tanta sed como si hubiera pasado la noche de juerga. Desde que Melanie le había dejado, Daniel no había vuelto a emborracharse de verdad. De vez en cuando Maik y él vaciaban un pack de seis cervezas, pero incluso en esas ocasiones su amigo había bebido mucho más que él. Simplemente Maik no era uno de esos tipos que pueden dejar un pack de cervezas a medias. A pesar de no haber bebido nada la noche anterior, Daniel se sentía trasnochado. El doctor Hamann le había explicado que la sequedad de boca también podía ser un signo de depresión. Daniel sintió frío. La muerte lo había sorprendido en casa, en ese lugar al que intentaba acostumbrarse.

Alguien llamó a la puerta. El timbre sonó cercano y apremiante. Una de las ventanas debía de estar entreabierta. Poco a poco, Daniel se deslizó desde el sofá hasta quedar sobre la hierba apoyado en las rodillas y los codos. Avanzó cuerpo a tierra. La hierba húmeda agilizó sus movimientos. Al llegar a las ortigas, se puso de pie con cuidado. Frente a la puerta de la casa había una atractiva pelirroja que llevaba un impermeable retro de color petróleo. Tras ella esperaban, a unos dos metros de distancia, el cámara y un becario con acné. Llevaba un micrófono que parecía enorme comparado con su cuerpo esmirriado e iba enfundado en una camiseta de Ed Hardy, mientras que el musculado cuerpo del cámara parecía fusionado con su voluminoso instrumental de trabajo. La pelirroja tocó el timbre de nuevo. Daniel regresó cuerpo a tierra hasta el sofá, pero al ver la pantalla plana dejó de sentirse seguro. Agazapado, corrió hacia la terraza. Enseguida se dio cuenta de que la ventana del cuarto de baño del primer piso estaba entreabierta sobre los goznes inferiores, pero aunque hubiera estado en la planta baja, tampoco sabía qué podría haber hecho con una ventana abierta de ese modo. No era un ladrón, sino un soldado. Como tal, ya había tenido que entrar en alguna casa ajena, aunque había sido cumpliendo órdenes, con un objetivo claramente definido. No lo había hecho solo y sino con un grupo uniformado. Y con las armas de fuego en posición de tiro. De repente, su jardín se había convertido en territorio enemigo y él estaba a la defensiva. Había caído en una emboscada. Daniel empezó a sudar.

Respiras de forma demasiado superficial, pensó Daniel, ¡cuidado con la

respiración! Primero falla la respiración, luego empieza a temblar el cuerpo entero y al final el cerebro deja de recibir el oxígeno que necesita. Y entonces es cuando se toman decisiones erróneas. Quieres anularlas enseguida, pero ya es demasiado tarde.

Daniel se puso en cuclillas y se impulsó con los brazos para dar la vuelta sobre las rodillas. Intentó respirar de forma regular y acompasada. A Daniel le fastidió haber cerrado con llave la puerta de la terraza, pero la seguridad era importante, lo más importante. Era el principio fundamental. Era importante para que un paciente que sufría un trauma pudiera recuperar su vida. Si no podía protegerse a sí mismo, como mínimo tenía que proteger la casa. El enemigo no podía atravesar las líneas de defensa.

Durante unos instantes, Daniel sopesó la posibilidad de romper la luna de la puerta de la terraza con una maceta. Luego pensó en el ruido y en el ridículo vídeo de YouTube que mostraría a un tipo descuidado y trastornado intentando derribar la puerta de su propia casa y se sintió estúpido.

Eh, se dijo a sí mismo Daniel, que esto no es territorio enemigo. Esto es una democracia. Y tú estás en tu mierda de jardín democrático, en tu propiedad protegida, en tu esfera privada. Lo privado es una buena invención de la edad moderna, algo que odian todos los sistemas totalitarios. No tienes porqué justificar tu presencia aquí. ¡Aprieta el culo!

De forma automática, Daniel tensó mucho la musculatura de las nalgas. Le gustaba notar los músculos. Físicamente estaba en plena forma, era sólo su cerebro el que ya no estaba en plenas condiciones, como antes de participar en las operaciones militares en el extranjero. Por desgracia en el cerebro no había músculos que pudiera ejercitar. Su culo continuaba siendo competitivo. El tejido blando que tenía dentro del cráneo, en cambio, no. Ojalá Melanie lo hubiera dejado por culpa del culo y no de la cabeza. Con cierta sensación de vigor, Daniel bajó de nuevo los escalones de granito de la terraza hasta el césped. Las ortigas húmedas se le pegaban a las perneras de los pantalones. Parecían anhelar el contacto de la piel desnuda. Fue hacia una esquina de la casa y sondeó el territorio. Pura rutina. Los principios básicos aprendidos no volvían a olvidarse más. La pelirroja había vuelto con su equipo de cámara a la puerta del jardín. Sus miradas se cruzaron de inmediato. En los ojos de la reportera, Daniel pudo leer cómo un breve instante de sorpresa se convertía en la inquietud profesional de un depredador a la caza. Los ojos de ella se

movieron rápidamente de un lado a otro, como si estuviera leyendo una noticia en un *teleprompter*. El cámara y el becario encargado del sonido se pusieron en movimiento al mismo tiempo que ella. Acto seguido, los otros equipos de cámara que esperaban frente a la puerta del jardín empezaron también a mostrarse agitados. La puerta del jardín era un culo de botella. Empezaron a oírse gritos que anunciaban los nombres de las diferentes emisoras de televisión.

—¿Cómo se sintió después de encontrar el cadáver?

Con el micrófono, la pelirroja todavía estaba más atractiva. Tal vez le pasaba a todo el mundo, tal vez todas las personas parecían más guapas cuando sabían que saldrían por la tele.

—¿Es cierto que el cadáver estaba desnudo? —gritó una voz masculina que a Daniel le sonó familiar. Debía de ser el reportero de la RTL, ¿o tal vez no era más que la cadena regional?

—¿Cómo vive la muerte un antiguo soldado de élite? —preguntó la pelirroja. No es una mala pregunta, pensó Daniel.

Una rubia de baja estatura que llevaba un micrófono rojo con unas letras blancas se pegó a él. Tenía la voz estridente como la de un patito de bañera.

—¿Es cierto que conocía a la muerta?

La pregunta de aquella rubia menuda resonó en la cabeza de Daniel. Rebotó como un eco dentro de las paredes de su cráneo.

—No conozco de nada a la víctima —tartamudeó Daniel—, cuando la encontré ya estaba muerta.

Miró las cámaras que lo enfocaban. En Irak, los pilotos de helicóptero americanos habían disparado a un equipo de cámara tras haber confundido los equipos que cargaban al hombro por lanzagranadas. Pudo ver su propio rostro en las lentes de las cámaras y le pareció que presentaba un aspecto increíblemente agotado. Si bien conseguía mantener en forma el cuerpo, no podía decir lo mismo sobre los bordes de los párpados. Ni sobre el cerebro, claro. Pero a ese respecto ya había desistido.

—Estaba haciendo ejercicio —dijo Daniel.

La pelirroja le sonrió. En los ojos de aquella mujer se extendió una cierta expresión de conocimiento.

—¿Vio muchos muertos en Afganistán? —preguntó.

Daniel se dio la vuelta y salió corriendo. Lanzó todavía una mirada por encima del hombro: la jauría de medios fue tras él, pero los cables, las cámaras y toda aquella tecnología les impidieron seguirlo con presteza. Además, no conocían el camino a través de las ortigas. La rubia de baja estatura soltó un grito. Vestía minifalda y no llevaba medias. Las ortigas llevaban días esperando algo así. Ya en la terraza, Daniel arrojó una maceta contra la luna de la puerta. Acto seguido, metió la mano con cuidado por el agujero que había quedado en el cristal, aunque de todos modos la manga de la chaqueta de deporte se le desgarró tras engancharse con un pedazo de cristal que había quedado en el marco de la puerta. Movi6 el picaporte hacia arriba y se metió en el sal6n vacio. Daniel se dio la vuelta y cerr6 la puerta con llave. En la terraza, los objetivos de tres equipos de cámaras lo absorbían. Subió corriendo al piso de arriba a pesar del miedo que le tenía al dormitorio. Daniel se encerr6 en el cuarto de baño, apoyo la espalda en la puerta y se desliz6 hasta dejarse caer al suelo. Con las palmas de las manos not6 la superficie de madera. Encogió las piernas y se recost6, aunque sin llegar a relajarse. Enseguida se dio cuenta de lo poco profesional que era aquella situación. Jamás debía considerarse que una puerta cerrada fuera una protección, a menos que uno quisiera caer víctima del fuego de metralla. Daniel se apart6 enseguida de la puerta del baño.

No podía quitarse de la cabeza la pregunta de aquella tía rubia tan exagerada.

—¿Es cierto que conocía usted a la víctima?

¿Era cierto? Daniel se devan6 los sesos. ¿Era cierto?

* * *

Los equipos de televisión se habían lanzado sobre él como una plaga de langostas para atacarle, para hurgar en su mierda de vida traumatizada. Un enjambre de voraces langostas del mundo de los medios de comunicación, hambrientas de información, de imágenes, de cualquier cosa que pudiera servirles.

La violenta incursión de Daniel en su propia casa había saciado al enjambre por el momento y le había permitido seguir su camino. Acuclillado con un espejo de mano bajo la ventana del cuarto de baño, Daniel esper6 a que

se marcharan los periodistas.

Luego había ido a la habitación de Bonaparte para ponerle comida y agua. Nada más entrar en el cuarto de Lea, se sintió observado por aquellos pequeños ojos furiosos por la falta de atención. La paciencia no era precisamente el punto fuerte de los conejos domésticos. Daniel le había propuesto a Lea el nombre de Bonaparte después de haber visto en la tele un documental sobre Napoleón. A Lea le había entusiasmado la idea y no había sido hasta más adelante cuando Daniel había comprobado que ella asociaba ese nombre con una banda de rock cuyos vídeos había visto en YouTube y en los que los músicos aparecían ataviados con divertidos disfraces. Poco después, Lea perdió el interés por el conejo y por la banda de rock homónima.

Daniel entró en el salón para consultar cuál de las diez plagas bíblicas era la de las langostas. La Biblia estaba en el suelo, igual que el resto de libros. Antes incluso de que el resto del mobiliario del salón hubiera terminado en el jardín, Daniel había volcado la librería. Recogió la Biblia y hojeó el libro del Éxodo.

Entonces Jehová dijo a Moisés: extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para traer la langosta, a fin de que suba sobre el país de Egipto, y consuma todo lo que el granizo dejó.

Las langostas eran la octava plaga. Antes ya habían pasado todos los animaluchos posibles, epidemias y granizo, de manera que sólo quedaban los tres días de tinieblas y la muerte de los primogénitos. La que podía caerte encima si te metías con Dios. Era mejor tenerlo de tu parte. En Afganistán, los talibanes estaban convencidos de que Dios estaba de su lado. Daniel no había querido opinar al respecto. Ni antes de la misión ni tampoco después. Melanie y él habían recibido como regalo de bodas aquella traducción ecuménica de la Biblia, encabezada por una dedicatoria escrita a mano. «Que Dios os acompañe en vuestro camino común, os lo desea el padre Kemnitzer». En alguna ocasión Daniel le había leído en voz alta pasajes de aquella Biblia a Lea, a pesar de no ser creyente. Pensaba que Dios permitía que sucedieran demasiadas cosas para ser omnipotente. Tal vez Daniel se había sentido obligado a ello debido a la dedicatoria. A Lea le gustaba, sobre todo la parábola del hijo pródigo. No es que fuera la más adecuada para una hija, pero de todos modos Daniel tenía que reprimir una lágrima cada vez que la

leía. Lo de convertir el agua en vino también les gustaba a los niños, igual que la multiplicación de los panes y los peces o la curación de los leprosos. A los niños les encanta horrorizarse con un brazo protector alrededor de los hombros. Lea quería que le describiera con todo detalle el aspecto de las partes del cuerpo carcomidas por la lepra. Daniel había visto enfermos de lepra. Recordaba perfectamente que le había resultado imposible apartar los ojos de ellos. No parecían personas, sino zombis. O alienígenas. A Lea los leprosos le parecieron repugnantes. Miró a su padre con admiración, como si con su presencia hubiera curado o vacunado a los leprosos, como si los hubiera bañado en un líquido mágico capaz de sanarlos de cualquier mal. Daniel ya había presenciado esa edad en la que los niños dejan de creer que sus padres son capaces de obrar maravillas antes de que Melanie se mudara y se llevara a su hija con ella. Y antes de que le hubiera presentado a Rainer, su sustituto, al que había encontrado en un tiempo récord.

Frente a la gente que amamos no podemos ponernos a cubierto, pensó Daniel. Recordaba con dolor cómo Melanie le había dicho que tenían que separarse. Para protegerse. Para protegerse de él. En esos momentos estaba en el salón devastado, el que había sido el salón de su casa y era ya un salón abandonado.

Daniel salió fuera con la Biblia y se sentó en el sofá. Estaba bien, eso de llevar algo en la mano. Las cubiertas se desharían con las primeras lluvias. Era una edición de bolsillo. Ni siquiera la palabra de Dios estaba hecha para durar. Igual que los matrimonios, que las convicciones, que las certezas. Y no hay nada que puedas hacer al respecto, pensó Daniel.

Un coche se detuvo cerca, a una distancia indeterminada, y sus puertas chirriaron al abrirse. Daniel miró hacia la puerta del jardín. El gigantesco Weber le abrió la puerta a la menuda inspectora jefe. Por más que lo intentó, no fue capaz de recordar el nombre de la policía. Sólo se acordaba de sus ojos azules y de sus pechos. Unos ojos capaces de proyectar una mirada severa si se lo proponía y unos pechos que uno habría imaginado más pequeños en una policía hasta que los tuvo delante. Los dos agentes llamaron a la puerta. Weber llevaba un portafolios que agitaba inquieto entre sus enormes zarpas. De la derecha a la izquierda y vuelta a empezar, como una partida de ping-pong. Al final, agarró el asa del portafolios con las dos manos. Debía de llevar algo pesado dentro. Daniel se puso de pie y atravesó las ortigas. Los equipos de

cámaras habían ensanchado el sendero.

—Hola —dijo Daniel.

Los dos policías se volvieron hacia él con actitud impasible. Por supuesto, pensó Daniel, antes de llamar a la puerta se preparan para cualquier cosa. Cualquier cosa.

—Buenos días —respondió la inspectora—, nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Claro, entren. Estaba en el jardín.

—Si no tiene inconveniente, preferiríamos hacerle las preguntas dentro de la casa —dijo Weber. La sugerencia sonó más bien como una orden y a Daniel nunca le había gustado recibir órdenes de tipos más altos que él.

—Créame, en el jardín no se está tan mal.

Mientras Daniel pasaba entre las ortigas, oyó cómo los dos policías cuchicheaban a su espalda. Dejó un cubo boca abajo frente al sofá y se sentó encima. Weber y la inspectora rubia se quedaron mirando el sofá sorprendidos mientras pasaban entre las ortigas con cuidado. Daniel les hizo un gesto de cortesía con la mano.

—Por favor, siéntense.

La inspectora se sentó relajadamente en el sofá, si bien no apartó los ojos de Daniel ni un solo momento. Weber, en cambio, miró a su alrededor antes de bajar las manos con cuidado hacia la tapicería de piel. No se apoyó en el respaldo, en lugar de eso se sentó tieso como un palo, como si intentara reducir al mínimo la superficie de contacto con el sofá. Probablemente había notado la humedad del asiento. No está mal el equipo que forman, pensó Daniel, precisamente por lo distintos que son. Se complementan.

—Seguro que no les importará mostrarme de nuevo su tarjeta de identidad, ¿verdad? —preguntó Daniel.

Durante un momento, los dos agentes de policía se miraron con cierto asombro antes de sacar las identificaciones de los bolsillos interiores de sus chaquetas y de mostrárselas a Daniel. Éste se levantó y las miró con atención. Claro, se llamaba Feller. ¿Cómo podía haberse olvidado? Ya no tenía tan buena memoria para los nombres. Se sentó de nuevo sobre el cubo y contempló a los dos policías lleno de expectación. Sonrió espontáneamente y enseguida pensó que no había sido una buena idea. No era adecuado, no era normal. Daniel se puso serio. Estaba contento de poder controlar su

gestualidad.

Weber abrió el portafolios, sacó una carpeta roja y se dio cuenta de que no sabía dónde dejar la cartera.

—La hierba ya está seca —dijo Daniel.

Weber dejó el portafolios junto al sofá, de la carpeta roja sacó una fotografía y se la tendió a Daniel.

—¿Conoce a esta mujer?

Cabello oscuro, labios rojos, sombra de ojos y *kajal*. Una cara pálida, aunque no tanto como la del estanque.

—Es la víctima, ¿no?

—¿Había visto a esa mujer antes de haberla encontrado en el agua?

Weber dijo agua y no estanque. Ésa es la manera de hablar de los que quieren hacerlo todo bien, por si después se sometían a inspección las expresiones que había utilizado. Los oficiales también hablaban de ese modo.

—No lo sé. ¿Debería conocerla?

Daniel miró fijamente los ojos azules de la inspectora en jefe.

—Eso es algo que sólo usted puede responder —dijo Weber.

—¿Y bien? ¿Conoce a esa mujer?

—¿Esto es lo de poli bueno, poli malo? ¿Como en la tele?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Su compañera no dice nada en todo el rato.

Los ojos de la inspectora seguían fijos en Daniel. Weber miró a su jefa en busca de ayuda. La inspectora Feller se tomó su tiempo para contestar.

—La fallecida había trabajado en el Aldi de la calle Christoph-Klauß —respondió—. Eso está a unos diez minutos de aquí.

Daniel miró de nuevo la foto. Intentó imaginarla sonriendo y pidiéndole el vale de los envases retornables. Porque la cajera sabía que siempre olvidaba el vale de los envases. —Sí, la conocía —respondió Daniel—. Siempre me pedía el vale de los envases retornables. En cambio, sus compañeras no me lo piden nunca. Probablemente ella era más comunicativa. No recuerdo su nombre, aunque las cajeras siempre llevan el nombre escrito en la solapa.

—Se llamaba Kirsten Fritsch.«

—¿Cómo murió?

La inspectora Feller volvió la cabeza hacia su ayudante.

—Muéstrale las demás fotografías.

Weber sacó dos fotos más de la carpeta y se las tendió a Daniel. Una chica rubia y pálida y otra, pelirroja y llena de pecas. Las dos muy guapas, cada una a su manera.

—No las había visto nunca.

La inspectora en jefe asintió.

—¿Le importaría devolvérmelas? —preguntó Weber.

Daniel le dio las fotografías. Sin ellas, de repente se sintió desnudo.

—¿Por qué me han mostrado esas fotografías?

Weber miró de nuevo a su jefa. Daniel comprendió enseguida que no era una buena señal. La inspectora Feller le respondió sin cambiar de postura.

—Hemos metido unos cuantos datos en el ordenador para buscar a nivel federal y hemos encontrado algunas coincidencias con otros dos casos de asesinato.

—¿Las mujeres de las fotos también están muertas?

—Sí.

—¿Y creen que yo he matado a esas tres mujeres?

Feller se encogió de hombros.

—¿Y bien? ¿Lo ha hecho?

—No. Mierda...

Daniel se pasó las manos por el pelo hecho un atajo de nervios. Enseguida se dio cuenta de que no debería haber hecho un gesto como ése.

—Ni siquiera conozco a las otras dos mujeres.

Weber se inclinó hacia delante sonriendo.

—Al principio tampoco conocía a la cajera muerta.

—Mi memoria ya no es lo que era.

—Precisamente.

Inquieto, Daniel miró a Feller y a Weber alternativamente. Su respiración iba por libre. Se interrumpía durante unos momentos, por ejemplo. Pensó en las sesiones de entrenamiento con el doctor Hamann. La respiración puede controlarse. Sólo es necesario permitir que la respiración haga su trabajo.

—Yo no he matado a nadie —jadeó Daniel.

—Estuvo usted en Afganistán, ¿no? —preguntó la inspectora Feller.

—Sí.

—En una unidad especial.

—Paracaidistas. Tampoco es que tenga nada de especial.

—Aprendió a matar gente.

—Solo en un marco determinado.

—¿Podría concretar eso?

—Que no aprendí a matar por diversión.

Weber se inclinó hacia delante.

—¿Sabe lo que hizo el doce de noviembre del año pasado?

—No, por supuesto que no —respondió Daniel airado—. ¿Acaso sabe usted lo que hizo ese día?

Weber lo miró sin dejarse impresionar. Su rostro no revelaba emoción alguna, era un rostro vacío.

—Hagámoslo más sencillo —dijo—. Tal vez recuerde usted lo que hizo el seis de marzo. De eso hace sólo unas semanas.

Daniel se pasó las manos por el pelo.

—¿Qué día de la semana era?

—Sábado.

—Fui al mercado. En bicicleta. Luego estuve en la biblioteca municipal, también fui en bici. Mi mujer se llevó el coche cuando se separó de mí.

Los dos policías lo miraron con sorpresa por primera vez.

—Desde año nuevo sigo una programación diaria fija —dijo Daniel—. La fijamos entre mi terapeuta y yo. Muy estructurada, con mucho ejercicio. Yo estaba físicamente destrozado. Y psicológicamente, también. El ejercicio me sienta bien, pero por encima de todo lo que me sienta bien es tener una programación tan estructurada. Tengo una programación fija para los sábados y todavía no me he desviado de ella ni una sola vez.

Weber volvió la cabeza hacia su jefa. Esa vez, de golpe.

—¿Se sometió a un tratamiento clínico tras su última misión? —preguntó la inspectora.

—Sí. Durante dos meses. En el centro para enfermos traumáticos que el ejército alemán tiene en Berlín. El programa de recuperación completo: cinesiterapia y ergoterapia, técnicas de relajación, aromaterapia, acupuntura... Y, por supuesto, sesiones de charla. Al principio de la terapia es difícil quedarse tranquilamente sentado en la silla, no paras de moverte. Luego te vas

calmando y te acostumbras a contemplar las imágenes. Las que tienes en el cerebro.

—¿Y está usted curado? —preguntó Weber.

—En realidad no te curas. Lo que haces es meter esas imágenes en un armario, colocarlas bien y dejarlas encerradas ahí dentro. Pero el armario sigue allí, con esas imágenes sangrientas. Es sobre todo de noche cuando vuelven a salir.

—¿Se definiría usted como «enfermo»? —preguntó Feller.

—Sí. De hecho, incluso tiene su denominación oficial: trastorno postraumático. Ya no sirves para nada.

Feller y Weber se miraron durante un breve instante. Al parecer, Daniel les había desbaratado la táctica del interrogatorio con su franqueza. Por eso decidió tomar la iniciativa.

—Las otras mujeres... ¿Dónde murieron?

—Eso no le concierne en absoluto —le espetó Weber.

—Por motivos tácticos de la investigación, preferimos no revelar esa información —añadió Feller con calma—. ¿Usted y su mujer viven separados?

—Sí. Desde septiembre.

—¿Por qué ha colocado los muebles del salón en el jardín?

—No paso mucho rato dentro de la casa.

—¿Por qué?

—Por seguridad. De todos modos a los muebles les da igual.

Los policías miraron a su alrededor. Daniel siguió sus miradas.

—¿Les gusta mi jardín? —preguntó Daniel.

—Sí —respondió Weber—, mi mujer quiere que seque la hierba dos veces por semana.

—Convenza a su mujer de las ventajas de un jardín natural. Además de la función estética, un jardín debería ofrecer un hábitat adecuado para la fauna local.

—A mi mujer le gustan los jardines señoriales.

—Los apicultores estarán encantados si pasa más tiempo sin segar la hierba.

Como si quisiera confirmar la argumentación del jardín natural, una mariposa se posó en el hombro de Daniel.

—¿Tiene algo parecido a un cuchillo de supervivencia? —preguntó Feller —. ¿O un cuchillo de combate de sus tiempos como soldado del ejército?

Había estado a punto de ocurrir. Estuvo a punto de contarles a los dos agentes de la policía judicial que su cuchillo de combate de la OTAN había desaparecido. Sin embargo, se mordió rápidamente el labio inferior, tragó saliva y tosió. Cuando Daniel volvió de nuevo la cabeza, la mariposa ya hacía rato que se había marchado volando. Un animal listo.

—Cuando voy al campo a correr y a pasear en bici siempre llevo una navaja suiza oficial.

Daniel se sacó la navaja del bolsillo de los pantalones.

—Es tremendo el gran número de funciones que tiene.

Para subrayar su afirmación, abrió algunas de las herramientas de la navaja.

—Incluso el abrelatas funciona perfectamente.

Daniel se la tendió a Weber.

—Si no tiene ninguna, estaría bien que su mujer se la regalara para su cumpleaños.

Mientras Daniel acompañaba a los dos policías hasta la puerta del jardín a través de las ortigas, pensó en cómo se despedirían de él. En las viejas películas en blanco y negro, los detectives siempre decían: «No salga de la ciudad», pero en algún momento habían dejado de decir ese tipo de cosas. Probablemente cuando todo el mundo empezó a tener coche propio. O cuando se popularizaron los vuelos transatlánticos. En *Bullitt* ya no lo decían y eso era antes de que el hombre pisara la luna. Probablemente Steve McQueen también se planteó si tenía que decir una frase tan cutre como ésa.

Ya ante la puerta del jardín, la inspectora Feller se volvió una vez más hacia él.

—¿Sería usted tan amable de decirnos cómo se llama su terapeuta?

—Está obligado a mantener el secreto profesional.

—Por supuesto. Pero de todos modos, si no le importa...

Daniel sacó de la cartera la tarjeta de visita del doctor Hamann, en la que había impresa la imagen de una gota de agua cayendo de la nada sobre un fondo azul. Las letras eran blancas e imitaban una caligrafía a mano.

Las puertas del Passat se abrieron con un chirrido. Las dos. Daniel sabía

que las puertas que chirriaban eran un mal asunto cuando las cosas se ponían feas. Si aparcabas frente a una casa de un fanático con un lanzagranadas, por ejemplo. Pero es que un fanático con un lanzagranadas siempre es un mal asunto. Daniel se estaba preparando para volver a oír el chirrido cuando las cerraran, pero Feller salió como un resorte del asiento del acompañante. En su caso, ese movimiento pareció el de una pelota de goma. No hay duda que para ciertas cosas ser bajito es una ventaja. A Weber, en cambio, le costó bastante más levantarse del asiento del conductor. Para ello se agarró con la mano derecha en la puerta mientras decidía qué parte del cuerpo debía mover a continuación. Incluso Feller se quedó mirando los torpes movimientos de su ayudante con una mirada a medio camino entre la crispación y la compasión. Cuando Weber al fin se acercó a Daniel, lo hizo con un botecito de plástico en la mano.

—Espero que no tenga inconveniente en darnos una muestra de saliva, ¿verdad? —preguntó la inspectora de policía Feller.

—Ésa es una pregunta sugestiva.

Weber se colocó junto a su jefa. Sostenía el bote en la punta de los dedos, como si fuera la caja de Pandora.

—Nadie le obliga a ello —dijo Feller con ese tono de voz relajado que podía llegar a adormilarte si te cogía desconcentrado un momento. Daniel había conocido en Kabul a un especialista en interrogatorios que se servía de un truco muy parecido. Al final, el tipo había acabado sabiéndolo todo acerca de él y largándose con una prostituta mientras Daniel pagaba la cuenta.

Feller le guiñó el ojo para animarlo.

—Por supuesto, la muestra de saliva es voluntaria.

—No me vuelve precisamente loco la idea de que me hurguen las mucosas con un bastoncillo de algodón.

—¿Entonces no quiere dárnosla?

—No es eso, me parece bien. De lo contrario parecerá como si quisiera ocultarles algo.

Weber miró primero el botecito de plástico que tenía en la mano y luego, de nuevo a Daniel.

—¿Aquí mismo, pues?

Daniel se encogió de hombros. Miró a su alrededor y vio cómo se movían las cortinas de todo el vecindario. Las láminas de las persianas parecían

párpados entreabiertos. Los vecinos más valientes habían abierto las ventanas y esperaban con los codos apoyados en el alféizar.

—¿Por qué no?

—Tal vez deberíamos entrar en casa, mejor —dijo Feller y durante un momento sonó realmente a preocupación genuinamente maternal.

—No, está bien aquí. Me gusta estar al aire libre.

Weber levantó la mirada hacia el cielo. Sacó del embalaje aséptico los bastoncillos de algodón con más facilidad de la que se le habría supuesto a un tipo tan torpe como Weber. Tenía una buena psicomotricidad fina. Daniel abrió la boca antes de que se lo pidieran y la abrió más de lo que era estrictamente necesario. El algodón le pareció desagradable en contacto con las membranas mucosas. A Daniel no le gustaba el algodón. Mientras Weber recogía las muestras, la mirada de Daniel recayó en

el viejo Zeitler, el vecino de enfrente. Estaba sacando fotos. ¿Desde cuándo tenía ese hombre una cámara digital? Probablemente Zeitler ni siquiera sabía cómo descargarlas y tendría que ayudarle alguno de sus nietos.

Cuando los dos policías cerraron al fin las puertas del coche, volvió a oírse el chirrido. Ese sería el momento adecuado para el fanático con el lanzagranadas, mientras encendían el motor.

* * *

Vestido con ropa deportiva, Daniel corría por la calle de la urbanización. Tal vez parecía una relajada sesión de entrenamiento cualquiera, pero no lo era. Daniel no estaba relajado en absoluto. Durante las últimas horas se había hecho una idea de cómo debía de sentirse Richard Kimble, el protagonista de *El fugitivo*. Por el seguimiento de los equipos de televisión, la policía, la luna rota y la muestra de saliva que le habían tomado. Normalmente apenas pasaban coches por el callejón sin salida de las afueras de la ciudad. Daniel se había calado bien la gorra de visera y llevaba los ojos ocultos tras unas gafas de sol. No eran unas Ray-Ban, sino que se las había comprado en el Aldi por cuatro chavos. Tal vez se las había comprado a ella, a la víctima. A la mujer del estanque. A Kirsten Fritsch. Tuvo que pensar un momento para recordar su nombre. Probablemente unas gafas Ray-Ban se empañarían del mismo modo con el sudor.

Daniel iba mirando frenéticamente a derecha e izquierda, controlando hasta el último movimiento tras las cortinas. Y había muchos, aunque eran casi imperceptibles. Por supuesto, todos los vecinos lo reconocían a pesar de la gorra y las gafas oscuras. Los pocos peatones con los que se cruzó se lo quedaron mirando. Asombrados al principio, enseguida desviaban la atención para buscar algo en lo que fijarse o simplemente dejaban que sus miradas vagaran por los alrededores y todas iban a parar al otro lado de la calle con el único propósito de evitar a Daniel.

Apesto a muerte, pensó Daniel. Levantó el codo derecho y se olió la axila. El anuncio del desodorante no mentía: protección duradera. Y a pesar de eso, seguía apestando a muerte. Y la muerte no huele a moho como cree la mayoría de la gente, los que aún no se han acercado a ella, los que sólo la conocen porque han ido a un entierro o la han visto por televisión. La muerte se le había pegado en Afganistán y, de vuelta en casa, la estaba diseminando como si de un virus se tratara. Eso provocaba un extraño sentimiento entre sus vecinos: un cierto miedo, una excitación átona. No se les podía reprochar que siguieran teniendo instinto, pensó Daniel. El miedo es un tema serio. Sin él, no sobreviviríamos. Sin ese sentimiento humano básico, la historia de la evolución habría transcurrido de un modo distinto. Tal vez habrían ganado los tigres dientes de sable.

Después de dejar atrás su vecindario más inmediato, a Daniel le costó menos avanzar. El sudor dejó de resultarle tan molesto. Probablemente porque ya no se sentía tan observado. Normalmente, correr le ayudaba a ordenar los pensamientos. Claro que ése no era un día normal. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza como vagones en un accidente ferroviario. El rostro de una joven cajera de supermercado bajo el agua se mezclaba con los retratos de dos mujeres. Sonrientes. Cuando les habían sacado las fotos no tenían ni idea de que las asesinarían, de que en algún momento serían objeto de una autopsia: de que las abrirían en canal y les sacarían todos los órganos para investigarlos a fondo, incluso el contenido del estómago, hasta que se revelaran todos los secretos, que era precisamente el objetivo de una autopsia. En realidad se le llama necropsia. Lo de autopsia lo dicen sobre todo en CSI. Lea siempre le pedía ver la serie, pero Daniel no se lo había permitido nunca. Por la cantidad de cadáveres que aparecían. Por los asesinatos. Lo que no sabía era qué pensaba Rainer al respecto. Tal vez él sí se lo permitía.

Daniel pensó en la víctima, en cómo su pelo seguía moviéndose dentro del agua, como si el pelo siguiera vivo. Pensó en la foto que le había mostrado la policía, en las de las otras dos fallecidas. Daniel intentó superponer mentalmente las fotografías, como si su cerebro fuera un programa de procesamiento de imágenes, aunque en realidad no supiera hacerlo ni siquiera con la ayuda de un ordenador. Al menos a aquellas mujeres no les había dado órdenes. Eso le pareció raro. En Afganistán había sido él el responsable de las víctimas. Lo primero que implosionaba en el alma era la responsabilidad. Luego el cerebro se daba por vencido. Error del sistema.

Dobló la esquina por la calle en la que vivía Maik. Viejas casas de obreros, edificios de ladrillo construidos en los años de la gran expansión industrial de finales del siglo XIX, cuando dos aseos se consideraban suficientes para seis viviendas. Por aquel entonces todavía era costumbre tener muchos hijos y se formaban largas colas frente al retrete. Y además todo el mundo sufría diarrea. En Afganistán todavía hoy en día hay niños que mueren por culpa de la diarrea.

La puerta de la finca se abrió con un jadeo. Era de madera maciza, todavía era la original. Daniel subió corriendo los escalones de piedra que llevaban al primer piso. Estaban desgastados por el centro. Cada vez que acudía a visitar a Maik, le sorprendía comprobar cómo la piedra sucumbía a las pisadas de la gente. Daniel llamó a la puerta. Alrededor de una gran luna de cristal con flores grabadas, en la puerta había además cristales de colores de menor tamaño. Detrás, Maik había colocado una bandera pirata para que nadie pudiera ver el interior de la vivienda desde fuera. Cuando la puerta se abrió, desde el pasillo pintado de color naranja se oía música.

—¿Esa es Patti Smith? —preguntó Daniel.

—*Horses*. Es su mejor álbum.

—No soporto a Patti Smith. Parece salida de la Escuela Superior de Bellas Artes.

Maik negó con la cabeza con desprecio.

—Pobre ignorante, no tienes ni idea.

—Tú todavía creciste en un mundo analógico. El oído funciona de otro modo.

—Entra. Estás sudando como un cerdo.

Maik cerró la puerta, cogió una toalla del baño y se la lanzó a su amigo.

Daniel se la pasó por la cara y por el pelo.

—¿Por qué no estás en el lago? Creía que el miércoles te tocaba triatlón.

—El hallazgo del cadáver me ha desbarajustado por completo la planificación semanal.

Daniel se rodeó el cuello con la toalla.

—La policía ha venido a verme.

—Es su trabajo. Me parece bien que para variar hagan algo más que perseguir a los que fuman porros y a los que aparcan donde no deben.

—Me han mostrado las fotos de dos mujeres más que también murieron asesinadas.

—Uau. ¿Las conocías?

—No, pero me han mostrado las fotos.

—¿Y?

—No te enteras de nada. Pues que sospechan de mí.

—Pero si fuiste tú quien encontró el cadáver.

—No sería la primera vez que quien dice haber encontrado el cadáver acaba siendo en realidad el asesino. ¿Es que no miras series de detectives o qué?

—Mierda.

Maik lo miró fijamente sin saber qué decir. De repente se le aclararon los rasgos de nuevo.

—Bueno, abramos la primera cerveza.

—Es muy temprano.

—Eso nos relajará. Además, la primera cerveza potencia la concentración.

Maik entró en la cocina. En la puerta del frigorífico había imanes de Homer Simpson, del hombrecito de los semáforos de Berlín y de una langosta de color verde. Además, unas letras magnéticas formaban una frase de ortografía arriesgada y gramática creativa: fuNZi0nA t0DO MeNos TU.

En el frigorífico sólo había cuatro botellas de cerveza, un yogur bio desnatado y un platillo de fresas. Maik sacó dos botellas de cerveza. Daniel observó con aire crítico el horrible diseño de la etiqueta. En su opinión, la foto de un paisaje no le pegaba nada a una bebida alcohólica.

—Es una cerveza del país, muy buena. Me la ha recomendado alguien de confianza.

Efectivamente, ya con el primer trago la fuerza de las imágenes que le pasaban por la cabeza se redujo considerablemente, hasta el punto de que Daniel se sintió capaz de soportarlas sin necesidad de correr. Para escapar de ellas. De Kirsten Fritsch, de las otras dos mujeres, todas guapas. De Kunz y de Pöhlmann. Todos jóvenes. Todos muertos.

—Buena, ¿eh? —preguntó Maik.

—Sí, buena —respondió Daniel mientras miraba de nuevo la etiqueta con aquella foto tan horrible de un paisaje.

—¿Qué sabes acerca de las víctimas?

—¿De qué víctimas me hablas? ¿Alemania o Afganistán?

—Las mujeres.

—El cadáver que encontré trabajaba de cajera en un Aldi. Aquí mismo, a la vuelta de la esquina. Es probable que tú también la conocieras.

—Mierda. Todas son muy amables.

—Pues una de ellas está muerta. La guapa del pelo oscuro.

—Joder. No recuerdo a ninguna cajera con el pelo oscuro. ¿Y qué pasa con las otras dos mujeres de las fotos que te mostró la policía?

—Ni idea. Debieron de matarlas del mismo modo, o tenían algo que ver las unas con las otras, o conmigo.

—¿Qué podían tener que ver contigo?

—No lo sé. Pero al parecer hay algo por el estilo.

—¿Y no tienes más información?

—Sólo la fecha en la que las mataron. O en la que desaparecieron. Ni siquiera lo sé exactamente.

—¿Y cómo te has enterado de la fecha?

—Por los simpáticos miembros de la brigada de investigación criminal. Con las cifras no tengo el mismo problema que con los nombres.

—¿Y has investigado algo al respecto?

—¿Investigado?

—Si lo has buscado en Google, digo.

—Melanie se llevó el portátil. Lo necesitaba urgentemente. Lea se pasa el día chateando con sus amigas.

—Bueno, pues vamos a buscarlo en Google. A ver si al menos nos enteramos de lo mismo que saben los demás.

Daniel siguió a Maik hasta el salón que, como siempre, presentaba un estado caótico. Las piezas de mobiliario mezcladas, obtenidas en varios rastros, mantenían una cierta simbiosis con las camisetas tiradas descuidadamente por toda la habitación y las omnipresentes portadas de vinilos. El portátil estaba cómodamente instalado encima de un sofá.

—Está en modo de ahorro de energía —dijo Maik. Justo cuando levantó el ordenador, con un chirrido se levantó también la aguja del vinilo que giraba a toda velocidad en el tocadiscos.

—¿Qué te apetece escuchar? —preguntó Maik.

—Me da igual.

—Eso nunca da igual. Necesitas la banda sonora adecuada para vivir la vida.

—Entonces busca algo que sea adecuado. Tengo plena confianza en ti.

Maik introdujo su contraseña en el portátil y se acercó al estante en el que tenía el tocadiscos. Pasó un rato frente a los vinilos, parecía como si estuviera meditando. O esperando antes de elegir entre el montón de discos que poseía.

Daniel hizo clic en el navegador y entró en Google mientras por su cabeza empezaban a surgir posibles conceptos de búsqueda

—¿Qué te parecen los Doors? —preguntó Maik.

Perdido en sus cavilaciones, Daniel siguió mirando fijamente el monitor.

—No, olvídate de los Doors.

Daniel tecleó las palabras «asesinato», «homicidio» y «desaparecida» en el motor de búsqueda. El primer resultado fue una reseña de un restaurante de temática negra llamado «Asesinato en el plató».

«¡Un asesinato en el local en el que está comiendo! Disfrute de unos platos deliciosos mientras se producen escenas dramáticas en la mesa de al lado. ¿Será capaz de descubrir quién es el asesino?»

Daniel se imaginó a un actor aficionado mal maquillado, gesticulando en exceso en la mesa contigua mientras él intentaba desesperadamente comer una liebre con arándanos. «Precio: solo 69 € (incluye aperitivo y menú de cuatro platos)». Pensó que tal vez debería montar alguna historia semejante para evitar la subasta forzosa en la que estaba a punto de perder la casa. Algo relacionado con la comida. La gente aprende a cocinar gracias a la televisión. Los resultados de búsqueda siguientes tampoco valían gran cosa. Un intento de

robo con homicidio en Stuttgart y un sospechoso detenido por el asesinato de un rockero. Daniel pasó a la búsqueda por imágenes. Un bloque de hormigón que al principio Daniel tomó por un polideportivo y que luego resultó ser la Academia de Justicia de Branderburgo. Y una foto de búsqueda de Charles Manson. Daniel reconoció a Manson enseguida. En Afganistán, Timo a menudo llevaba una camiseta azul con aquella misma foto impresa. Debajo había una inscripción con unas enormes letras de imprenta que rezaban: *I am only what you made me. I am a reflection of you.* «Soy lo que habéis creado. Soy vuestro reflejo.» En una ocasión estuvo a punto de pelearse con Timo porque no comprendía cómo alguien podía llevar una camiseta que homenajeaba a un tío que se había convertido en una estrella por el hecho de haber cometido unos cuantos asesinatos brutales. Daniel hizo clic sobre el enlace para leer el artículo que ilustraba aquella foto. El cumpleaños de Manson era el 12 de noviembre. Incluso los cabrones como ese cumplían años un día u otro.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no.

Google había encontrado 44.800 resultados en 0,25 segundos. Maik se acercó a Daniel y se inclinó por encima de su hombro para mirar también la pantalla.

—¿Ése es Charles Manson?

—Sí.

—Deberías restringir más la búsqueda.

Maik regresó al estante del tocadiscos.

Daniel no sabía qué teclear.

—¿Qué te parecería algo nuevo? —preguntó Maik—. El *Nevermind* de Nirvana, por ejemplo. Nirvana le gusta a casi todo el mundo. Es música generalista.

—¿Es que sólo tienes discos de gente con problemas para llegar al final de sus días con dignidad?

Maik reflexionó un momento mientras se encendía un cigarrillo.

—Con los que aún están vivos, nunca se sabe lo que harán.

Mientras Maik seguía buscando la banda sonora perfecta, Daniel lo intentó de nuevo con unas cuantas variantes de términos de consulta. Sin éxito.

—Me vienen ganas de mandar el puto portátil a tomar por culo.

—Como Elvis. Siempre terminaba destrozando el televisor cuando el programa no le gustaba. Vamos a ver, ¿qué has escrito como términos de búsqueda?

—Asesinato, homicidio y desaparecida.

—Pues pon la fecha, además.

Daniel tecleó 12 de noviembre. Como resultado de búsqueda apareció varias veces la misma foto de una pelirroja. Se inclinó hacia delante. Las fotos eran tan pequeñas que apenas se le veían las pecas. Repetida tantas veces, una tras otra, una al lado de la otra, una debajo de la otra, aquellas diminutas imágenes parecían el diseño de un papel pintado. Daniel notó la tensión en la espalda y empezó a sudar. Otro clic con el ratón y el tamaño de la imagen aumentó. La mujer apareció sonriente, llena de vida. Como alguien incapaz de imaginarse muerta. Daniel accedió al artículo de periódico al que pertenecía la foto de la pelirroja.

—¿Qué te parece Rickie Lee Jones? —preguntó Maik.

Daniel no respondió. Se limitó a mirar fijamente la pantalla.

La víctima se llamaba Svenja Stein. Había trabajado en una guardería de Eisenach. Encontraron su cadáver en un pequeño estanque, en los bosques de Turingia. Por motivos tácticos relacionados con la investigación, la policía no había dado pistas acerca de la causa de la muerte. Daniel se quedó mirando fijamente la foto de Svenja. No tenía un aspecto especialmente vulnerable, pero había demostrado serlo. Todo el mundo lo es. En la mente de Daniel no paraban de aparecer imágenes de Wartburg, a donde había ido unos años antes con Melanie y Lea. Los turistas habían tomado un montón de fotos de la pequeña celda en la que Martín Lutero, bajo el nombre falso de Junker Jörg, tradujo en tan sólo once semanas el Nuevo Testamento al alemán. Lea tuvo que pasar mucho tiempo en el váter porque había bebido demasiado refresco de cola. Y luego un helado. Daniel odió no poder concentrarse, pero algo en su interior se resistía con todas sus fuerzas a imaginar a Svenja muerta en un estanque de peces en Turingia. En el mundo civilizado.

Maik se inclinó por encima del hombro de Daniel.

—¿Ésa es una de las mujeres muertas?

—Sí. Svenja. De Eisenach.

—Qué lástima.

—Trabajaba en una guardería. ¿Crees que debía de gustarle a los niños?

—No lo sé, no es más que una foto de su cara. No permite ver gran cosa.
¿Tú has estado en Wartburg?

—Sí.

—De hecho, es impresionante, toda esta historia. ¿Sabes algo acerca de la segunda víctima?

—Todavía tengo que buscarla en Google.

—¿Quieres que me quede aquí contigo? ¿Para ayudarte?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si quieres que me siente a tu lado. Esas cosas que hacen los amigos.

—No, déjalo. Será mejor que eche un vistazo yo solo.

Que les eche un vistazo a las muertas, pensó Daniel.

—Entonces voy a embalar unos cuantos elepés.

Daniel se odiaba a sí mismo por la torpeza que demostraba introduciendo términos de búsqueda. La red había conservado el asesinato de esas mujeres y cualquier capullo armado con un teclado podía volver a abrir la lata. Las imágenes aparecían una tras otra con demasiada facilidad como respuesta a una búsqueda en Google. Esa vez la mujer era rubia, muy pálida.

Anna Schindler. Había abandonado la carrera de Empresariales para tomar clases de interpretación en una escuela privada de Ulm. Había tenido un pequeño papel secundario en una serie de televisión sobre misiones de salvamento, pero nada del otro mundo. No había interpretado a una médico ni nada de eso, sino a la víctima de un accidente. Había aparecido como estrella invitada en varias obras de teatro, pero no había tenido ningún papel fijo. Había nacido en Bad Tölz y su cadáver había sido encontrado en el Danubio, a su paso por Ingolstadt. En esa ciudad le habían dado el papel femenino en una obra de teatro ambientada en una aula. Trataba de una chica y un joven que se escondían en los lavabos de la escuela mientras, un piso por debajo, un loco homicida rondaba por los pasillos. Maldita sea, pensó Daniel. Las demás habían aparecido en aguas estancadas, un río no encajaba en el perfil del asesino. En ese momento debían de tener claro que se trataba de un asesino en serie, daba igual si el agua fluía o no. Todo encajaba. Contempló con detenimiento el rostro de Anna Schindler. Era una actriz muy guapa, con un poco de suerte podría haber llegado a interpretar el papel de su vida y ganar un Oscar. O al menos el premio Grimme.

O sea, que la policía le consideraba un asesino en serie.

Pues sí que estamos bien, pensó Daniel. Yo no voy matando a mujeres que podrían ganar un Oscar. Yo no hago ese tipo de cosas. ¿Estoy siendo víctima de una conspiración? No soy lo suficientemente importante para eso. Las conspiraciones sólo se dan en las películas. Jason Bourne era víctima de un complot, pero una víctima capaz de defenderse. Bourne tenía una buena formación. Y yo también la tengo, pensó Daniel. En la lucha cuerpo a cuerpo y esas cosas, aunque no sería capaz de matar a varias personas mientras caigo por las escaleras.

Maik se le acercó por detrás.

—¿Ésta es la otra chica?

—Has tardado muy poco en mandar los discos, ¿no?

—No puedo concentrarme en embalarlos.

—No hay ninguna relación entre las mujeres. Son radicalmente diferentes.

Daniel leyó en voz alta la breve información biográfica de cada una de ellas y le mostró a Maik las fotos.

—Son los lugares —dijo Maik.

—Las aguas estancadas no encajan con la que encontraron en el río.

—No me refería a las similitudes del paisaje, sino a los lugares en los que las encontraron. Las ciudades. Si vas en coche por la A9 de Ingolstadt a Eisenbach, pasas por aquí. La Alta Franconia queda a mitad del trayecto. Encontraron a la tercera víctima justo entre las ubicaciones de los otros dos crímenes. Al menos según el mapa. O el GPS, si se introduce la opción de trayecto más rápido.

—Mierda, ¿eso significa que soy sospechoso sólo porque vivo en Hof?

—Sí, no contábamos con eso. ¿Conocías a la otra víctima?

—Por supuesto que no. No he estado en mi vida en Ingolstadt.

—Pero en Wartburg, sí.

—Digo que no he estado nunca en Ingolstadt.

—¿Ni siquiera para recoger un Audi en la fábrica que hay allí?

—Aunque tuviera dinero para pagarlo, no querría tener ningún Audi.

Maik se frotó con la palma de la mano la barba que empezaba a aflorar en su mentón.

—Mmm —refunfuñó con aire ensimismado.

—Soy sospechoso porque estoy a la misma distancia de los dos otros

casos —dijo Daniel mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

—Y el tercer caso todavía te queda más cerca.

—Pero podría ser todo una coincidencia. El asesino también podría ser un forastero que pase por aquí con regularidad.

—No deberías haber encontrado el último cadáver. Sólo por eso se llega a la idea de la autopista y al hecho de que vivamos a medio camino de esos lugares. La última muerta es el eslabón perdido. La cajera.

—Kirsten Fritsch.

—¿Qué?

—Kirsten Fritsch. Se llamaba así.

En la cabeza de Daniel, empezó a instalarse de nuevo la idea de una teoría conspiratoria. Había tenido que aprender a aceptar las conspiraciones como parte de su enfermedad mental, pero ¿qué ocurría cuando de repente se convertían en realidad? ¿Había alguien capaz de presentarlo como un asesino en serie y decidido a hacerlo? ¿Sólo porque vivía a la misma distancia de la víctima de Eisenach que de la que encontraron en Ingolstadt? El tío debe de ser un genio de la logística. Tío o tía.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó Daniel a su amigo.

—Tal vez deberías hablar con la policía y contarles que acabamos de darnos cuenta de esto.

—Eso ellos ya lo saben desde hace tiempo. Por algo me mostraron las fotos.

—Quizás deberías empezar a investigar por tu cuenta, pues.

—¿Sugieres que vaya a Ingolstadt?

—Por ejemplo.

—¿O a Eisenach?

—Sí. O incluso podrías empezar por descubrir más cosas acerca del lugar en el que descubriste a la cajera.

—Kirsten Fritsch. Creo que incluso los muertos tienen derecho a que les llamemos por el nombre.

—Si los muertos tienen nombre, entonces también puedes descubrir más cosas acerca de ellos.

—Vaya idea de mierda. Ponerme a investigar por mi cuenta. Eso está muy bien para Hollywood.

—Hollywood tampoco está tan mal. Gracias a las películas y a las series sabemos cómo se hacen estas cosas.

—¡Esto es Hof y no Los Angeles! ¿Cómo quieres que un paciente en terapia investigue a alguien reconocido oficialmente como psicópata por sus propios medios? ¿Qué pensaría la policía si de repente me encuentran rondando por Eisenach? ¿O por Ingolstadt?

—¿Y qué alternativa tienes? Quedarte en tu jardín, sentado en el sofá de piel mirando fijamente una pantalla plana estropeada hasta que la policía detenga a un asesino en serie?

Daniel se pasó las manos por el pelo.

—Ni siquiera tengo coche.

—En el caso de la cajera... de Kirsten, no necesitas ningún coche.

—¿Y qué pasa con Eisenach? ¿Con Ingolstadt?

—Podemos ir en el mío.

—Creí que utilizabas el de tus padres.

—Hasta ahora, siempre me lo han prestado cuando lo he necesitado pero desde que mi padre sufrió el ataque de apoplejía, el coche pasa la mayor parte del tiempo encerrado en el garaje. Mi madre tampoco es que conduzca muy bien. Ni siquiera se atreve a meter o sacar el coche del aparcamiento.

—¿O sea que te apuntas?

—No voy a dejar en la estacada a un amigo inmerso en una investigación criminal. ¿A dónde quieres ir primero?

Daniel comparó las fotos de la pelirroja con las de la rubia y pensó en el rostro envuelto de cabello oscuro que vio bajo el agua. Inmóvil. Serio. A pesar de que aquella chica siempre había tenido una sonrisa preparada en cualquier ocasión. Con o sin el vale de descuento de los envases. Daniel se frotó los ojos. Se dio cuenta de lo cansado que estaba. Para variar, pensó que tal vez estaría bien dormir un poco en una cama de verdad. Había perdido toda noción del tiempo. El reloj del ordenador marcaba las 13:45.

—Mierda, tengo que irme.

—¿Es que hay algo más importante que salvar el pellejo? —preguntó Maik.

—A las cuatro en punto tengo un encuentro tutelado con mi hija.

—¿Y no puedes cancelarlo?

—Si lo cancelo, parecerá que no me interesa, o que no estoy a la altura de mi hija, de la responsabilidad que comporta. En cualquier caso, no quedaría muy bien ante el tribunal familiar.

Daniel se puso la gorra de visera. Abrió la puerta del piso y salió a toda prisa. Oyó el golpe de la puerta tras él, ya en la calle se puso las gafas de sol y empezó a correr. Estaba en forma. Le gustaba oír su propia respiración. Daniel era capaz de notar incluso los alvéolos pulmonares y los capilares más pequeños. Sentir cómo se le aceleraba el pulso lo calmaba y además le gustaba notar la capa de sudor que le cubría el rostro y el resto del cuerpo, como si se tratara de una capa protectora nanotecnológica. Lo más importante era la cara. Lo que en otros tiempos llamaban el semblante. Semblante era una palabra bonita. Cada día pensaba, sin poder evitarlo, en cómo había pisado con sus botas la cara destrozada del cabo Kunz al salir del vehículo blindado. La protección era importante, mantener la compostura. El olor del sudor siempre tenía un matiz distinto. Cuando le caía en los ojos, le hacía llorar.

Cuando Daniel dobló la esquina, vio el pequeño utilitario azul de Melanie frente a la casa. Esa casa que había sido de los dos, el escenario de la historia que habían vivido en común. Al menos hasta el divorcio, a partir de entonces sus caminos se habían separado. Lo que habían vivido juntos no volverían a vivirlo. Durante unos momentos, Daniel perdió el ritmo de su respiración, aunque lo recuperó enseguida. La puerta del conductor del coche se abrió. Melanie acababa de teñirse, de un color rojizo oscuro. Las gafas oscuras le daban un aspecto inaccesible, con un aire gélido que le pareció especialmente sexy. Sobre todo porque él sabía que en realidad no era inaccesible. Al llegar ante Melanie, a Daniel le habría gustado abrazarla, pero en el último momento decidió contenerse. En lugar de eso, se limitó a respirar hondo. Daniel notó todas y cada una de las gotas de sudor que le chorreaban por la espalda.

—¿Qué te has creído? —preguntó Melanie con los brazos en jarra y los puños clavados en la cintura. Era una exagerada. Tampoco era necesario subrayar con esa pose el tono de voz airado que había utilizado para dirigirse a él.

—Hola —respondió Daniel.

—No intentes fingir que estás de buen humor.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—¿No? ¿Has entrado en internet, hoy?

—Te llevaste el ordenador.

—¿Y no has encendido la tele?

El televisor está en el jardín, pensó Daniel. Sin electricidad. Gracias a Dios, de lo contrario ya se habría producido un cortocircuito. Daniel no conseguía imaginar los ojos airados de Melanie tras las gafas ahumadas. Ella se sacó el móvil del bolsillo de los pantalones. Tuvo que hacerlo con la punta de los dedos, llevaba unos pantalones rematadamente estrechos. Pulsó de forma rutinaria un par de teclas del móvil, tal vez incluso hubiera ensayado ese momento mientras había estado esperando en el coche. Le tendió el aparato a Daniel para mostrarle la pantalla. Era un vídeo en el que aparecía él rompiendo la puerta de la terraza con una maceta

—Siento lo del cristal —dijo Daniel.

—¿No se te ocurrió ninguna manera mejor de entrar?

—Tienes razón, al fin y al cabo sigue siendo también tu casa.

—El cristal no me importa una mierda. ¿Sabes lo que pareces en las noticias?

—Me lo imagino.

—Pareces un chiflado.

—«Inestable» describe mejor mi estado. He encontrado un cadáver.

—Ya me he enterado. ¿Has olvidado cómo se utiliza un teléfono? ¿No crees que tenemos derecho a saber algunas cosas antes de enterarnos de ellas por televisión? Mañana Lea será el tema de conversación número uno en la escuela cuando corra la voz de que un veterano de Afganistán con un trastorno psiquiátrico ha encontrado un cadáver en un estanque de peces.

—Lo siento.

—Deja de disculparte de una vez.

—¿Lea todavía no lo sabe?

—Tienes que ser tú mismo quien se lo diga. Al fin y al cabo, dentro de una hora y media la verás.

—De acuerdo.

—Prométeme que se lo dirás.

—Te lo prometo.

—Es una cuestión de pedagogía. Y de responsabilidad.

—Ya sé lo que es la responsabilidad.

Melanie asintió. Daniel imaginó las chispas que le saltaban de las pupilas tras aquellas gafas de sol.

—Bien.

Melanie entró en el coche, pero volvió a salir enseguida de un respingo.

—¿No podríamos comportarnos simplemente como personas adultas? —preguntó.

—Podríamos —respondió Daniel.

Melanie pareció titubeante. Durante unos instantes, no sucedió nada. Daniel ya era completamente incapaz de imaginar los ojos de ella tras las gafas oscuras.

—Llámame si ocurre algo.

—¿Algo como qué?

—Ni idea.

—¿Querías decir si encuentro otro cadáver?

—Por ejemplo.

Llevo la muerte pegada a los talones, pensó Daniel.

—Rainer llevará a Lea al consultorio y luego volverá a recogerla.

—Bien —dijo Daniel a pesar de que en realidad no le parecía tan correcto. Simplemente no conseguía aceptar a Rainer. Ya había hablado de ello con el doctor Hamann. Lo había hecho para comprobar si era normal no soportar al nuevo amante de tu esposa. Qué mal debo de estar para necesitar explicaciones para todos mis sentimientos, pensó Daniel. Tanto si son normales como si no. El doctor Hamann le dijo que no existían los sentimientos anormales, pero que de todos modos algunos eran una mierda.

Melanie subió de nuevo al coche sin despedirse y encendió el motor.

Daniel se apresuró a dar unos golpecitos en el parabrisas. La ventanilla del conductor bajó con un zumbido.

—¿Qué? —preguntó ella sin emoción alguna.

—¿Cuándo os llevaréis a Bonaparte?

—Rainer es alérgico a los animales peludos.

—Entonces tenéis que encontrar una solución. Es la mascota de Lea.

—No lo soporta.

—Es su mascota.

—Sí. ¿Algo más?

—No puede abandonarse a un animal como si nada. Tiene que aprenderlo.

—Os veréis enseguida en el consultorio. Habla con ella.

—Estoy hablando contigo.

—Que esto no funciona ya lo sabemos desde hace tiempo.

Mientras el elevador eléctrico todavía estaba subiendo la ventanilla de nuevo, Melanie arrancó con un leve chirrido de neumáticos. Para encontrarse con su nuevo amante. Rainer ganaba mucho dinero con los parques eólicos por toda Europa. Como es natural, un inválido traumatizado no podía competir con él.

Daniel se metió en la ducha. Fría. El agua caliente habría disuelto la capa protectora. Con el agua fría, todavía se endurecía más. Las diminutas nanopartículas se unieron todavía más.

* * *

La consulta de los servicios sociales estaba en un lugar pintoresco, cerca de un parque lleno de hayas. El edificio pintado de un color blanco deslumbrante irradiaba optimismo. Su ubicación, unida a su diseño moderno y abierto, realmente hacían creer que la educación tenía que ser algo despreocupado y alegre. Pero cuéntaselo a un padre que sólo puede tener contacto con su hija de once años bajo supervisión, pensó Daniel mientras subía corriendo las escaleras que llevaban hasta la entrada. Daniel había reconocido enseguida el cochazo negro que había visto en el aparcamiento. Una vez más, no había conseguido llegar al consultorio antes que Rainer. El coche estaba mal aparcado en diagonal, de manera que ocupaba dos plazas como si hubiera querido imponer su supremacía en el aparcamiento. Rainer y Lea ya estaban sentados en la sala de espera. Lea se puso de pie enseguida nada más ver a su padre. Mientras se dirigía a su encuentro, mantuvo todavía la expresión seria, pero en cuanto él le dio la mano, sonrió. Si no le había sonreído convencida, lo habría hecho sabiendo que era lo más correcto cuando saludas a un progenitor. Tal vez estas reuniones supervisadas tampoco es que estén tan mal, pensó Daniel. Encontró normal que no lo abrazara después de todo lo que había ocurrido, de tantas disputas nocturnas. Cuando Daniel hubo descubierto que había un hombre nuevo en la vida de Melanie, se desbocó por completo y redujo los muebles a un montón de astillas.

—¡Ni siquiera estoy seguro de que Lea sea hija mía! —le había gritado Daniel a su mujer.

Tenía el pelo demasiado rubio. Y la barbilla tampoco la había heredado de él. Son el tipo de insinuaciones maliciosas que le pasan por la cabeza a quien tiene miedo o a quien está furioso. En esos momentos se avergonzaba de ello. Podía imaginarse perfectamente a Lea llorando en su cama mientras él pegaba alaridos por la casa. Todo el autocontrol militar que había aprendido no le había servido de nada en la vida civil.

Entretanto, Rainer también se había puesto de pie. Dejó un ejemplar de *Psicología Hoy* con el titular «Amistad: ¿por qué la proximidad y la familiaridad son tan importantes» sobre la pila de revistas de la sala de espera. Rainer extendió la mano derecha hacia Daniel con una sonrisa. Daniel la aceptó. En silencio. Los dos apretaron con fuerza. No es mi amigo, pensó Daniel. No es del todo incomprensible que una mujer busque a otro tío cuando su marido ha perdido el juicio tras un bombardeo. Tal vez todo habría sido más sencillo si el rival hubiera tenido buenos argumentos. Por ejemplo, si hubiera sido más joven y rematadamente guapo, pero Rainer estaba cerca de cumplir los cincuenta. Por si fuera poco, pese a conservarse bien, tampoco era precisamente George Clooney. Algo debía tener para resultar tan atractivo para las mujeres, aunque Daniel no habría sabido decir qué era. Tal vez era la seguridad que desprendía. Al fin y al cabo, tampoco le serviría de nada saberlo.

Daniel se alegró de que la psicóloga los llamara antes de que tuvieran que ponerse a charlar los tres.

—Te esperaré en el coche, Lea —dijo Rainer.

Incluso su voz, tan sonora, desprendía esa maldita seguridad en sí mismo.

Sonrió levemente y se marchó.

Lea lo llamó por el hueco de la escalera:

—¡Eh, Rainer! No me apetece tener que esperar otra vez un cuarto de hora a que termines de hacer tus cosas.

Al menos no le llama papá, pensó Daniel con satisfacción.

Lea y Daniel siguieron a la señora Schreiner hasta el despacho. En las paredes, láminas de cuadros impresionistas. Nenúfares por todas partes. Al parecer, a los psicólogos tiende a gustarles el impresionismo. Tal vez los nenúfares tengan un efecto tranquilizador para ellos. A Daniel no lo

tranquilizaban en absoluto, pensaba que nadando era posible enredarse con los nenúfares y que patalear para intentar liberarse sólo servía para hundirse todavía más. Y lo de patalear era automático. Además, en los estanques se encontraban cadáveres y Daniel ya había tenido bastante con uno. Quería librarse de tanto cadáver.

Durante el encuentro supervisado, Lea se mostró sorprendentemente comunicativa. Contó cosas acerca de sus compañeros de clase más bobos, que había entrado en el grupo de teatro de la escuela y algo más que le hizo temer a Daniel que posiblemente se estaba perdiendo la incipiente pubertad de su hija. Por supuesto, Daniel tenía pensado contarle que había encontrado un cadáver y luego toda la historia de los periodistas y las cámaras, la maceta y las imágenes que habían aparecido por televisión. Estuvo buscando el momento de contárselo, pero no encontró la ocasión idónea. Cuando por fin decidió que había llegado el momento más propicio, Lea se puso a explicarle lo mucho que la había elogiado el profesor del curso de interpretación y a Daniel se le fue el santo al cielo.

—Los padres están invitados al estreno —dijo Lea.

Daniel asintió con ganas.

—Yo vendré, por supuesto.

Al final jugaron con la psicóloga una partida de Uno. Lea tenía buenas cartas, mientras que la señora Schreiner se pasó el rato cogiéndolas de cuatro en cuatro. Además, le cayeron un montón de cartas de descanso. Durante la mayor parte de la partida, Daniel tuvo que ceder su turno sin tirar. Al principio de los encuentros supervisados, Daniel se había frustrado al ver que la señora Schreiner no era tan atractiva como las psicólogas que aparecían en televisión. En *Los Soprano*, por ejemplo. Pero había llegado un punto en que le había parecido bien que no lo fuera. Probablemente si la psicóloga hubiera sido guapa habría intentado hacer algo especial para llamarle la atención. Así, en cambio, se concentraba más en su hija. Daniel se alegró al oír el grito de entusiasmo que soltó Lea para celebrar que había ganado la partida. Para un padre separado, incluso una partida de cartas podía ser importante. Es probable que en una familia las cosas pequeñas sean muy especiales, pensó Daniel, pero de eso te das cuenta cuando la ayuda de un especialista se vuelve indispensable.

La señora Schreiner acompañó a sus dos clientes hasta la puerta del

despacho y se despidió de ellos después de convocarles para la siguiente cita. Ya en las escaleras, Daniel se dio cuenta con toda claridad de que tenía que decírselo de una vez.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Qué es?

Lea se detuvo y lo miró fijamente, dos escalones por debajo de él. Tenía los ojos tan grandes como los de las colegialas de los *manga* japoneses que tanto le gustaban a ella y que solía ver en internet, por las tardes, para dibujarlas luego.

—Ha ocurrido algo que...

—¿Sí?

—Bueno, pues... lo que ha ocurrido... No es que sea precisamente bueno.

Los ojos de Lea seguían siendo de un tamaño digno de un dibujo animado.

—Mejor dicho: es algo malo. Encontré a una chica muerta. —Ella levantó la mirada hacia él de nuevo y mantuvo la mirada fija. —Alguien la había matado.

—¿Quieres decir que la asesinaron?

—Sí. Llamé a la policía. Se está encargando de ello una inspectora. Está buscando al asesino.

—¿Tienen ya algún sospechoso?

Daniel tragó saliva y empezó a sudar. Siempre había odiado la facilidad con la que empezaba a sudar. Toda esa transpiración que salía de golpe de su cuerpo.

—No lo sé.

—Lo acabarán pillando. ¿Has visto CSI alguna vez?

—Sí.

—El asesino siempre deja alguna pista —dijo Lea asintiendo con resolución. Acto seguido, empezó a bajar corriendo las escaleras.

—¡Tengo que contarte algo más!

La niña se volvió de nuevo. Sus movimientos, su mirada, todo en ella era cauteloso.

—Todo esto ya se ha visto por televisión.

—Todo está en la tele o en internet —respondió Lea.

—Lo sé —dijo Daniel—, pero es que yo también salgo.

—¿Ah sí?

—Me grabaron mientras rompía la puerta de cristal de la terraza con una maceta.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Me perseguían las cámaras de televisión.

—¿Y?

—No quería salir por la tele.

—Pero si todo el mundo quiere salir por la tele.

—Pues yo no.

Lea negó con la cabeza con gesto compasivo.

—Porque eres viejo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Daniel bajó las escaleras corriendo, pero se detuvo en el rellano. No sabía qué hacer.

—¡En cualquier caso, haré que arreglen la puerta! —le gritó, aunque Lea no reaccionó. Se limitó a entrar en la berlina negra, sin más. El coche salió del aparcamiento.

¿Qué debía de ser Rainer para Lea? ¿Su chófer? ¿El amigo de su madre? ¿Un adulto arrogante? ¿El sustituto de su padre? Con unas cuantas patadas precisas, Daniel destrozó la máquina de café de la entrada del consultorio. Un vaso de plástico tras otro fueron cayendo de la máquina como si le hubiera tocado el premio gordo en una tragaperras. Daniel salió y dejó tras él un charco de capuchino en el suelo. Abrió la puerta de cristal furioso y, una vez fuera, respiró hondo.

* * *

Daniel y Maik estaban sentados en un Volkswagen Golf que tenía al menos diez años, contemplando el edificio de viviendas. La pintura anaranjada relucía a la luz del sol poniente.

—Las casas no guardan luto —dijo Daniel.

—¿Qué?

—Es inevitable imaginar una casa teñida de negro cuando uno de sus habitantes ha muerto. Al menos en nuestra cultura. En otras culturas el color de

la tristeza es el blanco.

Maik miró fijamente la casa.

—Bueno, no es que yo me lo imagine. Ni negra ni blanca. Además, hay muchas casas blancas.

—En el tercer piso hoy no se encenderá la luz. Eso entristece una casa.

—Voy a poner música antes de que tus pensamientos se vuelvan más fúnebres.

Maik revolvió la guantera, en la que había unos doce discos compactos.

—¿Qué buscas?

—Música.

—Pues parece que hay bastante ahí dentro.

—Pero hay que encontrar la más indicada, una banda sonora que encaje. En los coches nuevos solo hay que conectar el MP3, nada más. Tuve que pedirle de rodillas a mi madre que por lo menos instalara un reproductor de CDs. Mi padre estaba convencido de que la electrónica sólo existe para estropearse. Pero ahora únicamente viaja como acompañante y tiene que pasar por el tubo.

Maik sacó un CD que le llamó la atención por la portada amarillo chillón y lo metió en el reproductor. La música era el descubrimiento de la lentitud. Efectivamente, la puesta de sol pareció más apacible con esa banda sonora de fondo.

—¿Qué es eso?

—Lambchop. *How I Quit Smoking*. Un gran álbum.

El cantante interpretaba los textos con una voz tan profunda y relajada que Daniel fue capaz de comprender la letra sin esfuerzo, sin necesidad de activar sus sinapsis. Por supuesto, le habría gustado saber traducir también las letras de canciones más animadas. En cada operación militar en el extranjero había empollado inglés para poder comunicarse por radio sin problemas con los ejércitos aliados.

—Genial, ¿verdad? —preguntó Maik—. El cantante es un genio. Kurt Wagner. Aunque no tiene aspecto de genio. Ni de cantante.

—¿Qué aspecto tiene?

—Antes había sido fontanero y en mi opinión sigue pareciendo un fontanero.

—Yo conozco varios fontaneros y no todos tienen el mismo aspecto.
En el segundo tema, Wagner cantaba:

*«The gentleness has perished
And the violent man has come down on everyone
To whom can I speak today
The wrong which roams the earth
There can be no end to it
It is just unstoppable.»*

Daniel siguió mirando fijamente la casa.

—¿Tú lo encuentras constructivo?

—A mí me parece conciliador. Al fin y al cabo la canción se llama *The Man Who Loved Beer*.

Maik revolvió su mochila y sacó de ella dos latas de cerveza. Le tendió una a Daniel.

—Toma. Incluso está fría. Mi mochila es una especie de bolsa isotérmica.

Abrieron las latas con los correspondientes siseos y la cerveza buscó enseguida un camino por el que salir del recipiente. Daniel y Maik se apresuraron a sorber la espuma burbujeante como los expertos bebedores de cerveza de lata que eran.

—Buena, verdad? —preguntó Maik—. La bebida más adecuada para la banda sonora.

—Sí, está buena. —Daniel tomó otro generoso trago. —¿Qué se supone que estamos haciendo aquí?

—Ni idea. En eso consiste precisamente la observación. Experimentar cosas que se desconocían previamente, ¿no? De hecho, tú deberías saberlo mejor que yo.

—¿Por qué?

—Tú fuiste soldado. Yo hice la prestación social sustitutoria, me dediqué a limpiarle el culo a viejos seniles.

—Cierra el pico y bébete la cerveza.

Maik tomó otro buen trago de su lata.

—Lo siento.

—No pasa nada.

En la tercera planta de la casa se encendió una luz.

—¿Has visto eso? —preguntó Maik.

—Sí.

—En realidad no debería haberse encendido ninguna luz.

—No vive sola —dijo, aunque se corrigió enseguida—. No vivía sola.

Daniel abrió la puerta del acompañante y se acercó a la casa. Había un camino de losas de hormigón entre parterres de césped segado muy corto. Extremadamente corto. Unas losas de hormigón pintadas de verde apenas habrían sido más altas.

Entretanto había oscurecido bastante, hasta el punto que Daniel fue incapaz de leer el rótulo que había junto al timbre. Se sacó del bolsillo de los pantalones el llavero en el que llevaba prendida una minúscula linterna de bolsillo que utilizó para iluminar el rótulo. En realidad había dos apellidos: «Fritsch/Rücker». El segundo apellido estaba garabateado en lápiz. A simple vista, no había visto las finas líneas de grafito.

Daniel regresó al coche y entró en él de nuevo.

—En el rótulo del timbre hay un segundo apellido: Rücker.

—Vamos a preguntárselo al oráculo —dijo Maik. Sacó un teléfono inteligente blanco del bolsillo de la chaqueta y empezó a toquetear la pantalla táctil.

—Para no tener pasta, vas muy bien equipado —comentó Daniel.

—Cuando te dedicas al comercio electrónico necesitas tener acceso a internet en cualquier momento. De lo contrario, siempre respondes demasiado tarde.

—Es una verdadera lástima que todo tenga que ser tan rápido.

—La lentitud se perdió con los barcos de vela.

—A mí me gustan los barcos de vela.

—Entonces intenta coger uno para ir a pasar el fin de semana en Nueva York.

En el piso de arriba había alguien. Daniel vio cómo una sombra recorría la pared.

—Mira, debe de ser éste. —Maik señaló la pantalla del teléfono. —Benny Rücker. Estado civil: casado. Aunque eso no significa que lo esté realmente.

Eso lo pones tú mismo.

Daniel se inclinó hacia la izquierda. Desde fuera debía de parecer como si quisiera apoyar la cabeza en el hombro de Maik. Le daba igual. En realidad, había algo de cierto en ello.

—¿Ésa es la página de Facebook de ella?

—Sí. Su último estado de Facebook era «enamorada».

—En Facebook no mueres. Internet te mantiene con vida.

—No lo sé. Debajo hay unos cuantos comentarios de sus amigos. Una persona adorable, no te olvidaremos y esas cosas. Como en los entierros. Cuando estás muerto, tu Facebook se convierte en un cementerio.

—Mierda.

—A mí no me parece mal. Tal vez con Facebook la gente se acuerde más de la gente que ha perdido. En cualquier caso, es mejor que contemplar una lápida.

Maik hizo clic sobre la foto de un joven. Tenía el pelo rubio y corto y era estrecho de hombros, la camiseta le venía grande. La foto se la habían tomado junto al mar.

—¿Este es ese tal Benny? —preguntó Daniel.

—Sí.

—¿Y qué pone en su estado actual?

—«In some cultures, what I do would be considered normal». Lo renovó por última vez hace tres días.

—¿Eso te llama la atención?

—En Facebook eso es una eternidad.

—¿Y si está llorando?

Maik miró fijamente a Daniel.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Bueno, yo lloraría.

Maik negó con la cabeza.

—Es posible que esté llorando, pero tampoco es seguro. Su página de Facebook no da información al respecto.

—Al menos sigue vivo —dijo Daniel mientras contemplaba la sombra trémula que se movía por el oscuro piso—. No hace más que ir arriba y abajo.

Daniel examinó la foto. El joven rubio esbozaba una sonrisa que debería

de haber sido espontánea pero que en realidad era forzada. Seguro que Benny estaba llorando mientras arrastraba los pies por el piso.

—Volvamos a casa —dijo Daniel—, estoy cansado. Si paso un día sin cumplir mi programación de ejercicio físico me siento como un chicle escupido.

—¿Y qué piensas hacer mañana?

—La programación del jueves. Primero toca carrera por el bosque.

—¿Te marcas tú mismo el recorrido?

—Sí, quizás me preparo uno especialmente duro esta vez. Me ayuda a pensar.

—Bueno, a ver si te sirve para ver las cosas claras.

—Luego vendré a verte.

—¿Puedo hacer algo mientras tanto?

—Tú eres el que domina internet. Tal vez encuentres algo en la red .

—De acuerdo.

Maik giró la llave del contacto mientras el coche emitía un rugido asmático y esperó un momento. Segundo intento. El motor arrancó con un gruñido profundo, se quedó un momento vacilante y finalmente se ahogó. Por todas las ranuras del coche empezaron a entrar vapores de gasolina.

—Por favor, dime que no dependeremos jamás de este coche en una persecución —dijo Daniel.

—Cuando hablas de persecución, ¿a qué te refieres? ¿A perseguir a alguien o a que nos persigan?

—Da igual. El coche no aguantaría ninguna de las dos cosas.

—No me extraña que no quiera arrancar. Transmites mal karma. Pon un poco de tu parte.

Maik lo intentó de nuevo y esa vez el motor arrancó con un chirrido malhumorado. Mientras Maik ponía el coche en movimiento, Daniel miró de nuevo hacia la sombra del tercer piso. No paraba de moverse.

* * *

Cuando Daniel hubo bajado del coche, Maik intentó una salida tipo rally haciendo chirriar los neumáticos. Tal vez con la Playstation lo habría

conseguido, pero en el mundo real el coche se limitó a dar un leve saltito antes de calarse. Empezó a extenderse un fuerte olor a gasolina. Entretanto, Daniel estaba convencido de que el comportamiento del coche no sólo tenía que ver con el motor o el embrague, sino que también estaba directamente relacionada con la falta de destreza de Maik como conductor. Para los años que tenía, el Golf presentaba un estado de conservación excelente. Lo limpiaban una vez por semana y siempre estaba guardado en el garaje. Difícilmente pudieron aparecer marcas de óxido hasta que Maik —beneficiado por el ataque de apoplejía de su padre— se hizo cargo del venerable vehículo. Tal vez había sido una especie de proceso de emancipación, aunque Daniel tampoco estaba seguro de ello. En el ejército alemán, empezabas a recibir cursillos de psicología cuando accedías al primer rango de oficial, pero con un nivel de conocimientos insuficiente para gestionar los hechos no podía hacer nada al respecto. En caso de duda era más útil saber recargar el fusil que tener a un mando tendiéndote la mano amablemente. Sin duda alguna, el alma estaba sobrevalorada. En caso de duda, el alma sólo conseguía vaciarte la casa y dejarte el sofá en el jardín. Melanie se había llevado el coche. No podría volver a llevar un coche hasta que Lea obtuviera el permiso de conducir. Y nunca había tenido que cuidar ningún coche. Tal vez Rainer invertía un par de horas en ello, seguro que era uno de éstos. Ese tipo reunía todas las virtudes que Melanie había echado en falta en Daniel. Y además tenía la actitud correcta. Vas mal cuando estás separado y tienes que admitir que tu exmujer ha encontrado a un tipo más adecuado que tú. Lea no necesitaría ningún coche para independizarse, ya lo estaba. A Daniel le habría gustado echarse a llorar, pero por una chorrada como ésa no pensaba hacerlo al aire libre. Podrían verle todos los vecinos. De todos modos lo estarían mirando, es lo que hacían desde que habían estado en su casa la policía y todos los medios de comunicación alemanes. Incluso la exmujer había estado allí, algo que no había vuelto a ocurrir desde que el camión de la mudanza había dejado las cosas más que claras. Tal vez acampo en el jardín solo porque no me permito llorar al aire libre, pensó Daniel. Sería muy propio de mí, eso de ponerme trabas a mí mismo. Lejos de lo que sería de sentido común. Estoy mentalmente enfermo.

Daniel intentó alejar aquellos pensamientos que se estaban infiltrando en su mente. El detector de movimiento reaccionó enseguida. La lámpara exterior

de la puerta de entrada emitió su luz clara y fría. Una invitación gélida. Como de costumbre, Daniel llevaba demasiadas cosas en los bolsillos de los pantalones y cuando por fin consiguió identificar las llaves de casa, la luz se apagó. Daniel agitó un brazo y la lámpara se encendió de nuevo. A continuación, abrió la puerta. La lucecita del contestador automático parpadeaba frenéticamente en medio de la oscuridad. Roja, incansable, como si estuviera en peligro de muerte. Daniel cerró rápidamente la puerta y atravesó las ortigas para llegar al sofá. Se sentó e intentó calmarse, controlar la respiración y todo eso, pero la puta respiración hacía lo que le daba la gana. Sus funciones corporales no estaban colaborando precisamente. Transpiración. Palpitaciones. Daniel miró a su alrededor con inquietud. Su entorno estaba intacto. Se puso de pie y entró en la casa. Doce mensajes nuevos en el contestador automático: diez solicitudes para entrevistarlos, un mensaje de Melanie:

«Lea me ha contado cómo se lo has dicho. No lo entiendo. ¡Eres su padre! Debería importarte cómo le van las cosas. ¡A ver si te compras un móvil nuevo!»

Aparte de eso, había también un mensaje del doctor Hamann:

«Hola, soy Ulrich Hamann. Le he visto en televisión. Ha venido a verme la policía pero he apelado al secreto profesional. Bueno, si necesita una cita extraordinaria, me parece bien. Puede llamarme cuando quiera. De verdad. Daniel, escúcheme: ¡no tiene por qué pasar por esto solo! Piense en lo que hemos estado trabajando hasta el momento: tome decisiones que le hagan sentir cómodo.»

Sí, sentirme cómodo, eso es lo que tengo que procurar. Daniel pensó en los ejercicios que había realizado con el doctor Hamann. El psicólogo lo llamaba «principios de terapia conductual». Es duro volver a ponerse en marcha cuando las tripas se rebelan. La corriente de aire le secó la capa de sudor de la frente. Los pensamientos le estaban reventando las sinapsis con tanta fuerza que podía notarlas bajo la bóveda craneal. ¿De dónde salía esa corriente de aire? Del salón. Daniel había tapado el boquete de la puerta de la terraza con cartón y cinta adhesiva. Probablemente la cinta adhesiva de la tienda de oportunidades no había estado a la altura de la ocasión. Había salido barata, en todos los sentidos.

Daniel fue hacia el salón y accionó el interruptor de la luz. Como siempre

que algo no iba bien, se le activaron todos los sentidos de golpe. El agujero del cristal. La carne desnuda. Tendones. Músculos. El olor a sangre. La presencia de la muerte. Antes incluso de poder unir las piezas de su percepción para obtener una idea conjunta, Daniel reaccionó instintivamente, tal como le habían enseñado: retirarse rápido, buscar un lugar para ponerse a cubierto y, finalmente, proceder de forma coordinada. En el mejor de los casos, informar sobre la situación y pedir ayuda. El sudor empezó a brotar de su frente de nuevo y le escocía en los ojos. Se inclinó con la espalda contra la pared junto al marco de la puerta. El teléfono era una posibilidad, podía llamar a la policía.

O podía dar la vuelta por la puerta del salón. De todos modos, tampoco tenía muchas posibilidades de ponerse a cubierto. Daniel contuvo el aliento. Sentía los latidos del corazón en los oídos. Su cuerpo no podía parar de hacer ruido, hasta que estuviera muerto. El salón estaba en silencio. Había demasiado silencio. El enemigo no había dejado lugar a dudas de que la cosa iba en serio. Y todavía podía estar cerca. Tenía que esperar a que cometiera un error. Daniel se inclinó con cuidado hacia delante. A través del resquicio de la puerta sólo pudo divisar una pequeña parte del salón, que parecía en calma. Perfecto para relajarse después del trabajo o para recibir una emboscada. Daniel echó atrás la cabeza y se pegó todavía más a la pared. Por algún motivo, en esos momentos creyó que el tacto de la pared en la espalda podría ayudarle a pensar. En ocasiones no servía para nada. No sabía hasta qué punto podía confiar en su instinto. Lo había tenido, pero eso había sido antes de trastornarse. Daniel tensó los músculos, le mandó la orden al cuerpo y se apartó de golpe de la pared para atravesar volando el marco de la puerta. Con la rodilla golpeó de lleno la mesa del salón, cayó rodando por encima de la alfombra que había detrás y se puso de pie de un salto. Ponerse de pie era extremadamente importante, igual que no dejar de moverse. Se movió rápidamente por el salón dando vueltas, evitando el centro, donde se encontraba aquella evidente declaración de guerra. No vio a ningún enemigo, la zona estaba limpia. La puerta de la terraza estaba cerrada. El intruso debía de habérselas arreglado para cerrar de nuevo la puerta de la terraza a través de la luna destrozada o bien había salido por la puerta de casa. Era importante saber qué táctica seguía o lo frío que podía llegar a ser.

Luego llegó lo inevitable. Daniel se dio la vuelta, hacia el cadáver que se

bamboleaba colgado del techo. Un trozo de alambre lo había dejado sin aire o tal vez se había limitado a partirle el pescuezo. Los conejos despellejados parecen pequeños extraterrestres desvalidos. Siempre le había fascinado ver cómo su abuelo mataba los conejos de corral. Los colgaba del techo por las patas traseras. Primero un golpe en la nuca con el canto de la mano. Luego aplicaba el cuchillo de forma certera, metía los dedos en la herida y arrancaba la piel de un tirón. Aquello que estaba colgando de la lámpara no era más que carne. La piel moteada que estaba en el suelo ya no parecía la de un conejo. No parecía la de Bonaparte. No pudo seguir pensando en sus movimientos. Tal vez un ordenador habría podido lograr una simulación de movimiento ante un cadáver despellejado colgado de una lámpara de techo, pero una persona no. Tal vez porque las personas no concebían ver los ojos separados del pellejo. A los animales disecados les ponían ojos de cristal porque de lo contrario la piel sola no daba la impresión de tener vida. Los ojos de Bonaparte seguían mirando desde aquel amasijo de huesos, músculos y tendones. Desde el punto de vista anatómico seguían en su sitio, pero parecían desplazados.

Daniel se dio cuenta de que tenía que respirar. Al principio no podía más que jadear superficialmente. Los pulmones no querían llenarse, pero poco a poco el cerebro empezó a imponerse ante aquella atrocidad. Daniel respiró hondo. No le habían ido tan mal las cosas. Muchos soldados terminaban vomitando cuando intentaban respirar después de enfrentarse a la muerte.

Daniel se dio cuenta con alivio de que el cerebro le funcionaba perfectamente. Tras un primer momento de pánico, estaba completamente tranquilo. Dentro de lo que cabía, era mejor encontrar el cadáver de un animal que el de una persona. No era un argumento que pudiera utilizar ante un animalista, pero a él le pareció muy bien. Sirvió para aplacarle el cerebro.

Pensó en llamar a Timo como hacía cada noche, aunque de hecho ese día era más tarde que de costumbre. Timo sabría qué hacer. Daniel marcó el número y tuvo la impresión de que los tonos de llamada tardaban más de la cuenta en sonar, tal vez porque tenía el cadáver de Bonaparte detrás de él.

—Hola, estaba esperando tu llamada —dijo Timo al otro lado de la línea.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu número aparece en la pantalla. ¿Cómo estás?

—Hecho una mierda.

—No me extraña. No se encuentra un cadáver cada día.

—Yo sí. Por desgracia, en mi caso es lo más normal.

—¿Qué quieres decir con eso?

—En el salón tengo un conejo muerto colgado del techo. La exmascota de mi hija. Probablemente lo ha ahogado con un alambre. O le ha partido el pescuezo. Y luego lo ha despellejado.

—Pero ¿quién lo ha hecho?

—Ni idea. Alguien que no me soporta.

—¿Quieres decir que ha sido el asesino?

Daniel necesitó un momento para procesar la pregunta.

—¿Quién sino?

—¿Has mirado si todavía está por allí?

—Sí.

—¿Por toda la casa?

—No cuelgues.

Daniel dejó el teléfono sobre la cómoda y salió corriendo. En cada habitación hizo lo mismo: un golpe rápido al interruptor y hacia dentro de un brinco. Preparado para contraatacar, daba igual lo que hiciera el agresor. En la cocina, solo una caja de cartón con un trozo de pizza lleno de moho. Subió las escaleras. Pasó junto a las fotos de su hija y entró en la habitación de ésta. Absolutamente vacía. Hasta la jaula del conejo estaba vacía. En su dormitorio, Daniel abrió de par en par las puertas del ropero. Nada. Probablemente era algo de lo que debía haberse alegrado. La cama seguía destrozada en el suelo. Sin embargo, no se alegró y regresó sobre sus pasos a toda prisa.

Ya en el piso de abajo, Daniel cogió el teléfono de nuevo.

—Nada. El tío se ha esfumado.

—¿Cómo sabes que era un hombre?

—Las mujeres no van colgando animales despellejados en los salones de la gente.

—Excepto una si te odia mucho.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Estás seguro?

—Tienen que investigar esto.

—Te preguntarán por el cuchillo.

¿Se lo había dicho ya, que los policías le habían preguntado por el

cuchillo? ¿O que había desaparecido? No conseguía recordarlo, pero tenía el cerebro frito después de ir tan revolucionado.

—Probablemente tengas razón —dijo Daniel.

—Seguro que te preguntarían por el cuchillo.

—¿Te había contado ya que ha desaparecido?

—Precisamente eso es lo sospechoso.

—Sí, eso es lo sospechoso.

Entonces le preguntó lo mismo que le había preguntado ya tantas veces a Timo. Lo que no le dejaba vivir:

—¿Crees que habríamos podido salvar a Kunz y a Pöhlmann?

—¿Por qué me sales con eso precisamente ahora?

—No es precisamente ahora. Lo tengo siempre en la cabeza, en todo momento.

—Yo también. Pero no dejo que se imponga.

—Dibujó esbozos, marcas, posiciones, flechas. Al cabo de un rato, hay tantas flechas que no se reconoce nada más. ¿Qué debería haber sido distinto?, me pregunto.

—Eso no puedes cambiarlo. Ahora entierra el conejo.

* * *

Daniel presionó la pala firmemente con el pie para clavarla en la tierra. Luego, una palada tras otra, siempre intentando no hacer demasiado ruido. Tras la construcción de la casa, habían hecho traer tierra de buena calidad para distribuirla uniformemente por el suelo arcilloso. Melanie lo había organizado todo. Se le daba bien organizar cosas. Tierra biológica, tierra de comercio justo, alguna de esas mierdas para las personas buenas y los niños felices. Apenas había piedras con las que la pala pudiera chocar y revelar su presencia. Las piedras harían ruido y Daniel no podía permitírselo. Daniel agarró el trozo de césped arrancado y lo levantó del suelo de una sola pieza. A continuación utilizó de nuevo la pala para cavar un pequeño hoyo. Entró en la cocina, abrió un cajón y sacó unos guantes desechables. Con unas tenazas intentó aflojar el alambre que rodeaba el cuello del conejo. Los ojos de Bonaparte no dejaban de mirarlo. Al final, no pudo evitar marearse, aunque

consiguió llegar a tiempo al inodoro para vomitar. Volvió al salón y se colocó tras el cadáver colgado para no tener que verle los ojos. El alambre se le resistió, pero Daniel tuvo paciencia, puesto que de todos modos no le quedaba nada más en el estómago. Cuando por fin el alambre cedió, no supo por dónde coger a Bonaparte y éste cayó al suelo con un sonido escurridizo. Mientras Daniel recogía el cadáver y la piel del conejo, intentó mirarlo lo menos posible. Sólo de reojo. Se llevó los restos del conejo al jardín y al principio no supo cómo colocarlo dentro del hoyo. Al final, envolvió el cadáver desnudo con el pellejo. Volvió a tapar el hoyo rápidamente, colocó la tapa de césped encima y dio los últimos retoques. La tumba del jardín tenía que quedar lo más disimulada posible. Camuflada. Los guantes desechables los tiró al cubo de la basura. Cuando se sentó en el sofá del jardín, le apeteció tomarse una cerveza. Al día siguiente iría al supermercado a comprar una caja entera. De repente se dio cuenta de que no había sido una buena idea tirar los guantes desechables en el cubo de la basura, alguien podría cogerlos de allí. Una periodista de televisión curiosa, por ejemplo. O policías en busca de pruebas. O el asesino. Daniel tuvo que meter buena parte del cuerpo dentro del cubo para pescar los guantes con la punta de los dedos entre los restos de su existencia diaria. Cuando los hubo conseguido, los tiró por el inodoro. Enseguida se dio cuenta de que no había sido una buena idea. Los guantes podrían atascar el desagüe. Decidió verter una botella entera de líquido desatascador de tuberías.

De vuelta en el sofá, se durmió enseguida a pesar de la falta de cerveza.

JUEVES

Daniel estaba hecho polvo. El sofá de piel había soltado tan sólo un gruñido que revelaba el buen tiempo, sin rastros del chapoteo que hacía cuando llovía, aunque nada más despertarse siguió notando la lluvia aún presente en las articulaciones. Ya le había pasado la edad de ser futbolista profesional. Bueno, tal vez todavía tenía edad de ser portero, aunque si después de una noche seca en el sofá seguían doliéndole los huesos, probablemente era demasiado viejo incluso para ser portero. Daniel miró a su alrededor. Su cerebro necesitó unos cuantos minutos para recordar cómo habían quedado las cosas. El cielo azul con unos cuantos cúmulos aislados prometía un día apacible. El cielo estaba bien. El resto, no. Daniel miró hacia la tumba del conejo. Todo estaba tranquilo y en silencio. Como si Bonaparte no hubiera deseado más que ser enterrado enseguida. Daniel sabía que no era así. Lo que quieren los conejos es reproducirse, incluso los que tienen un nombre imperial, o tal vez éstos lo deseen todavía más. Por lo de la línea sucesoria. Toda forma de vida lo que quiere es reproducirse.

Daniel abrió la puerta de la casa y subió corriendo al piso de arriba. En la jaula del animal que estaba en la habitación de Lea no encontró nada, ni siquiera después de registrarla a fondo. Daniel odiaba aquellas cacas de conejo. Ni una hoja de papel, nada. Esperaba encontrar algún rastro de la naturaleza perturbada de un psicópata, después de haber tenido que retirar laboriosamente su mascota de la lámpara del salón. Aparte de cometer atrocidades, una de las pocas cosas que divertían a los psicópatas era dejar algún rastro deliberadamente.

En el dormitorio, Daniel no intentó ignorar la cama. En lugar de eso, se limitó a desdeñarla. Una mitad del ropero estaba vacía. De la otra mitad sacó el uniforme de combate que guardaba colgado en una percha.

Era jueves, tocaba carrera campo a través. Tenía que elegir el recorrido y eso siempre le provocaba sentimientos encontrados.

A Daniel le gustaba tomar el camino más corto, no le importaban los obstáculos con los que pudiera encontrar. Le gustaba notar la sensación física de que era capaz de superar cualquier valla, incluso cuando la mente no era capaz de concebirlo como posible. El cerebro siempre funcionaba a cámara rápida o a cámara lenta, pero nunca a la velocidad adecuada. Lo que a Daniel no le gustaba era que esa ropa de camuflaje le hacía sudar y le revolvía el estómago. En varias ocasiones había cotejado la posibilidad de quemar el uniforme, pero el doctor Hamann le había dejado claro que no se podía vivir contra el pasado, que sólo se podía vivir con él. Además, Daniel tenía la vaga sensación de que todavía podría necesitarlo. Demasiados muertos a su alrededor. Daniel se sentía extrañamente preparado. No tenía ni idea de quién era su enemigo, pero ¿qué soldado lo sabía? Naturalmente, los ejércitos modernos tenían una orientación cívica, pero no se podía confiar en los intentos de dar explicaciones convincentes. El enemigo está allí y eso es lo importante, pensó. Y tú sobrevivirás, eso también es importante. Sobreviviría a un tipo capaz de matar conejos de pelo moteado y chicas bonitas, no hacía falta saber gran cosa más. Daniel estaba preparado. Se enfundó el uniforme de combate.

Por primera vez desde hacía varias semanas, se puso los auriculares del reproductor de MP3 en los oídos. *Song 2*, de Blur. Era la canción del FIFA 98. O del FIFA 99. Alguno de esos juegos de ordenador de fútbol al que había jugado cuando todavía era un crío capaz de concentrarse en algo. Unos cuantos meses atrás, Lea le había ofrecido jugar al FIFA con ella. Tal vez había recordado lo mucho que él se había divertido con ese juego en el pasado. Quería demostrarle el cariño que sentía por él. Por eso había seleccionado un equipo mucho más débil que el de su padre. Sin embargo, él jugaba mucho peor que ella. Se pasó el rato equivocándose de teclas. Cuando lo que quería era esprintar, se lanzaba al suelo con las piernas por delante y el jugador se ponía a hacer divertidos trucos cuando lo único que Daniel quería era que chutara de una vez. Al cabo de media hora, estaba completamente fuera de sí. Cuando se dio cuenta de que Lea estaba dando males pases a propósito para dejarle ganar, Daniel sintió lástima. No sabía exactamente si el objeto de la lástima era su hija o él mismo, pero enseguida se puso de mala uva. Intentó

que Lea no se diera cuenta, pero no lo consiguió en absoluto. El partido duró una sola parte.

Si bien hay canciones de música pop que nos resultan insoportables cuando las oímos en la radio con demasiada frecuencia, hay otras que no envejecen, que se erigen como un monumento en la memoria colectiva. A veces nos sorprendemos cuando vemos al miembro de una banda por la tele y nos damos cuenta de que el tiempo también pasa para las estrellas del pop. Las canciones, en cambio, siguen sonando jóvenes. Daniel estaba seguro de que para correr no había una banda sonora mejor que *Song 2* en bucle. Algunos expertos en deporte afirmaban que para correr era más adecuada la música de tempo medio, pero esos no tenían ni idea. Tenía que ser *rock and roll*.

Daniel pasó corriendo junto al estanque que el consistorio municipal había dispuesto para abastecer a la nueva urbanización. Por supuesto, por aquella zona no había nadie más. En aquellos prados no eran adecuados para hacer un picnic, estaban llenos de cacas de perro, mientras que en aquellas aguas sólo se bañaría quien estuviera dispuesto a sufrir mutaciones o, en el mejor de los casos, erupciones cutáneas, porque en primavera todos los purinos acumulados en los campos colindantes desembocaban en aquel estanque. Por lo menos parecía que tanto estiércol era bueno para los juncos. Desde el punto de vista ecológico, las cañas desempeñaban la función esencial de depurar de un modo natural las aguas estancadas. Daniel lo había leído en la Wikipedia cuando todavía tenía el portátil. Tal vez la calidad del agua no era tan mala gracias a los juncos, aunque tampoco es que Daniel tuviera ganas de comprobarlo. Se detuvo en la pasarela de madera e inspeccionó el estanque con la mirada. Había días en los que para estar contento tan sólo era necesario no encontrar ningún cadáver en el agua.

El sendero que atravesaba los prados presentaba una cuesta suave pero continua a lo largo de un kilómetro y medio. Daniel llegó más rápido que de costumbre a su punto muerto. Le sorprendió comprobar que corría cada vez más despacio. De hecho, tenía la sensación de no estar moviéndose apenas de sitio. De algún modo, mi actitud no es la adecuada, pensó Daniel. Si no, me resultaría más fácil moverme. Dio una amplia zancada, como diciendo «basta», y aceleró el ritmo. El suelo cedió bajo sus pies y dejó de ofrecer tanta resistencia ante sus pasos. El borde del bosque fue acercándose cada vez

más. Parecía casi como si estuviera avanzando hacia él saltando alegremente.

Correr por el bosque era un poco como *Stargate*: como encontrarse de repente en otro mundo. Daniel había pasado demasiado tiempo en una región sin bosques. Primero, un sentimiento de felicidad invadió sus terminaciones nerviosas. Luego, se le unió algo más: algo oscuro, escabroso, que regresaba desde esas mismas terminaciones nerviosas. Tantos siglos de humanidad habían dejado su impronta en su instinto: el bosque le pareció ammenazador de repente, a pesar de que el último oso había sido abatido en 1769. Era como atravesar un cruce sin vacilar a pesar de estar oyendo el estruendo de un coche con las suspensiones rebajadas conducido por un fanático de la Fórmula 1. Las sensaciones instintivas no eran de fiar. La formación que Daniel había recibido se abrió paso en sus pensamientos y le proporcionó un inventario completo: los ruidos te ponen nervioso. Crujidos, susurros, chasquidos. Esperas encontrar a alguien tras el primer árbol, pero no hay nadie. En lugar de eso, un animal grita desde alguna parte. No sabes qué tipo de animal es. Tal vez una especie desconocida. Cuando estás solo, el bosque habla con su verdadera voz, una voz que sabes que cambiaría si estuvieras paseando con un grupo de amantes de la naturaleza. Se echa de menos la ciudad, el hecho de que haya demasiada gente. Sólo hay el viento en las cimas de los árboles. No se oye el sonido uniforme de una calle transitada, ni la música cada vez más alta de los coches que pasan cerca, ni los bajos trémulos y las risas exageradas que se oyen en los semáforos. En el bosque, esos bajos los sientes dentro. Bumm-bumm-bumm-bumm-bumm. Y el zumbido eléctrico de la piel. El olor del bosque también es distinto. No huele a kebabs y a gases de combustión. Huele al mismo tiempo a vida y a putrefacción. La luz que se filtra entre las copas de los árboles llega acompañada de sus propias sombras. La oscuridad se reúne a tu alrededor. A cada momento esperas que los árboles empiecen a hablar. Como en *El señor de los anillos*. De día, las sombras ya son demasiado alargadas, pero durante el crepúsculo todavía lo son más, como si quisieran agarrarte. ¿Por qué piensas en el crepúsculo ahora, por la mañana?, se preguntó Daniel mientras saltaba sobre una pila de leña y se echaba a correr por encima. Ante esos bosques, los legionarios romanos también tuvieron miedo. En aquellos tiempos eran todavía más frondosos, eran selvas. Sus experimentados ejércitos resultaban tan inútiles como el tanque Leopard II en las montañas de Afganistán. Así fue como las legiones de Varo

fueron vencidas por el paisaje en los bosques de Teutoburgo. Cayeron derrotados en una emboscada que duró varios días. Los soldados fueron cayendo uno tras otro. Era la táctica de la guerrilla. Lo único que deseaban los legionarios era una vía romana, recta y pavimentada.

Daniel sabía que en un bosque podías seguir el camino y, sin embargo, no estar ni sentirte seguro: esperas que además del bosque no haya nada más. Los lobos están extinguidos, lo aprendiste en la escuela, pero los árboles hablan su propio idioma. Te pasan por la cabeza todos los cuentos en los que aparecen lobos. El bosque te da tanto miedo que te gustaría escribirlo en tu diario. Si no tienes diario, te apetece empezar uno con ello. Tal vez debería haber llevado un diario en Afganistán, luego podría haberlo vendido en exclusiva. A una revista como la *Stern*. Tal vez habrían hecho una película. Con los derechos podría haberme comprado un yate. Un yate no estaría nada mal. Salir a navegar y llegar a algún lugar. Pero no tengo diario. Sólo tengo el pasado.

¿Y no había algo allí, en el pasado? ¿Algo que no encajaba? Pasos a su espalda. Por supuesto, debía de haber más gente haciendo *jogging* por ahí. Al fin y al cabo era un país libre. Daniel se apartó del camino para esconderse a la sombra de una roca enorme. Se puso de cuclillas y contuvo el aliento. Dejó de oír los pasos y se puso de pie poco a poco, con el pecho pegado al granito. Miró por encima de la roca hacia el camino por el que había llegado hasta allí. No había nadie más haciendo *jogging*, ni paseando, nadie. Nada. Una nada tan obvia que le pareció casi estridente. Pensó en el cuchillo que había extraviado. En esos momentos le habría gustado llevarlo encima. Desde la emboscada de Afganistán sabía que tal vez podía confiar en los ruidos, pero que jamás debía confiar en el silencio. Si hubiera habido alguien más, se habría escondido perfectamente. Poco a poco empezaban a dolerle los pulmones de tanto contener el aliento y, al fin, espiró y respiró de nuevo. Al parecer, a su alrededor no había más que bosque. Pero no se fiaba de ese escenario. Con las manos se impulsó para saltar desde detrás de la roca.

—¡Eh! —gritó Daniel—. ¡Eh, sal de donde estés!

Como es natural, no salió nadie. Solo un tonto de remate descubriría su escondite en una situación como aquella. Un aficionado. Por esa misma razón nunca le había gustado que hubiera reporteros durante los ataques. Porque querían hablar. Los heridos se quedan tendidos, se hacen pequeños. Tenía que faltarte un tornillo para abandonar tu escondite.

Daniel regresó corriendo al sendero del bosque y bramó:

—Sal de una vez, te estoy viendo.

En ese momento ofrecía un blanco perfecto. Se presentó en bandeja de plata. Nos pasamos la vida esperando, pensó Daniel. Avanzó corriendo unos veinte metros y miró a ambos lados. Solo vio árboles, apenas había matas. Diez metros más. Daniel no tenía ni idea del aspecto que tenía la victoria. Se detuvo. Lo malo de las tácticas de guerrilla era que no había enemigo contra el que poder luchar. A Daniel le habría gustado luchar, pero no era el día adecuado para ello. Tardó un rato en hacerse a la idea mientras respiraba con vehemencia. Espirar e inspirar. Siempre es bueno comprobar la respiración. Y luego, echar a correr. Daniel regresó corriendo sobre sus pasos. No era una táctica estudiada, tan sólo un procedimiento diáfano. O se encontraría de frente con su enemigo o éste huiría. O simplemente se lo cargaría por la espalda. Eso era lo más probable. Tenía miedo. Debía aceptar el miedo, no era ningún hándicap. Sin miedo era imposible sobrevivir. Unos minutos después consiguió otra vez concentrarse más en correr que en los juegos de luz y sombras del bosque. De vuelta en los prados, volvió a sentirse seguro. Allí podía ver si se acercaba alguien a varios centenares de metros de distancia. La hierba estaba recién segada. Nadie podía esconderse. Tampoco estás tan mal de los nervios, se dijo Daniel a sí mismo. Simplemente los notas en todo momento.

Ya en casa, Daniel se quitó el uniforme de combate. Debajo llevaba una camiseta deportiva, tan pegada al cuerpo que le costó bastante quitársela. Daniel sabía que el sudor frío era el más pegajoso. Incluso olía distinto. Bajo la ducha, primero puso el agua muy caliente. Luego fría. Se frotó la piel con la toalla hasta enrojecérsela. Luego pidió una cita por teléfono con el doctor Hamann para el día siguiente por la tarde, tras el horario de consultas habitual. Daniel pensó que necesitaba una cita urgentemente. Te estás volviendo un paranoico poco a poco. Tal vez ya lo eres. Tuteándose a sí mismo se calmaba.

Cuando Daniel salió por la puerta, un coche se detuvo justo delante. ¿Por qué era tan sencillo identificar enseguida los coches de policía de paisano, qué debían de tener en común? La inspectora jefe Feller salió por la puerta del acompañante. Siempre dejaba conducir a Weber. ¿Lo hacía para reforzarle la autoestima como hombre? Quizás conseguía justo el efecto contrario. Daniel no tenía problemas para aceptar órdenes de mujeres. En Afganistán había

ejercido de guardián para una médico del ejército con rango de capitán. Daniel se había dado cuenta enseguida de que la capitana estaba más cualificada que la mayoría de sus compañeros oficiales masculinos, y no sólo desde el punto de vista médico. Weber probablemente veía de otro modo ese debate de géneros. A Daniel le parecía que era más bien un poli de los chulos, de los que se ponían enseguida las gafas oscuras los días soleados nada más salir del coche, aunque en realidad le habrían sido más útiles justo antes, para conducir. Y de los que sonreían mucho. La inspectora Feller no le sonrió.

—Hola. ¿Tiene un momento para nosotros?

—Si dijera que no, ¿terminaría aquí nuestra conversación? —preguntó Daniel.

—No lo creo —respondió Feller.

Weber, que en ese preciso instante no estaba sonriendo, añadió:

—Si lo prefiere, podemos continuar hablando en nuestro despacho.

—Vayamos al jardín. No es que me apasionen los despachos.

Las ortigas habían vuelto a crecer. Pronto empezarían a ser peligrosas para los antebrazos. Daniel invitó a los policías a que se sentaran en el sofá.

—Preferimos quedarnos de pie —dijo Feller.

—Entonces me sentaré yo. Hoy ya he hecho ejercicio. Descansar un poco me irá bien.

Cuando Daniel se sentó, notó que el sofá de piel empezaba a oler mal por alguna parte.

—¿Ha ido al gimnasio? —preguntó Feller.

—Al bosque. Prefiero hacer ejercicio al aire libre.

—Pasa usted mucho tiempo fuera.

Weber asintió y miró a su alrededor.

—Sí —respondió Daniel—, aunque no es muy bueno para el cutis.

La inspectora Feller lo miró con severidad mientras Weber seguía examinando de cerca el jardín.

—Era una broma.

Feller asintió, como si de verdad fuera capaz de comprender que alguien quisiera mostrarse irónico en la situación en la que se encontraba Daniel. Tras haber encontrado a la víctima de un asesinato.

—Claro.

Daniel decidió explicarse. Aunque sabía que no le resultaría nada fácil.

—Ya saben que desde Afganistán estoy algo trastornado. No soporto los lugares cerrados. De hecho, el campo tampoco, pero llega un momento en el que tienes que decidir lo que haces para que las cosas no sigan igual. Me refiero a la vida y todo eso.

Feller asintió de nuevo con gesto comprensivo.

—¿Qué hizo usted ayer por la tarde?

—Estuve fuera, con mi amigo Maik.

La inspectora abrió su maletín y sacó varias fotos. Daniel saliendo de un coche. Daniel frente a un timbre.

—Como ya le he dicho, estuve fuera con Maik.

—¿Qué hacía frente a la casa de Kirsten Fritsch?

—Quería saber cómo vivía.

—Preferiríamos que no se inmiscuyera en nuestras investigaciones nadie ajeno a ellas.

—Uno no se topa todos los días con una chica muerta en un estanque. Quería saber quién era. Cómo vivía.

—Nos parece sospechoso —dijo Weber mientras seguía examinando el jardín.

—Estoy en el lado de los buenos.

Justo después de decir eso, Daniel decidió que había sido una frase de lo más idiota.

Feller asintió.

—Investigamos en todas las direcciones posibles.

Daniel empezó a sudar. Odiaba sus funciones corporales. Estaba seguro de que no había sido nada positivo ponerse a sudar justo en ese momento.

—Pregúntenselo a Maik. Él se lo confirmará todo. ¿Quieren su dirección?

—Ya le hemos interrogado —respondió Feller.

A Daniel le gustaba la profesionalidad de la inspectora de policía. Y precisamente por eso también le tenía miedo.

—El señor Petzold ha confirmado su historia a grandes rasgos.

Feller había albergado la esperanza de que mentiría y de que lo haría de forma fría y metódica. La inspectora jefe era una adversaria peligrosa.

—¿Qué ha descubierto ahí atrás? —preguntó Weber mientras señalaba con

el pulgar por encima de su hombro. Daniel miró en esa dirección.

La capa de césped de la tumba del conejo estaba extendida de un modo decorativo sobre un montón de tierra. Daniel tuvo un sobresalto. Enterrar las cosas no significaba hacerlas desaparecer para siempre. La descarga de adrenalina no solo le aguzó la mente, sino que de algún modo extraño también lo calmó. ¿El cadáver y la piel del conejo debían de estar allí todavía? Daniel no se atrevía a adivinarlo. Desde el sofá no veía la tumba.

—Quería plantar algo.

—¿Qué?

—Un árbol. Ya saben, por lo de escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol.

—¿Qué tipo de árbol? —intervino Feller.

—Un roble duraría más que yo, por lo que al final he decidido que plantaría un manzano.

—¿Por qué?

—Porque me gustan las manzanas.

Ella lo miró con severidad.

—De verdad —se apresuró a añadir Daniel.

—¿Y por qué no lo ha plantado?

—Porque primero tenía que comprarlo. La idea me ha venido de golpe, pero no siempre puedo disponer de un coche.

—¿Le importa si le echo una ojeada al hoyo? —preguntó Weber.

—¿Le interesa la jardinería?

—Mi mujer siempre quiere que plante árboles en el jardín de casa, pero yo no tengo buena mano para esas cosas.

—Lástima.

Weber fue hacia la tumba del conejo. Dios mío, que esté vacío, pensó Daniel mientras seguía al policía. La inspectora Feller lo siguió también. Al final se detuvieron los tres frente a la tumba vacía, mirando el interior. Como un cortejo fúnebre, pensó Daniel.

—Ha cavado un hoyo perfectamente rectangular —dijo Weber.

—Sí.

—Yo lo habría cavado redondo. Las raíces de los árboles no crecen cuadrangulares.

—Ya. No es que sea un jardinero especialmente bueno.

En la casa sonó el teléfono. El boquete de la puerta de la terraza permitió que las ondas sonoras llegaran al jardín sin problemas. Daniel siguió mirando el hoyo del suelo mientras los dos policías desviaban los ojos hacia él.

—¿No va a responder al teléfono? —preguntó Feller.

—El contestador automático saltará mucho antes de que yo pueda llegar a cogerlo.

Al menos el conejo muerto había desaparecido. Alguien quería jugarle una mala pasada a Daniel, pero en ese momento le pareció que aquel desconocido le había hecho un favor.

—¿Qué hizo ayer por la tarde después de haber estado frente al piso de Kirsten Fritsch? —preguntó Weber.

—Estuve hablando por teléfono con mi amigo Timo. Un compañero de Afganistán. Puedo darles su dirección para que puedan comprobar lo que les digo.

—¿Por qué tendríamos que hacerlo? —preguntó Feller.

—Porque están investigando en todas las direcciones posibles. Voy a entrar en casa para oír el mensaje del contestador. Si quieren, les puedo escribir también el teléfono de Timo.

Mientras pasaban entre las ortigas, Daniel imaginó a los policías enredados entre las plantas. En caso de que eso sucediera, no estaba seguro de si correría a socorrer a los dos fisgones a pesar de que habría sido lo pertinente. Al fin y al cabo sólo hacían su trabajo, aunque ese argumento no valía nada a la hora de la verdad. En una guerra, por ejemplo. Daniel abrió la puerta y constató con satisfacción que la lucecita del contestador automático no parpadeaba. Con una sonrisa en los labios, se dio la vuelta hacia los policías que lo esperaban en el pasillo.

—No han dejado ningún mensaje.

Daniel anotó el nombre y el número de teléfono de Timo en un bloc de notas cuadrado de color rosa, arrancó la hoja y se la tendió a Feller. El rosa no le pegaba nada.

En el mismo momento, el teléfono sonó de nuevo. Daniel se estremeció. Feller y Weber lo miraron llenos de expectación. Como si actuara teledirigido, Daniel cogió el teléfono de la base de carga y respondió.

—Soy Melanie.

—Hola.

—Algún cerdo ha dejado el cadáver despellejado de Bonaparte delante de nuestra puerta.

—¿Cómo puedes estar segura de que es Bonaparte, si el cadáver está despellejado?

—La piel estaba al lado. ¿Sabes algo al respecto?

—No. ¿Por qué tendría que saber yo algo?

—¿Que por qué? Pues porque Bonaparte estaba en tu casa.

A Daniel se le secó la garganta. Como siempre que se enfrentaba a una mentira inevitable.

—Todavía no me había dado cuenta de que no está.

—¿No le has dado de comer esta mañana?

—Sí. Y me ha mirado boquiabierto. Como siempre.

—Lea se ha quedado hecha polvo.

—Creía que no soportaba a Bonaparte.

—Dime que no has sido tú quien ha matado al conejo.

—¿Por qué tendría que matar yo a Bonaparte? ¿Porque estoy loco?

Los dos policías lo miraron llenos de interés.

—Sí —respondió Melanie—, podría ser.

—Estoy enfermo, pero no soy tan cabrón.

—En cualquier caso, llamaré a la policía.

—La policía ya está aquí. Si quieres te los paso.

Daniel le tendió el teléfono a la inspectora Feller.

—Mi exmujer. Acaba de encontrar un conejo muerto frente a la puerta.

La policía habló con Melanie mientras Weber miraba a su alrededor y Daniel intentaba sonreír.

La inspectora Feller le devolvió el teléfono a Daniel.

—A mí me gustan los conejos — dijo Daniel.

Feller y Weber lo miraron impertérritos.

—De verdad.

* * *

Maik negó con la cabeza.

—Lo del conejo no es ninguna tontería. ¿Y crees que alguien quería culparte de maltratar animales?

—Sí —respondió Daniel—. Creo que era una parte de sus planes.

—¿Y cuál era la otra parte?

—Experimentar. Ha querido comprobar cuál era mi reacción.

—¿Significa eso que el asesino de conejos te está vigilando?

—Es posible.

Maik se acercó a la ventana y cambió el ángulo de las láminas de la persiana para mirar hacia fuera.

—¿Qué haces? —preguntó Daniel.

—¿Qué pasa? Estoy mirando si hay alguien rondando frente a la puerta de mi casa con aspecto de psicópata perturbado.

—No creo que sea tan tonto.

—¿Por qué? ¿Por lo del bosque?

—No lo vi en el bosque.

—Tampoco estás completamente seguro de que no te siguiera hasta allí.

—Estaba allí.

—Pero no lo viste.

—El instinto me dice que estaba allí.

Maik asintió, aunque no parecía muy satisfecho con aquella respuesta.

—Ya sé lo que quieres decir.

Maik se encogió de hombros.

—Yo no he dicho nada.

—Yo tampoco creería todo lo que me dijera un inválido cerebral.

—Será mejor que ponga algo de música.

Maik se acercó a su estantería llena de CDs.

—Hay situaciones en las que se echa de menos oír música.

Maik miró con insatisfacción su gigantesca colección de CDs. Pasó de la música digital a la analógica y buscó entre sus LPs de vinilo. Con una sonrisa radiante en los labios, sacó por fin del estante una portada con una foto en blanco y negro encuadrada en azul celeste. Definir lo que sentía Maik por los

discos de vinilo como «cariño» era quedarse corto. El gesto de dejar que el disco negro se deslizara desde la cubierta interior hasta la palma de su mano era en cierto modo casi una ceremonia religiosa. Dejó a un lado la portada mientras con la otra mano sostenía el LP en equilibrio. Lo cambió de posición con gran destreza. El disco parecía flotar entre sus manos como si se tratara de un artefacto místico. Por último, como si se tratara de un acto de apareamiento ritual, Maik encajó el estrecho orificio del disco de vinilo en la espiga metálica del tocadiscos. El brazo con la aguja se movió con un leve chirrido hasta el borde del disco. Cuando la aguja entró en contacto con el surco, los altavoces emitieron un suspiro.

—Sólo es necesaria la banda sonora adecuada para orientarse en la vida —dijo Maik mientras asentía con satisfacción al ritmo de la música. A partir del segundo estribillo, Daniel también empezó a mover la cabeza. Había cosas peores que mover la cabeza al mismo ritmo que otra persona.

Durante el crepitar de la pausa tras la primera canción, Maik dijo:

—*Hatful Of Hollow*. Mi primer disco de los Smiths. Una edición exclusiva para Portugal. Por eso la encontré tan barata en su momento. No pienso vendérmelo en la vida.

A continuación, los dos amigos se callaron para escuchar *What Difference Does It Make?*

Después de la canción, Maik preguntó:

—¿Le has contado a alguien más lo del conejo? Lo que sucedió de verdad, quiero decir.

—Sólo a Timo. Me recomendó que enterrara a Bonaparte porque mi cuchillo ha desaparecido. El cuchillo de combate de la OTAN. Es una casualidad, pero las casualidades son las que te convierten en sospechoso.

—Lo del cuchillo extraviado no lo sabía hasta ahora.

—Timo y yo estuvimos juntos en Afganistán. No te lo tomes a mal: escuchar música contigo es realmente genial, pero cuando has estado tan hundido en la mierda con otra persona desarrollas un apego muy grande.

—¿La mierda es pegadiza?

—Sí.

—Y tu compañero en la mierda viene el fin de semana como refuerzo?

—Sí.

—No es muy habitual que un pacifista declarado como yo tenga a dos veteranos de guerra en su círculo de conocidos.

—Creo que os caeréis muy bien a la primera.

En ocasiones, las cosas de las que uno no está muy convencido deben decirse con una cierta consideración táctica. Las preferencias musicales de Timo estaban más orientadas a las listas de éxitos. De hecho, Daniel ni siquiera estaba seguro de que Timo tuviera algún tipo de preferencia musical. Simplemente ponía la radio y escuchaba lo que emitían. Las mejores canciones de los ochenta, de los noventa y las actuales. Maik, en cambio, no soportaba el runrún de la radio. La gente que tenía a los Scooter o a los Böhsen Onkelz como banda preferida estaban para Maik al mismo nivel que los pederastas. Al menos Timo no tenía una banda preferida.

—Tal vez entre los tres podamos dar con una táctica para pillar al tipo que me está acosando.

Maik miró a Daniel con incredulidad.

—Esto es Alemania, no el Hindú Kush —dijo Maik con un tono de voz lleno de cautela.

—Podrías vigilarme también vosotros por turnos. A una distancia suficiente. Si os alternáis, no sería tan evidente que formamos un equipo. Tarde o temprano os daríais cuenta de quién es el tipo que me está siguiendo.

—También podría ser una mujer.

—Una mujer jamás le haría algo así a un conejo.

—No lo sé. Tal vez una que te odie mucho.

—Nunca pudiste soportar a Melanie.

—Yo no he mencionado a nadie.

—De momento podríais sacar fotos en secreto. Timo y tú. O mejor grabar vídeos. Así cazaremos a ese cerdo.

—Eso suena a película de espías. Lástima que yo no sea James Bond.

—Y yo tampoco, pero se están acumulando demasiadas coincidencias en mi vida como para poder explicarlas con el principio del caos. Tal vez haya realmente un servicio secreto detrás de todo esto. O los talibanes.

—¿Has hablado de esas teorías tuyas con tu terapeuta?

—Me tomas por loco.

—La gente que tiene miedo no se comporta de forma racional.

Daniel y Maik pasaron unos cuantos minutos escuchando a los Smiths sin mediar palabra. La música era muy buena. La producción era asombrosamente imperfecta.

—Fue un error enterrar a Bonaparte y no llamar enseguida a la policía. Tal vez eso los habría convencido de mi inocencia —dijo Daniel.

—¿Crees que quien mató al conejo tiene también la muerte de aquellas tres mujeres sobre su conciencia?

—Sí, eso creo.

—Joder.

Maik se acercó de nuevo a la ventana, metió un dedo entre las láminas de la persiana y las separó un poco. Un resquicio de luz solar le iluminó el rostro mientras examinaba la calle con atención. Su respiración emitía un sonido hidráulico. Maik se volvió de nuevo hacia Daniel.

—También podría ser un acosador cualquiera. Al fin y al cabo eres una estrella en internet.

Maik fue hacia su escritorio, cogió el portátil y se lo puso delante a Daniel. Con un par de rápidos movimientos sobre el ratón, Maik se plantó enseguida en YouTube y empezó a reproducir un vídeo con una calidad de imagen relativamente buena. Daniel se reconoció por el entorno y por la ropa, pero no por el cogote o por los movimientos. Uno no suele verse de espaldas. Aparece corriendo a través de una selva de ortigas. La terraza está hecha un desastre. Daniel rompe la puerta con una maceta, mete la mano por el boquete que acaba de abrir en la luna para acceder al picaporte y, al hacerlo, se hace un siete en la chaqueta. Rápidamente, cierra la puerta de nuevo y mira hacia fuera. Se le ve muy pálido.

—Casi nueve mil visitas en solo un día —dijo Maik—. Está bastante bien.

—Mierda de internet. Hoy en día ni siquiera puedes destrozar la puerta de tu propia terraza sin que te pongan en la picota.

—Antes lo que hacían era poner una cosa de madera en la plaza del pueblo...

—La cosa de madera se llamaba picota.

—Eran los únicos medios disponibles en la época medieval. Y cuando te encontrabas en esa situación, tarde o temprano a alguien le entraban ganas de lanzarte algo a la cabeza. Un huevo podrido. O un canto rodado.

—O un animal muerto.

—Tal vez se le ocurrió después de haber visto el vídeo.

—Bueno, pues si pretendía calmarme, le ha salido el tiro por la culata.

—Perdona, necesito ponerme cómodo.

A pesar del tiempo que llevaban siendo amigos, Daniel creyó que lo que su amigo pacifista quería era cambiarse de ropa. En realidad, sin embargo, lo que hizo fue sacar del interior de un jarrón abombado con flores secas una bolsa de plástico llena de hierba. Sólo alguien como Maik sería capaz de elegir un escondrijo tan malo. El jarrón y las flores secas no encajaban lo más mínimo con los muebles. Probablemente era el tipo menos adecuado para llevar a cabo una investigación encubierta. Entretanto, el LP de los Smiths había llegado a *Heaven Knows I'm Miserable Now*. Con la hierba y varias hojas de papel de fumar extralargas, Maik elaboró un porro de considerable grosor. Le costó bastante encenderlo, por lo que Maik celebró en consonancia la primera calada. Su postura se volvió enseguida más relajada, tan pronto como el THC llegó de los pulmones al cerebro. Maik le tendió a su amigo el porro para invitarlo a fumar también.

—Esto amplía los sentidos —dijo Maik con una carcajada.

Daniel negó con la cabeza.

—Es de cosecha propia —dijo Maik—. Sólo fumo cuando necesito pensar de verdad. Por lo demás, pensar está sobrevalorado.

—No me sientan bien ese tipo de cosas.

Maik le dio unas cuantas profundas caladas al porro. Cada vez echaba la cabeza hacia atrás, como si esa ampliación de los sentidos tuviera que llegarle de arriba abajo. Luego dejó de fumar y el porro siguió humeando desde el cenicero que tenía delante. Maik contempló alternativamente a Daniel y a la combustión del papel de fumar.

—Digamos que es verdad, sólo como una hipótesis. Si el asesino del conejo también es el asesino de las mujeres y realmente te está siguiendo, entonces estaríamos de acuerdo en que todos esos asesinatos tienen algo que ver contigo.

—Es posible, pero no sé muy bien qué pensar. En cualquier caso tengo la sensación de que me siguen en todo momento. ¿Has descubierto algo acerca de las víctimas en internet?

—Nada que nos permita avanzar. Que tenían empleos muy distintos y que

todas llevaban bastante tiempo con sus respectivas parejas sentimentales. Dos años, como mínimo. Pero lo intentaré de nuevo. Tal vez las tres tengan algo en común contigo.

—En ese caso yo debería saberlo.

—Hace tiempo el *Die Zeit* llevó a cabo un experimento con el que pretendían demostrar que todo el mundo se conocía dentro del país. Y funcionó. Empezaron con un objetor que cumplía el servicio civil en el norte de Alemania y un jubilado de una residencia de ancianos de Baviera. Pidieron que respondieran todos los que conocieran a alguno de los dos. Al final consiguieron formar una cadena que los unía. Una red.

—¿Y eso qué tiene que ver con los asesinatos?

—Ni idea.

Sonó el teléfono. Fue Maik quien respondió.

—Es para ti —dijo mientras le tendía el auricular a Daniel.

Sorprendido, Daniel se puso al teléfono.

—Soy Rainer. Deberíamos vernos urgentemente.

Rainer propuso que se encontraran en una vieja fábrica de munición abandonada.

—¿Por qué tenemos que encontrarnos allí? —preguntó Daniel.

—Para no llamar la atención si hacemos demasiado ruido.

Ajá, pensó Daniel, ya veo por dónde van los tiros.

—Ya conoce la zona, Daniel. Queda justo al lado del recorrido por el que se entrena.

—Sí, sé dónde es.

Rainer colgó sin despedirse. ¿Cómo sabía por dónde se entrenaba? Probablemente se lo había contado Melanie. O Lea. Por unos momentos, aquella indiscreción le puso furioso. ¿Qué le habían contado a aquel perturbado? Daniel echaba humo de rabia ante la intimidad que se había establecido entre ese tipo y Melanie. Tenía que ser porque Rainer estaba siempre cerca de su hija. Había sido él quien había acompañado a Lea a la consulta de los servicios sociales, a ese lugar tan lleno de luz y de vitalidad en el que se supervisaban los encuentros que Daniel mantenía con Lea. Qué difícil era mostrarle a su propia hija lo mucho que la amaba y a la vez quitarse la costumbre de amar a Melanie.

Sonó una canción nueva. La guitarra era increíblemente rápida. La voz de Morrissey sonaba conciliadora. A pesar de la ira. A pesar del dolor.

I'll never make that mistake again.

—¿Cómo se llama la canción? —preguntó Daniel.

—*Girl Afraid* —respondió Maik.

* * *

Los ventanales rotos de la fábrica recibieron a Daniel con malicia. Los edificios vacíos tenían una especie de imán mágico para las piedras lanzadas por los vándalos. En un almacén se habían desprendido grandes trozos de mampostería y habían caído al suelo. Alguien había dispuesto una frágil reja metálica de forma chapucera para acordonar la zona ante el peligro de más desprendimientos. El complejo industrial abandonado le recordó a Daniel a los alrededores de Chernóbil que había visto en un juego de ordenador en el que había que entrar en la zona de exclusión para mantener a los mutantes alejados de la central nuclear.

Con la elección de aquel punto de encuentro, Rainer demostraba más estilo del que Daniel le habría atribuido. La desolación del polígono industrial ofrecía un escenario de lo más adecuado. Ante la perspectiva de encontrarte con el nuevo amante de tu exmujer puedes esperar cualquier cosa menos consuelo.

Rainer todavía no había llegado. Al menos, no había visto su lujosa y bien equipada berlina. A Daniel le costaba imaginar a Rainer sin su coche del mismo modo que en ocasiones nos resulta difícil pensar en ciertas personas sin sus odiosos perros.

Daniel encadenó la bicicleta de montaña en una reja precaria y esperó. Ese era uno de los momentos en los que un exfumador desearía poder recaer en la adicción sin remordimientos de conciencia.

En uno de los edificios, los grafitis se extendían a más de ocho metros de altura a lo largo de toda la longitud de una pared. Un pintor de grafitis sin vértigo debía de haberse descolgado desde el techo para poder ejecutar tal proeza. Antes de caer en la insolvencia, allí se habían fabricado tubos de cartón para la industria téxtil. Daniel pensó en el número de fábricas que seguían en funcionamiento en su ciudad natal. La proporción era

aproximadamente de cinco a uno a favor de las ruinas. La ciudad parecía cada vez más una ciudad del puto tercer mundo.

Antes, las empresas textiles de la ciudad y las fábricas de porcelana de los alrededores habían permitido que miles de personas se ganaran la vida. Después de que el bloque comunista se viniera abajo y de que acabara imponiéndose el capitalismo, la producción había derivado cada vez más hacia el este. Primero hacia Polonia y Chechenia. Luego hacia Bielorrusia y, más recientemente, hacia China. En su barrio ya no se fabricaba nada, solo se consumía. En una fábrica de hilaturas vacía, durante los meses de verano habían celebrado un taller internacional de escultura subvencionado por la Unión Europea. El invierno siguiente, el techo se desplomó bajo el peso de la nieve acumulada. ¿De dónde sacaba un país con tantas ruinas el dinero suficiente para participar en una guerra en un país tan lejano como Afganistán?

Daniel no tenía respuesta para esa pregunta, pero tampoco era político. Naturalmente, su confianza en los mandatarios políticos se había deteriorado desde que había tenido que acompañar a unos diputados del Bundestag durante un viaje de inspección por Afganistán. Los diputados llevaban botas de diseño de color beige recién compradas y pantalones transpirables de senderismo con miles de bolsillos en los que no guardaban nada significativo. Risas forzadas mientras se ponían los chalecos a prueba de balas.

La mayoría de los políticos en unas horas conseguían despertar sentimientos de camaradería poniéndole la mano en el hombro a la gente y todo eso. Uno podía renunciar a esas muestras de familiaridad cuando tenía que quedarse en un país en el que un porcentaje nada despreciable de habitantes aprovechaba cualquier oportunidad de calcinar un vehículo del ejército alemán y celebrarlo con vítores mientras el diputado del Bundestag seguía al pie de la letra su agenda y tomaba un avión para regresar puntualmente a la capital. A Berlín, donde la lluvia era tan hermosa. Por la noche, el diputado iría al teatro, luego cenaría sushi y se tiraría a su secretaria. A la mañana siguiente tendría una entrevista telefónica en la radio pública sobre la situación de Afganistán y luego tal vez una excursión por una ruta natural. Otra oportunidad para ponerse las botas de diseño.

El coche describió un elegante giro en la entrada y se detuvo a unos cinco metros de Daniel. Cuando Rainer salió del vehículo, a Daniel le llamó la atención que el compañero de su exmujer estuviera en tan buena forma. ¿Debía

de ir al gimnasio o a la piscina? Probablemente las dos cosas. Pensó que si se presentaba la ocasión se lo preguntaría a Melanie, pero de inmediato descartó esa idea. Se había prohibido cualquier pregunta acerca del cuerpo del nuevo amante de su exmujer. Melanie se pondría furiosa, si lo hiciera.

—Hola —dijo Rainer. Se le acercó con la mano extendida.

—Hola —respondió Daniel mientras encajaba su mano con la de Rainer. Sin agitarla. Tan solo un contacto breve y firme. Sin sonreír.

—Ha elegido un bonito lugar para este encuentro —dijo Daniel—. Algo impersonal, pero precisamente eso es lo que lo hace tan adecuado.

—Yo habría preferido un café con leche en Coffeemaker —replicó Rainer muy serio—, pero me pareció más adecuado un lugar en el que nadie pudiera oírnos. Además, quería evitar a los periodistas y las cámaras que aparecen inesperadamente cuando usted está cerca. Se ha convertido usted en una celebridad.

—Sin quererlo. No tengo ninguna intención de salir en un *reality* para famosos.

—Sea como sea, aquí no nos molestarán.

—¿Y de qué quería hablarme?

—Me preocupan Melanie y Lea.

—¿Cree que a mí no?

—Claro, usted es el padre de Lea —respondió Rainer con una sonrisa excesivamente amplia para ser cordial.

Daniel se dio cuenta de lo crispado que estaba. Tenía que luchar contra su propio cuerpo, que le pedía a gritos que lo dejaran actuar sin control.

—Hasta la fecha del divorcio sigo siendo también el marido de Melanie.

—Eso deberíamos dejarlo, ¿no le parece? Ya no somos adolescentes.

Daniel notó cómo empezaban a bullirle la rabia y la bilis que le quemaba el esófago. Su rival se mostraba tan sereno y equilibrado como le habría gustado ser a él.

—De acuerdo —dijo Daniel. Tenía la boca completamente seca. Debería haber cogido una botella de agua. No estaba preparado.

—Hablemos como los adultos que somos —propuso Rainer tan relajado como si la patente del sentido común fuera suya.

—De acuerdo —respondió Daniel.

—Deberíamos evitar que Melanie y Lea puedan verse perjudicadas por todo esto en la medida de lo posible.

—Haría cualquier cosa por ellas.

—Le creo, pero en ocasiones hay daños colaterales.

—¿Daños colaterales?

—Ya sabe lo que son los daños colaterales, ¿no?

—Claro, estuve en la guerra. Allí es el pan de cada día.

—Entonces ya nos entendemos.

—No, creo que no nos estamos entendiendo.

Rainer ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si necesitara un breve ejercicio de relajación. Luego bajó la cabeza. Daniel miraba también hacia abajo, hacia sus pies y los de Rainer. Este levantó poco a poco la cabeza de nuevo, pero algo había cambiado en su mirada.

—Debería usted alejarse de ellas por un tiempo.

—¿Alejarme?

—Sí, de Lea y de Melanie.

—Tengo la mente revuelta, pero mis sentimientos están intactos.

Rainer sonrió, esta vez de forma más comedida. Fue más bien una breve contracción de los músculos faciales.

—Para eso estoy yo.

Daniel negó con la cabeza.

—En el caso de Melanie, tal vez sí. Pero Lea sigue siendo mi hija.

—Claro.

Rainer dio un paso adelante. Quedó tan cerca de Daniel que las narices de los dos hombres casi se tocaron.

—Sólo se trata de que se tome un breve descanso.

—Las horas de visita ya están establecidas.

—En televisión van contando los cadáveres que encuentra y las puertas que rompe a macetazos. Es usted una estrella en YouTube. Los compañeros de clase de Lea se burlarán de ella por ser la hija de un *friqui*.

—¿Un *friqui*? ¿Yo?

—Sí. A ver si se hace a la idea.

Rainer se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y estiró el tronco. Era una invitación. Le estaba diciendo: pégame.

—¡No le permitiré que me hable así! —gritó Daniel.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —replicó Rainer con una serenidad provocadora.

Ahora nos tuteamos, pensó Daniel. Bien. Estoy dispuesto a luchar. Pero tengo que ser consciente de las consecuencias que pueden tener mis acciones. Si empleo la violencia no conseguiré nada bueno y eso es justo lo que Rainer está esperando. Me está provocando, como si tuviera alguna cuenta pendiente conmigo. Y de hecho así es, al fin y al cabo se ha quedado con mi mujer. Tal vez lo único que pretende es marcar su territorio. Tal vez haya alguna cámara oculta en alguna parte, esperando la ocasión de grabar algo que quede bien en pantalla. O que pueda servirle a su abogado.

Rainer esbozó una sonrisa de desdén. El desprecio era algo que se le daba especialmente bien. Poco a poco, tensó los músculos en actitud provocativa. Sus anchos hombros y su torso musculado quedaban claramente definidos bajo la camiseta.

—Así que no lo hagas. Era de esperar que tus amenazas no serían más que humo.

—Yo no he amenazado a nadie.

—Claro, sólo te atreves con las mujeres. No tienes huevos de amenazar a un hombre.

—¿Melanie va diciendo que la pegaba?

—Tiene la dignidad suficiente para ocultarlo. A partir de este momento, yo estaré entre tú y ella.

La rabia ardía con tanta intensidad en el epigastrio de Daniel que empezó incluso a dolerle.

—No eres más que un suplente —siseó Daniel.

—Aléjate de Melanie y de Lea —respondió Rainer con una serenidad impostada.

Se dio la vuelta y fue hacia el coche. Daniel reflexionó un momento. Desde el punto de vista moral, no estaba bien atacar por la espalda, aunque desde el punto de vista táctico era un buen momento para hacerlo.

Rainer se volvió hacia Daniel una vez más.

—Lo del conejo ha sido ir demasiado lejos. Es de cerdos eso de torturar

un animal hasta la muerte, despellejarlo y dejarlo frente a la puerta de alguien. Frente a la puerta de una casa en la que viven personas que lo conocían.

—No fui yo.

—¿Pensabas conseguir algo con ello o simplemente lo hiciste por diversión?

—¡Que no fui yo!

—Claro que no, chiflado.

Rainer se dio la vuelta y siguió andando hacia el coche. Daniel salió corriendo tras él. Rainer se detuvo junto a la puerta del coche. La mano de Daniel intentó agarrar el tejido de la camiseta de Rainer por el hombro, pero una fracción de segundo más tarde éste ya lo tenía sujeto por la muñeca y enseguida ejerció presión sobre la cadera de Daniel. Éste perdió el contacto con el suelo: notó los pies en el aire y no pudo hacer nada para evitar salir volando. El cielo era de un azul precioso, sin nubes. La espalda de Daniel chocó contra el capó del coche con un ruido desagradable. El coche respondió enseguida con un chasquido todavía más fuerte procedente del interior. Todas las terminaciones nerviosas de la espalda de Daniel empezaron a mandar mensajes de dolor al puente de mando. Como Scotty cuando mandaba su informe de estado al capitán Kirk después de que la Enterprise hubiera caído en una emboscada tendida por una nave Klingon camuflada. Los escudos de protección han fallado, pensó Daniel mientras caía al suelo desde la carrocería del coche. Jamás habría contado con que Rainer incluiría su coche en la lucha. Comparativamente, el choque contra el suelo fue menos espectacular.

Rainer le pisó la laringe con la suela del zapato y tiró hacia arriba el brazo que le tenía agarrado. Le retorció la mano hasta el límite de la fractura inminente. Si Daniel hubiera ofrecido resistencia, Rainer podría haber elegido entre hacerle mucho daño o simplemente dejarlo sin respiración.

—¿Quieres que lo hagamos a las malas? —preguntó Rainer.

—Que te den.

Rainer presionó todavía más con el pie la laringe de Daniel y le retorció un poco más la mano.

—De acuerdo, lo he pillado —resolló Daniel.

—No estoy tan seguro de que así sea. Ya me he topado con unos cuantos tipos como tú. Capullos incapaces de valorar una situación de manera realista.

Algunos de ellos lo comprendieron. Los demás están muertos o enganchados a las drogas.

—Aparta el pie.

Rainer aflojó un poco la presión y miró el coche.

—Mierda, has disparado el airbag.

La suela del zapato se levantó de la laringe y el oxígeno empezó a fluir de nuevo. Rainer le pegó una fuerte patada en las costillas antes de soltar la mano que le había estado retorciendo. El brazo cayó inerte, aunque Daniel consiguió detenerlo antes de que golpeará el suelo. No he muerto, pensó. También podría haber utilizado la palabra «palmado», pero todavía le sonaba peor.

Rainer se puso en cuclillas frente a Daniel.

—Escúchame. Me oyes, ¿no? Asiente con la cabeza si me oyes, capullo.

—Claro que te oigo —respondió Daniel con un jadeo en lugar de asentir.

—Tengo que ausentarme unos días por cuestión de negocios. Cuando hayamos acabado con esto, tomaré la autopista. Es que algunos nos ganamos la vida en lugar de vivir del Estado. Si mientras estoy fuera te acercas a Melanie o a Lea, te romperé todos los huesos. Porque volveré. ¿Lo has comprendido?

—Lo he comprendido.

—Entonces ¿cumplirás con lo que te he dicho?

—Lo pensaré.

Rainer sonrió.

—Sí, piénsalo.

Rainer se puso de pie y le propinó otra fuerte patada en las costillas a Daniel como despedida. En el mismo sitio de antes.

Rainer abrió la puerta del conductor y dio un amplio paso por encima de Daniel para entrar en el coche. Daniel rodó sobre sí mismo para no acabar engrosando las cifras de las víctimas del tráfico. El motor de la berlina arrancó con gran estruendo. Tenía muy buena aceleración. Una lluvia de gravilla cayó sobre Daniel. Por supuesto, vio cómo se confirmaban todos los prejuicios que pudiera haber tenido acerca de los conductores de coches de lujo.

Lentamente, vértebra a vértebra, articulación a articulación, Daniel recuperó la posición vertical. Le dolían todos y cada uno de los nervios de la región lumbar. Al menos no tenía ninguna fractura abierta en las extremidades

y tenía el cráneo y la cara enteros. Notaba la pelvis algo desencajada, pero todas las vértebras parecían en su sitio. El dolor envolvió sus discos intervertebrales como si de un alambre de espino se tratara. Mientras siguiera notando las piernas y pudiera ponerse de pie sería capaz de mover el culo y alejarse de allí. El dolor te ayudará a recordarlo, se dijo a sí mismo Daniel. A pensar más rápido la próxima vez, para que te pille preparado. Esa vez, el único se había preparado había sido Rainer. Maldita sea, ¿dónde había aprendido a hacer eso el tío? ¿Y qué era? ¿Karate? ¿Kung Fu? ¿Jiu Jitsu? ¿Una mezcla propia de todas esas artes marciales? En cualquier caso, a Daniel le pareció demasiado violento para ser judo. La próxima vez, Daniel estaría preparado. Pensó en las películas de *Rocky* que había visto. «Esto no se acaba hasta que se acaba».

Cuando Daniel montó en su bicicleta de nuevo, notó que el dolor le recorría todos los nervios. Contuvo el aliento y luego expiró el aire con cuidado.

—Ay... —se limitó a exclamar por si había alguien cerca.

* * *

La pintura naranja de la escuela de música relucía al sol de la tarde como una supernova. Como si el edificio entero primero fuera a contraerse y luego a expandirse, a separarse del suelo y finalmente a explotar como una bola de fuego por encima de la ciudad, alimentado por la banda sonora que se oía en el interior. Distintos instrumentos bien diferenciados. Percusión para principiantes, saxo avanzado, guitarra acústica y eléctrica. También había quien cantaba y lo hacía especialmente mal. Daniel esperaba junto a la bicicleta de montaña que tenía apoyada en un aparcamiento cercano a un supermercado. En condiciones normales simplemente se habría quedado sentado en el sillín apoyado con un pie en el suelo, pero su coxis no paraba de mandar señales de alerta desde la pelea con Rainer. Un verdadero fastidio. El coxis es una de esas cosas en las que sólo pensamos cuando nos duele.

Daniel se había comprado en el supermercado un paquete de cacahuets salados. Había oído decir que los cacahuets calman los nervios, aunque Daniel no notaba que le hicieran ningún efecto. El dolor seguía presente y los hematomas empezaron a aparecer poco a poco. En cualquier caso, los

cacahuets sabían bien. A la hora en punto enmudecieron todos los instrumentos y aquella enervante voz femenina; todo el ruido ambiente. Las horas de clase habían terminado y durante unos minutos los siguientes alumnos de la escuela de música fueron entrando para esperar con diferentes grados de entusiasmo el momento de afinar sus instrumentos o de seguir un método de canto japonés estrictamente secreto. En algún lugar alguien seguía aporreando un piano.

What A Difference A Day Makes. Qué gran canción. Una melodía tan buena que incluso los no versados que sólo escuchaban las listas de los más vendidos serían capaces de reconocer. A veces la ponían en las radios de viejos éxitos. Además, Maik había contribuido enormemente a desarrollar los gustos musicales de Daniel.

Antes —cuando Lea todavía era demasiado pequeña para montar en bici y todavía vivían como una familia en lugar de separados y toda esa mierda— Daniel llevaba a su hija en coche a la escuela de música cada semana. Durante las horas que tenía que esperar, la mayoría de las veces acudía a un puesto de salchichas cercano para tomarse un café con leche. Hacían un café asqueroso. En lugar de saber a café y a leche, sabía a fritura rancia. En el televisor que había colgado en la pared se sucedían los vídeos musicales y los tráilers de películas. *Ketchup* para el cerebro. Algunos de los tráilers te ahorraban tener que ir al cine a ver la película, puesto que en pocos segundos sabías cómo acabaría. En ocasiones, en lugar de entrar en el palacio de la carne picada acudía a una tienda de electrónica, aunque sólo muy de vez en cuando. Esas visitas acababan costándole mucho dinero. Una vez al año, la escuela de música celebraba un concierto en el que participaban todos los alumnos en un concesionario que actuaba de patrocinador. Daniel se había sentido orgulloso de su hija dos años seguidos. El tercer año no pudo ir, Afganistán se entrometió en ello. Antes de la operación militar, Melanie y Daniel habían vivido sumidos en el optimismo. Cuando se despidieron, tuvieron que esforzarse en contener las lágrimas. Lea fue la única que lloró. Dejó un vacío en la casa y pronto surgieron los rituales: las conversaciones telefónicas dos veces por semana. El correo electrónico que mandaba cada tarde si no habían cortado la conexión a internet por motivos de seguridad. En los mensajes, Daniel evitaba hablar de los peligros a los que estaba expuesto durante el día. En una ocasión, un misil impactó en el campamento. Causó bajas en la unidad

holandesa. Daniel no escribía acerca de esas cosas excepto cuando en el *Spiegel Online* informaban acerca de algo que había ocurrido. La mayoría de las veces, las dos latas de cerveza que les permitían beber cada noche no le bastaban a Daniel para ver con buenos ojos el correo que acababa de mandar. De hecho, nunca le parecía perfecto. Cuando lo volvía a leer después de haberlo enviado, siempre encontraba alguna frase ambigua. Por teléfono se iba de la lengua con más facilidad todavía. Las tensiones comunicativas resultaban más difíciles de arreglar a casi cinco mil kilómetros de distancia en línea recta. En casa a menudo era suficiente un mínimo contacto físico o, simplemente, algo de sexo. Al cabo de tres semanas Melanie le había mandado unas fotos que se había tomado desnuda. Sin ingenuidades, de las que complacen de verdad. Cuando dejaron de funcionar las cosas entre Melanie y él —a pesar de todo lo que habían intentado, la consulta matrimonial, las maratones de conversación nocturnas y todas esas cosas— Daniel decidió borrar las fotos. Le pareció que ya no tenía derecho a poseerlas. No era de esos tipos que las cuelgan en internet para vengarse. Además, comprendía que su mujer no pudiera soportar más a un marido con la psique destrozada. Y más aún: posteriormente había intentado recuperar las fotos en más de una ocasión, porque seguía amando a Melanie o porque al menos seguía deseando su cuerpo, que *le seguía poniendo cachondo*, vaya. Sin embargo, los ficheros ya habían desaparecido por completo en la nada digital. Cuando se marchó de casa, Melanie se llevó el portátil consigo. Desde entonces, Daniel ni siquiera había podido leer los correos electrónicos tan llenos de amor que ella le había mandado mientras él había estado destinado en Afganistán. De acuerdo, podría haberle pedido a Maik que las recuperara —y en una ocasión incluso lo había intentado—, pero los correos parecían pertenecer a otra vida. Una vida más amenazadora, más simple, más intensa, más inmediata. Y ya no tenía derecho a esos tiempos tan felices.

Mientras Daniel se metía otro cacahuete en la boca, vio cómo Lea salía de la escuela de música con la guitarra colgada a la espalda. Tenía un aspecto muy *punki* para su edad. Los agujeros que llevaba en las medias a rayas se los había hecho ella misma a propósito. Lea se acercó con decisión a su bicicleta y le quitó la cadena. Se guardó la bolsa de cacahuetes en el bolsillo de los pantalones y subió a los pedales. La bicicleta se deslizó sin problemas cuesta abajo por la leve pendiente con la cadena engrasada y los neumáticos llenos

de aire. Tener herramientas a mano podía salvarte la vida. La palabra mágica era eficacia. El viento jugueteaba con el pelo de Daniel y a éste la sensación le pareció agradable. Se alegraba de ver a su hija.

Frenó derrapando al lado de ella.

—Hola.

Lea lo miró asustada.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por casualidad.

Lea lo miró con escepticismo.

—De acuerdo, por casualidad no —balbuceó Daniel—. He oído lo de Bonaparte, que lo dejaron frente a vuestra puerta y todo eso.

—Sí. Y en dos partes. Lo encontré yo cuando salía para ir a la escuela. A la izquierda, la piel, y a la derecha, algo que parecía el bebé demonio de la película de terror que nos prestó el hermano mayor de Johanna.

—Seguro que te llevaste un buen susto.

—Un susto de muerte. Imagina encontrarte de repente en una película de terror.

—No deberías ver ese tipo de... no deberías ver películas que no sean adecuadas para tu edad.

—Y tú no deberías haber dejado que le ocurriera nada malo a Bonaparte.

—Lo siento mucho, de verdad.

—No pasa nada. De todos modos no lo soportaba desde el día que me mordió la mano y se me hinchó el dedo. Rainer dice que fuiste tú quien mató a Bonaparte.

—¿Y? ¿Tú te lo crees?

Lea lo miró unos instantes con los ojos entrecerrados.

—No, claro que no.

Daniel sacó el paquete de cacahuets que se había guardado en el bolsillo de los pantalones.

—¿Quieres unos cuantos cacahuets?

Lea negó con la cabeza.

—Los cacahuets siempre me dejan restos pegados en los dientes y eso queda fatal cuando sonrías. Y además engordan.

Daniel hizo una bola con el paquete y se lo guardó de nuevo en el bolsillo

de los pantalones. Lea estaba en esa edad en la que las chicas se preocupan por la sonrisa y la figura... y él no estaba con ella para presenciarlo. Una inmensa tristeza se apoderó de él, de pies a cabeza, y tuvo la impresión de que en esos momentos la pelea con Rainer habría tenido un desenlace muy distinto.

—¿Cómo te van las clases de guitarra? —preguntó Daniel.

—Más o menos. Para mi cumpleaños pediré una guitarra eléctrica.

—Te entiendo. Yo también preferiría tocar la eléctrica.

—¿Vendrás a verme el día de mi cumpleaños?

—Claro, si me invitas...

—Es justo dentro de dos meses.

—Ya sé cuándo es tu cumpleaños.

—Te lo decía por si no te acordabas.

—No me olvido del cumpleaños de mi hijita —dijo Daniel con un tono excesivamente solemne mientras le ponía la mano derecha encima del hombro.

Lea no se inmutó, más bien se quedó tiesa como un palo. Lo cual era casi peor.

—El año pasado lo olvidaste.

Daniel apartó la mano del hombro de Lea. Le dolió hacerlo, pero se dio cuenta de que aquella mano sobraba.

—Estaba en el hospital del ejército. Los medicamentos que me daban podían hacerte olvidar incluso tu propio cumpleaños. Y tu nombre y tu equipo de fútbol preferido.

—No tienes porqué disculparte.

—No era una disculpa. Fue una mierda que te felicitará por tu cumpleaños varios días más tarde. Desde el hospital ni siquiera podía ir a comprarte un regalo.

—Me gustó mucho el bebé pingüino.

—Pero un peluche no es un buen regalo para una chica de once años.

—De hecho, no. Pero me gustó de todos modos. No es un peluche cualquiera.

—¿De verdad?

—Siempre parece tan triste... Por eso le cambié el nombre. De todos modos, Justin es un nombre muy tonto.

—¿Y cómo se llama ahora?

—Scott.

—¿Scott? ¿Y cómo se te ha ocurrido ese nombre?

—Por Sir Robert Scott. El explorador. Cuando comprobó que Amundsen había llegado al Polo Sur antes que él debió de poner una cara tan triste como la del pingüino.

—Scott y toda su expedición perdieron la vida en el viaje de regreso desde el Polo Sur porque viajaban con ponis en lugar de hacerlo con perros de trineo. Entre otros motivos, hubo unos cuantos más. No es una historia precisamente alegre.

—Ya te lo he dicho: el pingüino parece triste. El pingüino Scott es la reencarnación de Scott, el investigador antártico.

—Para tu edad conoces palabras bastante complicadas.

—Para mi edad estoy muy adelantada.

Daniel y Lea se miraron a los ojos. La serena mirada paternal no funcionó correctamente en ese momento.

—Una Fender estaría bien —dijo Daniel—. No es sólo una guitarra eléctrica, es una leyenda.

—Ya lo había oído.

—En Afganistán tuve un compañero, un médico del ejército alemán, que adoraba las Fender. No quería tocar ninguna otra guitarra eléctrica. Y era muy buen guitarrista.

—¿Toca en alguna banda? —preguntó Lea con una sonrisa.

Daniel negó con la cabeza.

—Ya no. Murió.

—Como Kurt Cobain.

—Sí. Acabó igual que él. Dime, ¿va todo bien en casa?

Lea asintió con desconfianza.

—Claro. ¿Lo preguntas por algo en concreto?

—Bueno, no. Así, en general.

—La conexión a internet del piso nuevo es una mierda.

—¿Y te va bien con Rainer?

—A mamá le va bien con Rainer.

—¿Y a ti?

—Más o menos. Se esfuerza.

—Bien.

Daniel y Lea se miraron fijamente durante unos momentos. Cada uno con su bicicleta agarrada por el manillar.

—Ahora sí que tengo que irme —dijo Lea—, o mamá se preocupará.

—Claro.

Lea abrazó a Daniel. No fue más que un abrazo fugaz, pero Daniel lo sintió en todo el cuerpo.

—Si tienes algún problema, sabes que puedes venir a casa, cuando quieras —dijo Daniel. Justo después, se dio cuenta de que, de nuevo, su tono de voz había sido demasiado solemne. Peor aún: patético.

—Qué tipo de problema?

—Da igual. Cualquier problema.

—De acuerdo.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Cuando Lea se subió a los pedales, Daniel volvió a llamarla:

—¡En todo caso, pensaré en tu cumpleaños!

Las medias multicolor de Lea relucían a la luz del sol. Daniel la siguió con la mirada hasta que dobló una esquina. Se sacó el paquete de cacahuets del bolsillo de los pantalones y se echó unos cuantos en la mano ahuecada. Algunos cayeron al suelo. La mayoría desaparecieron por un sumidero, pero unos cuantos más osados fueron a parar a la calzada. Se quedaron a unos metros de Daniel, que se llevó la mano a la boca. La abrió tanto como pudo, pero apenas le cabían, se llenó la boca por completo. Le costó masticarlos, pero le gustó notar cómo trabajaba la mandíbula. Subió a la bici y pasó por encima de los cacahuets que habían caído sobre el asfalto. Incluso dio la vuelta para pisar un cacahuete que había dejado intacto.

A continuación acudió a la consulta del doctor Hamann. Las calles de la ciudad le parecieron más bonitas de lo que recordaba. Tal vez era por el sol, o por las sombras de las casas. Por la luz que se filtraba entre los muros como un cuchillo de cocina a través de dos pedazos de tarta. Como un cuchillo de cocina deslumbrante.

Daniel encadenó la bicicleta a la cerca de hierro fundido frente a la consulta del doctor Hamann y recorrió a paso ligero las losas de granito que llevaban hasta la entrada de esa villa de la época de la expansión industrial.

Llegaba unos minutos tarde. Antes no le costaba tanto ser puntual a una cita. Simplemente calculaba bien el tiempo. Desde Afganistán, esa capacidad de cálculo había quedado arruinada igual que el resto de prioridades que no tenían que ver con la forma física. Daniel sabía que el doctor Hamann se mostraría comprensivo con su retraso. Al fin y al cabo el terapeuta le había permitido acceder a unos cuantos campos minados de su cerebro que al principio de las sesiones todavía intentaba evitar con cuidado. Además, le contaría que había encontrado a Lea, tan llena de vida a la salida de aquella escuela de música anaranjada. No había ningún explorador mejor para el paisaje volcánico de su psique que Hamann. Aparte de Timo, tal vez. Por supuesto, el psicólogo ya sabía que Daniel tenía un problema con las citas. El pánico a las fechas cerradas seguía presente en su estado actual. Aparte de las recurrentes citas semanales con Lea y con el Doctor Hamann, Daniel evitaba cualquier otro tipo de compromiso. Los compromisos eran horribles. Solía llegar un día antes o un día después, o simplemente no llegaba porque su memoria tenía más agujeros que sus vaqueros preferidos cuando tenía quince años, unos vaqueros que seguía recordando a la perfección por algún motivo que se le escapaba por completo. «La capacidad de grabación del cerebro humano es una verdadera mierda», le había dicho Maik en una ocasión, y probablemente tenía razón. Independientemente de su falta de memoria, Daniel olvidaba las citas también por motivos de seguridad. Unas semanas antes lo había llamado por teléfono Miriam, una compañera de la escuela primaria. El contacto que habían mantenido durante los últimos años de vida se limitaba a fugaces encuentros en la piscina. Primero sin y luego con niños. Por eso Daniel se había sorprendido cuando ella le había llamado. Al término de la conversación habían quedado en verse al día siguiente en un *drive-in* de las afueras. Había una explicación muy clara para la llamada de Miriam: se había enterado de que Daniel y Melanie se habían separado y, puesto que ella también estaba recién divorciada, pensó que sería una buena idea aprovechar el momento. Probablemente les pedía una cita a todos los hombres separados, divorciados y viudos que se le ponían por delante. Sin embargo, había también otra explicación todavía más amenazadora: Miriam podía estar tendiéndole una emboscada. Daniel sólo había disparado en defensa propia, pero a los talibanes no les interesaba lo más mínimo si un cristiano disparaba sólo en defensa propia. ¿Y si Miriam no era más que el reclamo involuntario de una célula de Al Qaeda? Después de pensar mucho en ello, Daniel llegó a la

conclusión de que iban a secuestrarlo. En los vídeos de internet podía verse lo que los islamistas les hacían a los prisioneros: los mataban de un modo brutal, como no se matan siquiera a los animales.

Aunque se había citado con Miriam a las tres de la tarde, Daniel llevaba desde la mañana vigilando el *drive-in* desde el aparcamiento de una empresa de coches de alquiler cercana. Durante el tiempo que permaneció allí, llegaron unos cuantos coches que le parecieron sospechosos. Durante la última hora, todavía más. La mayoría de conductores se limitaban a comprar una hamburguesa, un refresco de cola y unas patatas fritas, pero eso tampoco significaba nada. Seguro que los secuestradores también investigaban los comercios. No comprar nada habría llamado la atención. ¿Y por qué no tendrían que comer hamburguesas los talibanes? Su religión tampoco es que los obligara a ser vegetarianos. Miriam y él deberían haber elegido para su cita alguno de los puestos de salchichas y cerveza que había junto al lago de las afueras. Cerdo y alcohol. Sin lugar a dudas, habría sido una opción más inteligente. Después de dejar el coche en el aparcamiento del *drive-in*, Miriam se apoyó en la puerta y encendió un cigarrillo. Daniel esperó dos minutos más. Examinó la zona con atención. Desde el edificio de cristal y acero de la empresa de alquiler de vehículos, unos cuantos empleados le estaban observando desde hacía un rato negando con la cabeza. Poco a poco, se dirigió hacia el aparcamiento en su bicicleta. Miriam tuvo la necesidad urgente de abrazarlo. Había engordado.

Cuando se sentaron uno frente al otro en los bancos tapizados de cuero artificial de color rojo, Daniel no consiguió concentrarse del todo en Miriam. Aprovechaba cada sorbo de café con leche para barrer el lugar con la mirada con inquietud. Intentaba controlar la situación. Por eso se tomó el café a pequeños sorbos, muy rápidos, uno tras otro, mientras Miriam le contaba cosas acerca de *Mujeres desesperadas* y *Anatomía de Grey*, acerca de personas aquejadas de ceguera repentina y de operaciones ejecutadas sin anestesia. Daniel se inventó la trama de una serie de televisión inexistente, porque no quería confesar que su televisor había acabado en el jardín. Examinando el lugar con la mirada en todo momento. En ocasiones se daba la vuelta de golpe. Desde entonces no había vuelto a tener contacto con Miriam. Ella no había vuelto a llamarlo y no había aparecido ningún talibán.

Son precisamente esas alucinaciones las que me incapacitan para trabajar,

las que han provocado que viva separado y que haya tenido que someterme a terapia, pensó Daniel.

La puerta de la villa y la de la consulta del doctor Hamann nunca estaban cerradas con llave. La sala de espera estaba vacía. El respaldo de la silla de mimbre se le clavaba en la espalda. Su columna vertebral no estaba pasando un buen día, precisamente. En cuanto surge el dolor, vuelve a aparecer continuamente, como los parientes que se presentan sin previo aviso ni invitación. Daniel se levantó para llamar a la puerta del despacho del doctor Hamann, pero se detuvo antes de finalizar el movimiento. Tal vez una persona completamente destrozada estaba a punto de abrirse ante el terapeuta y de desplegar una existencia completamente perturbada. Hasta entonces, en cada visita Daniel se había limitado a mirar la fotografía de Nueva York, nunca la lámina de Marc Chagall, a pesar de que era de un tamaño mucho mayor. Se situó justo delante de aquellos colores tan vivos, casi demasiado cerca para poder apreciarlos en su totalidad. Dominaba la imagen una figura con cabeza de gallo, un cuerpo de formas redondeadas que tanto podrían haber sido de hombre como de mujer y unas alas que, del mismo modo, podrían haber pertenecido a un ángel o a un insecto. Sin relación aparente con la primera figura había también un violinista, una acróbata sobre un caballo circense y una novia colgada de un columpio. A Daniel no le gustaban las pinturas que no tenían un mensaje claro. Las múltiples interpretaciones posibles del cuadro de Chagall lo ponían nervioso. Los terapeutas debían de colgar ese tipo de pinturas en la sala de espera para que cada cual interpretara lo que quisiera. No voy a dejarme manipular por un puto cuadro, pensó Daniel mientras volvía a sentarse en la incómoda silla de mimbre. Tras unos minutos, se puso de pie, descolgó el Chagall, le dio la vuelta y lo apoyó en la pared, de cara al papel pintado. Daniel cogió al azar una de las revistas que había encima de la mesita, se sentó de nuevo y examinó la imagen de portada. Un enorme caballito de mar de un resplandeciente color amarillo lo contemplaba desde el papel. El ejemplar de enero de la revista *Tauchen* prometía descubrir una zona subacuática insólita en Sajonia-Anhalt. Se quedó mirando el caballito de mar sin llegar a abrir la revista. Unos minutos más tarde, la dejó sobre la silla que tenía al lado y se puso de pie.

Llamó a la puerta del despacho del doctor Hamann y esperó. Sin respuesta. Tal vez el doctor estaba en la sala de visitas. Daniel llamó de nuevo, esta vez

más fuerte, pero tampoco obtuvo respuesta. Dudó un momento antes de accionar el picaporte y abrir poco a poco la puerta, apenas un resquicio. El ficus seguía junto al escritorio. El monitor del ordenador arrojaba una luz azulada sobre algunas de las hojas, que presentaban un tinte navideño.

—¿Doctor Hamann? —preguntó Daniel en voz baja, tan baja que ni siquiera encontró resonancia en su cavidad craneal.

No quería interrumpir un momento terapéutico clave que estuviera dejando al descubierto recuerdos de infancia o un trauma de nacimiento. Sin embargo, no obtuvo respuesta. Con cuidado, Daniel entró en la habitación. En ese momento empezaron a pasar por su mente imágenes de Afganistán. ¿Por qué precisamente en ese momento?, pensó Daniel. Mierda, no tengo ningún respaldo, ni compañeros para protegerme el culo. A decir verdad, lo que menos me preocupa es mi culo. La cabeza me preocupa mucho más. Pero ¿por qué ahora? Mierda de paranoia, tengo que hablar con el doctor Hamann sobre esto.

Cada paso sobre el suelo de parqué crujía tanto que parecía como si las tablas dispuestas en forma de espiga quisieran disparar una alarma. La puerta del consultorio estaba entreabierta, apenas un resquicio.

—¿Doctor Hamann? —preguntó Daniel con cautela. Una vez más, no respondió nadie. Abrió la puerta con cuidado. De inmediato se dio cuenta de que la que acababa de abrir era una puerta hacia el infierno. Los movimientos que realizó a continuación fueron puramente instintivos. Daniel no estaba seguro del primer sentido que se había disparado en él: el olfato o la visión. ¿Qué había percibido antes, el olor a sangre o el charco de sangre? Se puso a cubierto enseguida, con la espalda contra la pared, junto a la puerta. Todos sus sentidos trabajaban al máximo. Aguzó el oído para ver si oía algún ruido en las salas adyacentes, pero el sonido de su respiración anulaba todos los demás. Tranquilízate, pensó Daniel, tranquilízate. Tardó un rato en controlar la respiración. En toda la consulta no se oía absolutamente nada. Un paso rápido hacia delante, un giro y Daniel se metió en la sala, saltó por encima del cadáver que yacía en el suelo. Sobre todo no vayas a resbalar con la sangre y te quedas bocarriba como un escarabajo desvalido. Rápidamente giró sobre su propio eje. Aparte de las plantas, no había nada vivo en el idílico invernadero.

El doctor Hamann estaba sentado en el suelo, con la cabeza ladeada en una

extraña postura sobre la silla tapizada de cuero. Tenía el tórax completamente destrozado, pero las heridas ya habían dejado de sangrar. Daniel pensó si valía la pena averiguar si el pulso seguía latiendo levemente en el cuello del terapeuta y enseguida decidió que no valía la pena intentarlo. Tenía años de experiencia con heridas mortales. El doctor Hamann estaba completamente muerto y la cálida luz que se filtraba por los cristales del invernadero iluminaba lo que quedaba de él.

Daniel miró a su alrededor. Frente al cadáver de Hamann había una mesa y encima de ésta, un cuchillo con la hoja ensangrentada. Daniel se puso en cuclillas y examinó el cuchillo. Enseguida reconoció las pequeñas iniciales grabadas en la empuñadura. Sin duda alguna, era el arma que le había desaparecido. No había terapia posible que pudiera ayudarlo ante una mierda como aquella. Sobre todo teniendo en cuenta que el terapeuta estaba muerto.

Daniel se acercó al escritorio del doctor Hamann. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo de sus pantalones y lo utilizó para envolver el auricular del teléfono. Con otro pañuelo agarró un bolígrafo y marcó el número de Timo con él. Estaba seguro de que sería un error. Segurísimo. Pero Timo era su compañero. Nunca lo había dejado colgado.

—Tienes que deshacerte del cuchillo —le dijo Timo.

—No comprendo la situación. Ni sé quién es el enemigo. ¿Ha sido cosa de los talibanes o de algún asesino en serie chiflado?

—Da igual, ¡lo primero que debes hacer es ponerte a salvo! Todo el mundo creerá que has sido tú quien ha matado al doctor.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque eres un psicópata perturbado.

—Yo no he sido.

—Claro que no has sido tú. Pero alguien está intentando endosarte el crimen.

—Esto es demasiado. No soy capaz de seguir organizando mis pensamientos, van por libre. Han asesinado a mi terapeuta.

—¡No vayas a sucumbir ahora!

—Es como si hubieran abatido al médico y a los camilleros del hospital de campaña.

—Tienes que deshacerte del cuchillo.

—Sí.

—Sí ¿qué? ¡Que te deshagas del cuchillo! Repite la orden.

—Tengo que deshacerme del cuchillo.

Daniel colgó el teléfono sin darle las gracias a Timo. Tanto a uno como al otro, los agradecimientos les habrían parecido una pérdida de tiempo. Su pasado común les permitía prescindir de muchas palabras. Daniel miró a su alrededor. Tenía que proceder con rapidez, como ante una emboscada: derribar los obstáculos o frenar en seco y retirarse. Una sola persona no podía dispersarse. O tal vez sí. Abrirse paso hasta el punto de encuentro. Daniel se sentía disperso. Volvió al invernadero y contempló de nuevo la masacre.

—¿Qué pasaría si nada de esto fuera real? —le preguntó Daniel a su psicoterapeuta—. ¿Si todo esto solo estuviera sucediendo dentro de mi cabeza?

El doctor Hamann no respondió.

Daniel cogió el cuchillo con una funda de plástico transparente que encontró sobre el escritorio.

«Sobre todo no intentes borrar las huellas dactilares», le había dicho Timo. ¿O se le había ocurrido a él? Durante sus primeras visitas al consultorio Daniel ya había dejado un número incontable de huellas dactilares. Además, también borraría las pistas que podrían conducirles hasta el verdadero asesino. Ahí fuera había alguien esperando a que cometiera un error. Un enemigo. Tenía que salir cuanto antes de la emboscada, no parar de moverse. Metió la funda transparente con el cuchillo en la mochila. Abrir el cerrojo del antirrobo de la bicicleta le costó más que de costumbre. Las manos le temblaban como si se resistieran a obedecer órdenes. Incluso le cayó la llave al suelo en uno de los intentos. Tienes que pensar en la respiración, se dijo a sí mismo Daniel mientras intentaba llenar los pulmones hasta el diafragma. Se mareó un poco, pero al final consiguió abrir el antirrobo de la bicicleta antes de que le entraran ganas de vomitar. Se puso en marcha pedaleando con fuerza para alejarse de allí cuanto antes. Mantén la cabeza fría, pensó Daniel.

Al llegar al siguiente cruce un todoterreno plateado estuvo a punto de arrollarlo, pero Daniel giró bruscamente el manillar y apuntaló un pie en el asfalto. Se oyó uno de los cuernos que anunciaban el Juicio Final: el chirriar de unos frenos. El coche se detuvo a unos centímetros de Daniel. El capó con el gran emblema en forma de estrella parecía a punto de hincarle los dientes.

Era un lujoso Mercedes Clase GL. El conductor empezó a pegarle la bronca a grito pelado mientras se golpeaba la frente con la mano abierta.

Daniel tenía preferencia, primero van los que llegan por la derecha, maldita sea. Desconcertado, Daniel dejó la bicicleta a un lado. El motor soltó un rugido voraz y el coche prosiguió su camino.

Daniel se dio cuenta de que en caso de que unos segundos antes lo hubieran atropellado, con el cuchillo ensangrentado en la mochila y todas las pruebas que hablaban contra él, habría quedado sin lugar a dudas como un asesino. Una colisión contra un todoterreno de lujo, para un ciclista, era como mínimo una oportunidad excelente de librarse de toda la mierda que le venía encima, desde el punto de vista estadístico. Las barras de protección frontales son asesinas. Además, ante ese tipo de vehículos de nuevo rico, los que iban sobre dos ruedas no optaban a volar por encima del techo del coche, sino que acababan aplastados contra el capó con todos los huesos rotos. O entraban en el vehículo en cuestión después de atravesar el parabrisas. Si además ibas sin casco, al parabrisas no le costaría mucho arrancarte el cuero cabelludo. Tal vez valía la pena enfrentarse a la alergia que le provocaba llevar casco si quería sobrevivir al tráfico rodado.

Daniel persiguió al todoterreno plateado. No soportaba esas berlinas tan voluminosas, tan aerodinámicas y tan parecidas todas entre ellas. Daniel se puso a dar pedales enérgicamente con la marcha más larga. Cada vez se acercaba más. En el tráfico urbano, una bicicleta era casi invencible. Durante un rato pareció como si fuera a poder ajustar cuentas con el conductor del pseudotodoterreno al llegar a un semáforo, pero el muy cabrón aprovechó que se puso verde enseguida para huir.

Daniel estaba sudando, pero el sudor le gustaba, incluso si se le metía en los ojos. Imaginó cómo aquel tipo habría salido del coche. Probablemente llevaba traje, aunque no era más que una suposición. A través del parabrisas ahumado no fue capaz de ver ningún traje. Lo habría agarrado por la solapa. O mejor por la corbata. Solo para hablar, para dejarle claro que no se puede poner en peligro de ese modo a los usuarios más débiles de la vía pública. Tal vez se habría descuidado y le habría dado un golpe con la cabeza, de esos que te rompen la nariz al instante.

El centro de la ciudad dio paso a las zonas residenciales y luego a los polígonos industriales. Concensionarios, centros comerciales, una bolera, el

centro penitenciario. Al llegar a la zona recreativa, pasó por encima del muro de contención del lago. Ésa era la zona en la que el lago era más profundo, unos quince metros. El padre de un compañero de Lea en la guardería era buceador y le había contado unos años antes que por aquella zona no se veía nada más allá de las propias manos. Y no importaba lo cerca que las mantuvieras de la cara. La superficie del agua ni siquiera se encrespaba, estaba plana como en las postales. Daniel se colocó junto a la baranda. Miró a la izquierda. Miró a la derecha. No tardaría en quedarse completamente solo con el muro de contención y el lago, en el que no habría testigos potenciales. Los que practicaban marcha nórdica, la pareja acaramelada y sobre todo la escuela de comportamiento canino, con veinte perros y otros tantos dueños, que pasaba por allí. Daniel sabía que adiestrando a los perros adiestrados en instalaciones cerradas no se conseguían tan buenos resultados como si se adiestraban al aire libre, entre los ciclistas, las adolescentes chillonas y los niños devoradores de patatas fritas que llenaban la zona recreativa. Los perros aprenden con relación al contexto, al entorno. Relacionan el lugar con seguir determinadas órdenes. Dado que a los perros no se les da bien generalizar, tienen dificultades para aplicar lo que han aprendido en el centro de entrenamiento en situaciones cotidianas. Igual que la mayoría de la gente, especialmente los ciudadanos uniformados. Afganistán había sido una enorme revelación. Los autóctonos tenían un aspecto completamente distinto a los compañeros disfrazados que se hacían pasar por afganos en el campo de maniobras. Los verdaderos afganos eran imprevisibles. El noventa por ciento de ellos eran cordiales o neutrales. El diez por ciento restante no se distinguía de ese noventa por ciento. Fingían ser cordiales o neutrales. Hasta cierto punto, hasta que llegaba ese cierto punto. Incluso el panorama afgano se distinguía desde la perspectiva enemiga como el campo de instrucción en Sajonia-Anhalt. La verdadera munición era distinta de la munición de entrenamiento. Los movimientos al nadar en seco no eran igual que en el agua. Habríamos podido pensar en ello antes, pero en esas cosas no caía nadie.

Daniel esperó hasta que desaparecieron todas las piernas, todos los ojos, todos los cuerpos cariñosamente enlazados. Y todos los hocicos de perro, que eran especialmente peligrosos. Algún que otro perro había arrastrado de repente al dueño en dirección a la mochila de Daniel. El resultado siempre era la misma orden y el mismo tirón súbito a la correa y los perros respondían con

un resuello de frustración. Solo uno se puso a aullar un momento. A todos les habría gustado poder lamer el cuchillo ensangrentado.

Hasta que la presa quedó absolutamente vacía. Casi. Había un jubilado con su nieto en un extremo. Andaban muy despacio. Uno estaba aprendiendo a caminar, mientras que el otro andaba cada vez menos. La cremallera hizo tanto ruido al abrirse como el equipo de sonido de un festival al aire libre capaz de salvar la distancia del lago de una orilla a la otra. Daniel cogió la mochila con cuidado. No vayas a cortarte ahora. Ni siquiera miró a su alrededor. Sacó el cuchillo de la funda de plástico y lo lanzó al lago. Se acercó a una papelera que había cerca de un bar. Allí debían de recoger la basura a menudo. Hundió la funda transparente en el fondo de la basura. La mano y el antebrazo se le mancharon de mostaza y ketchup. De haber estado cerca los perros, el olor lo habría delatado enseguida. Incluso la gente habría sido capaz de identificar las manchas amarillas y rojas. Restos de comida. Se acordarían de él. Daniel siguió pedaleando hasta una playa cercana y apoyó la bicicleta en un árbol.

Con una rodilla clavada en la grava se lavó las manos a fondo. Hasta la última uña. Podría decirse que se obligó a hacerlo. Los primeros paseantes empezaron a mirarlo. Daniel dejó de lavarse las manos, a pesar de la necesidad que sentía de seguir haciéndolo indefinidamente. Con las manos ahuecadas recogió agua del lago y se lavó la cara. Se pasó las manos por las mejillas, se frotó los párpados cerrados. El viento secó la humedad y la piel se tensó sobre sus pómulos como si estuviera pegada a ellos. Empezó a pedalear con vehemencia. Sobre todo no vayas a quedarte quieto, debes mantenerte en movimiento, pensó Daniel. No puedes ofrecer un blanco fácil.

* * *

Daniel frenó a unos metros del contenedor de vidrio. El suelo alrededor de la campana metálica estaba repleto de esquirlas de vidrio, enemigas naturales de los ciclistas.

Daniel bajó de la bicicleta y la apoyó contra un seto cortado con forma rectangular antes de echar a correr hacia el contenedor. Pensó que parecía una parte de la Estación Espacial Internacional. En el espacio exterior, los fragmentos de cristal estarían flotando ingravidos alrededor del contenedor. Menudas mierdas se le ocurrían justo antes de vomitar. Daniel vació el

estómago entre el seto y el contenedor de vidrio. En el suelo quedaron restos de comida que no recordaba haber ingerido en absoluto. Se limpió la boca con un pañuelo de papel y luego lo tiró en la abertura circular destinada al vidrio verde. Montó de nuevo en la bicicleta y la primera pedalada le pareció harinosa, como si tuviera las rodillas de gelatina y ni un solo músculo en las piernas. Los hematomas que le habían salido a raíz del forcejeo con Rainer arraigaron todavía más en su carne. Las costillas contusionadas arruinaron cualquier intento de respirar hondo. Por suerte, el piso de Maik no estaba a más de dos calles de allí.

Por delante de los ojos de Daniel empezaron a bailar diminutos puntitos multicolor. Tal vez también por detrás. Amarillos, rojos, verdes, violetas. Probablemente eran una especie de átomos desertores del cerebro. Ahora no vayas a caerte de la bici, pensó Daniel. Se detuvo a ciegas junto a una farola y encadenó la bicicleta. Pulsó el timbre sin leer la inscripción. El tercero desde arriba. Al oír el zumbido del portero automático, Daniel empujó la puerta. Subió las escaleras corriendo. Hay que correr, si se sobrevive al primer ataque. Aunque sus pasos seguían siendo fofos y la respiración, superficial.

Maik estaba frente a la puerta de su piso. En los últimos escalones Daniel oía su propia respiración como si no procediera de su propio cuerpo, como si fuera ajena. Eso no era normal, era como si un lóbulo pulmonar estuviera saltando a lo loco ante un estetoscopio.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maik.

—Ni idea. ¿Tú que dirías?

—Que estás hecho una mierda. Una verdadera mierda.

—¿Tienes algo para beber? Necesito beber algo urgentemente.

—Entra.

—Gracias.

—No vayas a desmayarte.

Pasó junto a los pósters del pasillo.

Un concierto de Neil Young.

El cartel de la película de los Blues Brothers. *They're on a mission from God.*

Control. El grandioso cine europeo.

Un póster de Giant Sand con un pez enorme.

En la cocina, Maik llenó un vaso con agua. Abrió demasiado el grifo y el agua le salpicó la mano, la camiseta y los pantalones.

—Mierda.

Maik le tendió el vaso a Daniel.

—Toma, bebe. Y cuéntame de una vez qué pasa.

Daniel se bebió el vaso de un trago. Los puntitos multicolor que bailaban frente a sus ojos se calmaron. Se acercó al grifo y llenó el vaso de nuevo. Respiró hondo y el aire llegó por fin hasta sus pulmones. El segundo vaso de agua se lo bebió en pequeños sorbos. Los ácidos gástricos que habían quedado pegados a su laringe y a su esófago quedaron enjuagados y volvieron al lugar que les correspondía.

Maik miró a Daniel de reojo con preocupación. Para evitar que se le notara, se puso a leer con interés la frase que las letras magnéticas formaban en la puerta de su frigorífico: fuNZi0nA t0DO MeNos TU.

Debería decir algo, pensó Daniel.

—Oye, ¿verdad que la película *Control* va sobre esa banda que te gustaba ya en los años ochenta?

—Joy Division. Estás despistando.

—El cantante se suicidó, ¿verdad?

—Se colgó, sí.

—¿Se colgó? Mierda. Kurt Cobain al menos se pegó un tiro.

—¿Por qué te parece mejor eso?

—Bueno, mola más.

—Menudas chorradas dices.

—¿Por qué no hay ninguna película acerca de los últimos días de Kurt Cobain?

—La hay. *Last Days*, de Gus Van Sant. Pero sigues despistando.

—Ya existe una película sobre todo.

—Me parece bien que no quieras hablar de ello.

Maik abrió la puerta del frigorífico y sacó dos botellas de cerveza. Las abrió y le tendió una a Daniel. Brindaron, botella con botella. Como hacen los amigos.

—Espero que no te hayas propuesto suicidarte —dijo Maik.

—No sé, siempre queda esa opción.

—Luego termina todo.

—Por eso. A veces las soluciones más sencillas son las mejores.

—Un despilfarro.

—¿Qué?

—Un despilfarro. Kurt Cobain, Ian Curtis, Elliot Smith, Vic Chesnutt, Mark Linkous. Todos ellos podrían haber seguido haciendo una música genial. Sus canciones son especialmente intensas. Apasionadas. Tal vez resulte especialmente peligroso ser tan apasionado. O creativo.

—El peligro siempre está presente.

Maik tomó un buen trago de cerveza.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que en realidad no quieres dejarte ayudar, que crees que tienes que tragarte toda esa mierda solo.

—¿De qué mierda me hablas?

—Del trastorno por estrés postraumático. Me he comprado un libro acerca del tema y he leído que debes exponerte a los acontecimientos en una atmósfera acogedora.

—¿Y la atmósfera acogedora eres tú?

—Sí, joder. Te acabo de dar una cerveza. Eso es acogedor, pero tu no haces más que hablar de películas para despistar. Crees que puedes esquivar el dolor si pasas el tiempo suficiente corriendo con una mochila llena de piedras a cuestas.

—De acuerdo, ¿cómo se supone que debería aprovechar esa atmósfera acogedora, según tú?

—Podrías contarme qué te ha ido tan mal hoy.

Por unos momentos, Daniel pensó en la manera de contárselo todo abreviado a Maik, pero dándole una prioridad especial al hecho de que hubiera encontrado a su terapeuta asesinado y de que se hubiera encargado ya de hacer desaparecer el arma del crimen porque casualmente era de su propiedad. Al final decidió no contárselo. Un traumatizado era suficiente. No serviría de nada sumir a un amigo suyo en un estado mental tan frágil como el suyo.

—Todo va bien, de verdad.

—Claro, por eso tienes ese aspecto tan miserable y sueltas tonterías acerca del suicidio, porque todo va bien.

Daniel tomó un pequeño sorbo de cerveza.

—Cuando tienes la psique jodida cuesta encajar que has encontrado un cadáver. ¿Has descubierto algo en internet acerca de las víctimas de los asesinatos?

—Todas tenían novio. Adrian, Benjamin y Niklas.

—No me extraña, eran guapas. Si no se habían propuesto firmemente lo contrario, a la edad que tenían es lo más normal. Me refiero a lo de tener pareja y tal.

—Sí, pero los tres tipos tienen algo en común.

Maik tomó un generoso trago de cerveza. Luego titubeó un poco.

—¿Sí? ¿Qué más? —preguntó Daniel.

—Tal vez no sea nada relevante.

Otro trago de la botella de cerveza.

Está haciendo lo mismo que yo, pensó Daniel.

—¿Por qué no me dices lo que pasa? El psicópata soy yo. ¿O es que tú también necesitas una atmósfera acogedora?

Maik no pudo evitar soltar una carcajada en el peor momento, cuando estaba a punto de tragar la cerveza, por lo que se puso a toser completamente sonrojado. Daniel tuvo que darle unos golpecitos en la espalda para que pudiera respirar de nuevo. Había estado a punto de echar la cerveza por la nariz, pero la sorbió de nuevo para evitarlo. Su risa no había sonado verdadera.

—No puedo mentirte, me conoces demasiado bien. Además, no me gusta engañar a mis amigos.

—De acuerdo —dijo Daniel—, entonces no me engañes.

Maik se concentró en la botella de cerveza que tenía en la mano. Miró a Daniel un momento, pero enseguida bajó los ojos de nuevo. Respiró hondo antes de añadir: —A decir verdad, por un momento temí que pudieras tener que ver algo al respecto.

—¿Algo que ver?

—Que tú fueras...

Maik negó con la cabeza y se llevó la botella de cerveza a los labios una vez más, pero se dio cuenta de que ya estaba vacía y la dejó sobre la encimera de la cocina. Nada más dejarla se volcó, pero la puso derecha de nuevo. Le

temblaban las manos.

De repente, Daniel se sintió bastante aliviado por el hecho de no haberle contado a Maik nada acerca de la relación entre el doctor Hamann y su cuchillo de combate.

—Lo siento —dijo Maik—, no debería haber pensado algo así.

—No pasa nada —respondió Daniel—. Los amigos deben ser sinceros aunque la verdad no sea divertida.

Maik cogió otra botella de cerveza del frigorífico. La abrió muy nervioso y tomo un trago muy largo. Parece que esté intentando armarse de valor bebiendo, pensó Daniel.

—Adrian, Benjamin y Niklas.

Maik esperaba una reacción. Daniel negó con la cabeza.

—No los conozco.

—Las parejas de las chicas asesinadas. Las tres tenían pareja, como es de esperar a esa edad a menos que seas estudiante de empresariales. Tampoco es que lo mantuvieran en secreto. Tienen Facebook y entradas propias en varias páginas de internet. Lo típico, en Attac, en Greenpeace...

—Sí, ¿y qué? Todavía no lo comprendo.

—Están muy comprometidos.

—Eso sí lo he pillado.

—Los tres colaboran con iniciativas en contra de la guerra de Afganistán.

Maik lo miró esperando una respuesta. Daniel tomó un trago de cerveza. Su amigo seguía mirándolo.

—Deja de mirarme de ese modo y habla de una vez —dijo Daniel.

—Tú eres Afganistán.

—Yo no soy Afganistán, ¿qué dices?

—Es el nexo de unión. Por un momento sospeché de ti.

—¿Porque estuve en Afganistán?

—Sí.

—¿Porque estoy traumatizado por la guerra?

—Sí.

—Mierda. Porque soy un psicópata perturbado.

—Lo siento. Sólo fue un momento. Por supuesto, tú no podrías hacerle algo así a nadie. Por mucho que tengas la formación suficiente para hacerlo.

—¿Para qué?

—Para matar.

—Casi lo había olvidado. ¿Puedes mostrarme a los compañeros de esas chicas?

—Claro. Soy coleccionista. Música, experiencias vitales, información de internet. Voy a buscar el portátil.

Daniel se acercó a la ventana. Fuera había oscurecido ya. Su imagen se reflejaba transparente en el cristal como si fuera un fantasma. Un fantasma que bebía cerveza. Cuando se acercó todavía más al cristal, con el aliento dejó una mancha de vaho en la superficie. Su bicicleta de montaña seguía ahí fuera. La había encadenado a la farola adrede, el cono de luz tendía a desalentar a los ladrones de bicicletas potenciales. La bicicleta tenía un aspecto solitario. Daniel apoyó la frente para poder ver unos centímetros más de la oscuridad. El cristal estaba agradablemente frío. En algún lugar ahí fuera acechaba el enemigo. Tener un instrumento de visión nocturna no estaría nada mal. Salir con los medios técnicos y capturar al enemigo. Como en un juego de ordenador. No estaría nada mal. Por supuesto, el enemigo no se dejaría ver. Las técnicas de combate tradicionales de las fuerzas armadas suelen resultar ineficaces ante la guerra de guerrillas. Cuando Daniel dio un paso atrás, de nuevo sólo se vio a sí mismo. Y a Maik, que justamente entraba en la cocina con el portátil. Un portátil rosa. Tiempo atrás, Daniel se había preguntado si las mujeres eran las únicas que compraban ordenadores de color rosa. Maik dejó el portátil sobre la mesa de la cocina e inició la presentación.

—Mira, el primer activista.

Adrian. Rastas rubias. Attac. Fotos de un transporte de residuos nucleares. La mayoría de fotos parecen de fiestas. En Facebook, «le gusta» un video de la canción *Chop Suey* de System-Of-A-Down. La versión en directo de «Rock en el parque».

—Utilizan el botón de «me gusta» como quien cambia de canal —suspiró Maik mientras negaba con la cabeza—. De este modo Facebook puede crear estadísticas de uso de webs externas y perfiles de usuario personales. Si esto lo hiciera la policía, seguro que le parecería una mierda. En cambio, como se trata de Facebook, no duda en revelar quiénes son sus amigos y cuál es su esfera privada. Por supuesto, la policía no soltaría nada sobre esto. Pero Mark Zuckerberg sí.

Niklas. El pelo tan engominado que ni siquiera se puede ver cómo lo lleva cortado. Gafas de sol. Torso musculado. Afeitado. En lugar de pelo, en el pecho tiene granitos rojos. En el barco de Greenpeace de la Antártida lleva un anorak grueso. Probablemente puede permitirse el viaje porque sus padres deben de ser ricos, pensó Daniel. Algo así impresiona enseguida a las chicas. Sin embargo, ese tal Niklas en realidad no sabía nada sobre las mujeres. Mejor aún que proteger a las ballenas, en cualquier caso, era salvar a una cría de foca. Para ello hay que enfrentarse a un tipo barbudo armado con un garrote. Era arcaico: hombre contra hombre, anorak contra anorak.

Benjamin. En unos grandes almacenes de arte recién inaugurados, representó junto a unos amigos un musical del Che Guevara con la comida correspondiente. Mucho chile, por supuesto. Y un filtro mágico que según los congolese, durante la aventura africana del Che, volvía invulnerable a quien lo tomaba. Siempre y cuando no se expusiera al fuego de las ametralladoras. O a los disparos en la cabeza. Un solo tiro certero bastaba. El Che no debía de creer en los brebajes mágicos. Por eso más tarde lo mataron a tiros en Bolivia. De hecho, la guerra de guerrillas es superior a la guerra tradicional pero, como siempre, cuando se invierten demasiadas emociones... La música del espectáculo sobre el Che Guevara la ponía un combo formado por jóvenes rockeros y músicos de jazz más añejos que tocaban una mezcla de rock, reggae, hip hop y música africana. O sea, todo. El brebaje mágico lo producía una fábrica de cerveza local.

—¿Quieres saber qué chico corresponde a cada chica? —preguntó Maik.

—Me lo imagino. Ya he visto las listas de amigos de Facebook. Lo que no sabía era que hubiera unos grandes almacenes de arte aquí.

—Tienes que volver algún día. De la guerra, quiero decir. A tu hogar.

—Lo haré. Cuando todo haya terminado.

—Deberías hablar con la policía. Sobre lo de Afganistán. De esos tres tipos.

—Si tú lo has encontrado en internet, la policía debe de haberlo conseguido también.

—Tal vez estaría bien echarles un cable a los maderos antes de que lo descubran ellos.

—¿Te fías de mí?

—Sí.

—¿Seguro?

—¿Qué piensas hacer?

—Ni idea. Por supuesto, es de esperar que alguien que aprendió a matar tenga un plan.

—No te enfades por lo que he dicho. Somos amigos.

—Durante un tiempo, los soldados morían a causa de accidentes o víctimas del fuego amigo. Antes de que los talibanes volvieran a las andadas. ¿Tienes otra cerveza?

Cuando Maik abrió la puerta del frigorífico, el aparato hizo ruido sordo, como si hubiera estado conteniendo el aliento demasiado tiempo.

—¡No la abras! —gritó Daniel—. Me la beberé en casa.

La botella de cerveza exhaló su frío húmedo en la palma de la mano de Daniel. De repente le apeteció ponérsela en la frente para refrescarse. No estaría nada mal poder tener un sistema de refrigeración para el cerebro. Metió la botella en la mochila.

—Dime que no has sido tú.

La voz de Maik sonó cargada de una cierta gravedad.

—No he sido yo. ¿Quieres que te devuelva la llave?

Daniel sacó un manajo de llaves del bolsillo de los pantalones. Maik se quedó mirando la portada de *Highway To Hell* que decoraba el llavero.

—No, quédatela, tranquilo. Creo que no me matarás.

—Espero que tengas razón —dijo Daniel mientras se guardaba de nuevo las llaves.

—Entonces ¿quién ha sido? —preguntó Maik—. ¿Sospechas de alguien?

—No, no tengo ni idea. Tal vez esos putos talibanes. Nos atacan en nuestra propia casa. Donde somos más vulnerables.

—¿Por qué tendrían que haber matado los talibanes precisamente a las novias de tres tipos que están en contra de la guerra de Afganistán?

Daniel se encogió de hombros.

—Tienes razón. Probablemente no han sido ellos. ¿Y si es un plan especialmente perverso de Al-Qaeda para intentar mostrar a los soldados alemanes como asesinos en serie?

—¿Quieres decir que todo esto podría ser una especie de guerra psicológica?

—Exacto. En la guerra vale todo. ¿Sabes cómo lo llamaban los nazis cuando lo hacían contra ellos?

—La historia no se me da tan bien como a ti.

—Desmoralización del ejército. Me gusta especialmente esa expresión, sobre todo pronunciarla en voz alta. Tienes que mover mucho la boca para decirla. Desmoralización del ejército.

Daniel se echó la mochila al hombro. La música procedente del salón se había calmado tanto que parecía anunciar su próxima desaparición. La letra era un susurro

*I pray my soul to keep
If I die before I wake.*

—¿Qué harás ahora?

—Dormir. Al menos lo intentaré.

—Si me necesitas, puedes llamarme cuando quieras.

—De acuerdo.

Daniel notó los ojos de Maik clavados en su espalda. Bajó los escalones de dos en dos. Después de abrir la puerta de la calle, miró a izquierda y derecha, como un alumno de primaria camino de la escuela. Ni rastro del enemigo. Ni por la izquierda ni por la derecha. La calle estaba vacía a todas luces. No había nadie. Ni asesinos en serie, ni talibanes. Y alrededor del vacío, una profunda oscuridad. Tenía que seguir moviéndose. Daniel se echó a correr por la calle, incluso pasó de largo junto a su bicicleta y se metió en un jardín que quedaba frente a una casa de alquiler que parecía salida de un tablero de Monopoly. Daniel se detuvo frente a un arbusto sin saber qué hacer. No había ningún enemigo entre las sombras.

—Te atraparé —susurró Daniel.

Se dio la vuelta y volvió a la farola a la que había encadenado la bicicleta. Maik estaba frente a la ventana, sin duda extrañado por lo que Daniel acababa de hacer. Probablemente habría preferido que le hubiera devuelto la llave del piso. Daniel levantó el brazo para saludarle. Maik respondió y observó cómo su amigo abría el antirrobo de la bicicleta y se marchaba. El viento de cara fluía como hielo líquido por sus vías nerviosas. Pero no regresaba a su hogar.

La casa, el jardín, el sofá, ya no eran un lugar de retirada para él. No tenía un maldito Machu Picchu, tendría que vagar por las calles sin rumbo. Y no resignarse al papel de víctima. No podía parar de moverse si no quería convertirse en un blanco fácil. Además, sobre la bicicleta le costaba menos pensar. Daniel sabía que necesitaba una idea con urgencia. Tampoco tenía que ser una idea especialmente buena. Rodar por el barrio sin rumbo fijo adquirió un significado completamente nuevo. Los ojos de Daniel no se movían de la tenue luz que irradiaba la linterna de la bicicleta. No tenía sentido buscar movimientos sospechosos por los alrededores. Para un profesional sería un blanco fácil de todos modos. Incluso en movimiento. Aunque ¿quién ha dicho que el asesino sea un profesional?, pensó Daniel. Con un cuchillo, cualquier adolescente podía causar graves heridas y convertirse en un asesino en serie chiflado, capaz de matar sin orden ni concierto a una cajera de supermercado, a una estudiante, a una actriz y a un psicoterapeuta. Personas a las que pilló desprevenidas.

—Afganistán —murmuró Daniel. La mera palabra le provocaba escalofríos, aunque la pronunciara en voz muy baja, entre dientes. La susurró mientras trepaba con la bicicleta por una cuesta de pie sobre los pedales, con una marcha larga, para notar cómo trabajaban los músculos de las piernas. Y el esfuerzo. Los pensamientos de Daniel volvieron a centrarse en los talibanes. Mataban a los rehenes como quien sacrifica a un animal para la fiesta de la ruptura del ayuno. Lo del cuchillo encajaba con ellos. Lo del plan perverso para trasladar la guerra a la patria de sus invasores, también. Mierda. Daniel empezó a rodar más rápido para exudar ese viejo concepto del enemigo que le impedía pensar correctamente.

Un loco. Un psicópata. Un enfermo.

Una sombra se deslizó rápidamente por la calle como si quisiera introducir oscuridad en el cono de luz de la linterna. Un gato se detuvo justo delante de él con la mirada fosforescente, cada vez mayor. Daniel frenó con todas sus fuerzas y giró el manillar para esquivarlo.

Por un momento se sintió completamente libre. Había perdido todo tipo de contacto con su bicicleta. Tomó aire asustado al notar que la fuerza centrífuga ganaba intensidad, hasta que acabó imponiéndose la fuerza de la gravedad. Aunque Daniel intentó parar el golpe con las manos, lo primero que impactó contra el asfalto fueron sus vértebras lumbares. El dolor llegó enseguida al

cerebro. Las fibras nerviosas A delta mandaban la información sobre el dolor a una velocidad de hasta treinta metros por segundo. Mierda. Una vez más, en el mismo lugar.

Al menos no ha sido en la cabeza, pensó Daniel. Un casco de bicicleta estaría bien. Tenía que reconsiderar urgentemente el juramento que había hecho de no volver a llevar casco jamás.

Daniel levantó la cabeza. El gato había dado un salto hacia un lado en cuanto Daniel había salido catapultado por encima del manillar. En esos momentos lo miraba con curiosidad desde el otro lado de la calle. Los ojos de los dos quedaron a la misma altura y los del gato lo fulminaron con la mirada. Con malicia, tal vez. Quizás sólo con curiosidad. O simplemente porque esa era su naturaleza como carnívoro. En la parte posterior de los ojos, los gatos tienen una capa que actúa como un espejo. Recoge la luz y la refleja. Sirve para que las células visuales puedan aprovechar el doble la poca luz que reciban. Al mismo tiempo, la luz reflejada hace brillar los ojos. Lo sabía por un documental que había visto en el Discovery Channel.

El dolor lanzó un energético aviso para que se le valorara como era debido. Nada mal para una caída como ésta, pensó Daniel. Era mejor sentir dolor que no sentir nada. Imaginó al centímetro la extensión del hematoma que le saldría. No tuvo problemas para mover las piernas, incluso sin proponérselo especialmente, pero notó la espalda mojada. Mierda, la botella de cerveza de Maik. Daniel se quitó la mochila antes de que las esquirlas de la botella rota le grabaran un tatuaje en la piel.

El gato siguió trotando, aburrido por el comportamiento humano, a pesar de haber visto a pocas personas en esa situación.

La capa especular de los ojos de los gatos le llama *tapetum lucidum*. Tejido luminoso. Hay más animales con ese mismo tejido luminoso: los perros, los corzos, los tiburones, los cocodrilos, los erizos. Las personas, en cambio, no lo tenemos, por eso necesitamos una cantidad seis veces mayor de luz que un gato para reconocer movimientos o contornos en el crepúsculo.

Necesito más luz, pensó Daniel. No veía lo suficiente. Le habría venido bien un instrumento de visión nocturna, de última generación, con una luz cincuenta mil veces más potente. Para poder ver al enemigo.

A Daniel no le gustaba nada pensar que el asesino podría haber visto cómo caía de la bicicleta. Contuvo el aliento para poder aguzar mejor el oído. Al

menos no se oye reír a nadie, pensó.

En ninguna parte.

De hecho iba siendo hora de ponerse de pie de nuevo.

Y sin embargo se quedó tendido en el suelo.

Mi aparato locomotor funciona perfectamente, pero mi cerebro se niega. No quiere salir a jugar por donde vagan los pensamientos insanos del resto de la gente. Estoy traumatizado. Soy un loco, un psicópata. Un enfermo.

¿Y si he matado a toda esas personas? Soy un profesional, un veterano. Aprendí a matar y sé cómo hacerlo. Una vez empiezas, no puedes dejarlo. Como los soldados americanos que tras volver de Irak hicieron ascender la tasa de crímenes por encima del sesenta por ciento en Colorado Springs. Asesinatos y violaciones. ¿Soy como ellos? ¿Ávido de sangre? No he violado a ninguna mujer, sería incapaz de hacerlo. Claro que tengo fantasías sexuales, pero no recuerdo haber violado a nadie, ni siquiera a Melanie cuando aún estábamos casados. ¿Y si las mujeres asesinadas fueron violadas también? ¿Es posible disociar un acontecimiento de la personalidad propia hasta el punto de convertirlo en algo absolutamente independiente? ¿Que las huellas queden desdibujadas en la memoria? Porque así es como son mis recuerdos, pensó Daniel. Mi cerebro. ¿Te fías de él? Por unos momentos se fiaba de todo. O al menos del lado malvado y perverso de su yo. Había una película con Robert De Niro en la que la personalidad enajenada del personaje asesina a su novia y casi también a su hija. Al menos él no sería capaz de hacerle nada malo a Lea, de eso Daniel estaba completamente seguro. Hay unas cuantas películas más en las que los asesinos no son conscientes de serlo porque sus mentes han erigido barricadas al respecto. Identidad. Psicopatía. Daniel mantenía una buena relación con su madre. Tenía que volver a visitar a sus padres. En *Angel Heart* ni siquiera el detective sabe quién es. Y en *A Beautiful Mind* un esquizofrénico recibe el premio Nobel tras aprender a convivir con la enfermedad. Es una historia real, pensó Daniel. Es una historia real. Yo no he sido. Pero podrías haber sido tú. Hollywood cuenta realidades en las que nos reconocemos enseguida. Hollywood miente.

Daniel se ve a sí mismo en el estanque de peces. La chica muerta está dentro del agua. Es guapa. La herida que tiene en el cuello clama al cielo, pero el agua se traga el clamor. Solía ir a comprar varias veces por semana al supermercado en el que trabajaba. Kirsten Fritsch era cajera. No conseguía

recordar sus rasgos ni cómo se movía. Cómo sus dedos pasaban los artículos por el escáner de la caja.

Tengo la memoria destrozada por los bombardeos, pensó Daniel, aunque en seguida se dio cuenta de que no era cierto. El velo de destrucción no cubría su mente por completo. Podría haber recorrido los pasillos del supermercado a ciegas con el carrito. Entrando a la izquierda, el café. El rótulo de la solapa con el nombre, los vales de los envases retornables, todo eso no lo había olvidado.

Igual que aquellos grandes ojos bajo el agua. La herida brutal en el cuello de Kirsten atravesaba su mente como una cicatriz mal sellada.

Yo no la asesiné, se dijo a sí mismo. No fui yo.

Su cerebro no ofrecía información acerca de su estado real, no mostraba ningún estado. Daniel pensó si no serían todo imaginaciones suyas.

No soy un enajenado cuya parte flemática disfruta permaneciendo sentada en un sofá, en el jardín mientras Dios se le mea encima y, en cambio, a su parte activa le da por ir asesinando a mujeres. Como el doctor Jekyll y Mister Hyde. Esas cosas se ven por la tele. Como lo de despertar a tiempo de una pesadilla antes de que ocurra algo malo. En un mundo en el que todo es blanco o negro ocurren ese tipo de cosas. Con personas sin matices. Con sangre que no es roja. Y de repente dejas de gobernar tu propia vida. Para algunos, vivir dos vidas podía ser más sencillo. Yo estaría siempre con alguien, no me quedaría solo. Con el trauma, con mi historia.

Estrés. Tengo que controlar mi respiración, al fin y al cabo soy yo quien respira. No estoy radiocontrolado. Al menos tengo que poder confiar en mis funciones corporales. Puedo controlarlas. No desean causarme ningún daño.

Mi cuchillo mató a mi psicoterapeuta. El doctor Hamann estaba muerto. Era mi cuchillo. Y lo he lanzado al lago.

Daniel se concentró en la respiración y consiguió apaciguarla.

Hombre, pensó, tal vez no estés tan loco. Tal vez estás muerto desde hace tiempo. Quizás un puto talibán te voló la tapa de los sesos. Moriste en aquella maldita emboscada y todo esto no es más que una de esas experiencias cercanas a la muerte. Los últimos procesos químicos de un cerebro que ha quedado esparcido por una pared. Éste es tu último viaje y ahora saldrás del túnel. O tal vez ya has llegado al otro lado. Y no hay vírgenes esperándote.

No tienes la creencia adecuada para encontrar vírgenes privadas en el

paraíso. En cualquier caso, estás tendido junto al Eagle y tienes el cerebro pegado al muro. No saldrás nunca más de ese puto Afganistán.

VIERNES

Notó que tiraban de él. De una manga. Daniel abrió los ojos con dificultad.

Ya no era de noche. El amanecer avanzaba hacia el día siguiente. La calle que tenía debajo estaba fría. Y su piel también.

Su espalda ya se había despertado. Las vértebras lumbares mandaron una punzada de dolor implacable que le recorrió la médula espinal hasta llegar a la cabeza.

Un perro le estaba lamiendo la cara. La lengua era cálida y húmeda y al perro le olía el aliento. Alguien le dio un tirón y lo apartó de Daniel.

El rostro de un anciano apareció por encima de él.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió Daniel.

—No se mueva —dijo el anciano.

—No me muevo.

—He llamado a un médico de urgencia. Llegará enseguida.

Daniel se incorporó de golpe. Los músculos abdominales respondieron, pero la espalda extendió el dolor por todos los nervios hasta los dedos de los pies.

—Nada de médicos.

—Llegará enseguida. Mi hijo me regaló un móvil para personas mayores, con las teclas grandes y pocas funciones. Así resulta sencillo marcar el número de emergencias.

A Daniel le costó levantarse. Tenía las piernas entumecidas y le crujían las articulaciones. Fue como arrancar en frío un coche averiado. El perro empezó a ladrar al ver que un zombi empezaba a moverse frente a su hocico. Así es como se sentía Daniel, como un no muerto. Recogió la mochila. Todo lo hacía

a cámara lenta.

—De verdad, no debería hacer eso —dijo el anciano—. Podría tener una lesión en la espalda. Ellos lo evacuarán con una especie de almohadas hinchables. Lo he visto en la tele.

Cuando Daniel se agachó para recoger la bicicleta, el dolor en la espalda se manifestó con la intensidad esperada.

Al menos la bicicleta no se había estropeado.

—¿No pensará irse sin más, no? —preguntó el anciano.

—Tengo que marcharme enseguida.

—Pero es que he llamado al médico de urgencia. ¿Qué les digo yo ahora?

—Dícales que estaba loco.

Después de recorrer unos cuantos metros con la bicicleta respirando con dificultad, Daniel se sorprendió al comprobar que el dolor remitía. Tal vez su espalda también se había pasado ya al enemigo. No podía parar de moverse. Tal vez conseguiría huir del dolor si iba lo suficientemente rápido.

La seguridad personal era la máxima prioridad.

Una ambulancia con la sirena y las luces azules puestas venía a su encuentro. Daniel empezó a dar pedales con más fuerza. Abrió más los párpados para no dejarse vencer por el frío viento que le venía en contra. El aire fresco de la mañana tenía un efecto balsámico sobre sus hinchados ojos. Las esquirlas de la botella de cerveza rota tintineaban dentro de la mochila.

Daniel se metió por unas calles laterales. No le constaba que las ambulancias persiguieran a los heridos, pero ante una llamada de emergencia la policía también habría recibido el aviso correspondiente. Las casas de las calles laterales parecían tan desiertas como si las hubieran evacuado. Había unas cuantas personas helándose de frío frente a una parada de autobuses, deseando haber podido quedarse en la cama. Llevaban el amanecer pegado en el rostro como vallas publicitarias en una ciudad fantasma.

Cuando Daniel dobló la esquina para meterse en su calle, vio el coche negro de paisano que Feller y Weber ya habían utilizado en las visitas anteriores aparcado frente a su casa. Por un momento fantaseó con la idea de huir en dirección contraria. De meterse por unas cuantas calles laterales más, de esas por las que no pasas si no es por algo en concreto. Y de ahí, al campo. Con la bici podía meterse por lugares a los que ni siquiera un todoterreno podía acceder. Pero huir continuamente no era una táctica. Ni tampoco una

estrategia. Daniel pasó junto al coche negro hasta la puerta de su jardín. Nada más bajar de la bicicleta oyó cómo se abrían las puertas del coche y, casi al mismo tiempo, la voz del inspector Weber.

—Buenos días, señor Schramm.

Daniel se dio la vuelta.

Weber y Feller se acercaron a él. La inspectora jefe se detuvo un par de metros por detrás de su compañero. Probablemente les enseñaban a hacerlo de ese modo en la academia de policía.

—Ha salido usted muy temprano —dijo Feller con una sonrisa.

—Ustedes también.

—Cuando elegimos este oficio ya sabíamos que los horarios serían insólitos. ¿Y qué hace tan temprano fuera de casa?

—Deporte. Tengo una edad en la que hay que cuidar el cuerpo. Por sí mismo ya no funciona como antes.

Daniel dejó la bicicleta junto a la casa y la encadenó a la cerca del jardín.

—Tenemos unas cuantas preguntas más para usted —dijo Weber—. ¿Le importaría acompañarnos a comisaría?

—Claro. Si eso tiene que servir para esclarecer la verdad.

Daniel sonrió. Weber torció las comisuras de los labios en una mueca agrídulce que intentaba ser una sonrisa. Feller era más profesional. No sonreía.

—Tengo que entrar —dijo Daniel—. Es urgente. Tengo que ir al baño.

—¿Le molesta si le acompaño? —preguntó Weber.

—Claro que me molesta. Me gusta ir solo al váter. ¿A usted no? Después de haber servido en el extranjero, uno aprende a proteger su esfera privada. ¿O traen algo por escrito?

—¿Se refiere a una autorización de registro o a una orden de detención? Creo que podríamos conseguir las dos cosas —gritó Weber sin darse la vuelta. Feller levantó una ceja en un gesto de desaprobación. Solo un breve instante. Su expresión recuperó la neutralidad enseguida.

—Estaba pensando más bien en una orden de aseo —respondió Daniel.

Se notaba a la legua que Weber estaba absolutamente furioso. Probablemente había tenido que trabajar durante años para controlar hasta cierto punto los arrebatos de ira. A Daniel nunca le había gustado patrullar con

tipos como ese. Eran un riesgo para la seguridad personal cuando llevaban uniforme y un arma cargada y preparada para disparar.

—Solo tenemos unas cuantas preguntas que no queremos hacerle en el jardín, delante de sus vecinos —dijo Feller.

—¿Eso significa que antes puedo ir a hacer pis?

—En ningún momento hemos tenido la intención de impedirselo.

—En su lugar, yo apostaría a Weber ante la puerta de la terraza. Por el riesgo de fuga.

—Eso déjemelo a mí.

No fue hasta que hubo cerrado la puerta de un portazo que Daniel se dio cuenta de que, en efecto, necesitaba urgentemente vaciar la vejiga. Camino del baño, pasó junto a la estación de carga del teléfono. La lucecita roja estaba parpadeando. Daniel pulsó el botón del contestador automático y una voz robótica dijo:

«Ha recibido una llamada a las dos horas cincuenta y tres minutos.»

Mierda, pensó Daniel. ¿Quién me ha llamado en plena noche mientras estaba tendido inconsciente en medio de la calle?

—Dile a la policía que estabas en mi casa.

Solo una frase antes de volver a colgar.

Era la voz de Melanie.

Daniel pulsó la tecla de repetición.

Una vez más, se oyó la voz de Melanie.

—Dile a la policía que estabas en mi casa.

Daniel fue corriendo al baño. Realmente era muy urgente. Mientras expulsaba la cerveza y el frío de la noche anterior, cogió la revista de juegos de ordenador que tenía junto al aseo y la abrió al azar. Un juego militar de disparos en primera persona, que presuntamente era superauténtico y transcurría en la guerra de Afganistán, había obtenido la máxima valoración posible. Y una distinción por su «atmósfera especial». Daniel no pudo evitar reírse. Regresó al teléfono y pulsó de nuevo el botón del contestador automático.

—Dile a la policía que estabas en mi casa.

Después de repetirlo, borró el mensaje.

Podría ser amor. O tal vez otra cosa. Una trampa, tal vez. ¿Podía confiar en

Melanie? ¿Y cómo lo sabía? O mejor dicho, ¿qué sabía exactamente?

Daniel cogió el teléfono para llamar a Melanie. ¿Por qué querría protegerlo? ¿O tal vez sería mejor llamar a Timo? Lo conocía mejor que nadie. Seguro que también tendría una opinión acerca del extraño comportamiento de Melanie. Por instinto. Timo tenía buen instinto. O mejor sería llamar primero a uno y luego al otro. A Timo y a Melanie. Pero tenía que ser breve. Aunque los que esperaban fuera no tenían ninguna orden de detención, podía pasarse tanto rato como quisiera telefoneando. Las dudas dieron paso al dolor que le recorría la columna vertebral y Daniel dejó el teléfono de nuevo en la estación de carga. Si el teléfono estaba pinchado, solo conseguiría delatarme, pensó Daniel. ¿Cómo puedes pensar que podrías delatarte? No eres un asesino, simplemente estabas en el momento equivocado en el lugar equivocado. Y has intentado ocultar algo. Has ocultado pruebas. Te has comportado como lo haría un asesino. Por instinto. Ante el tribunal tal vez dirían «con sangre fría». Al pensarlo se dio cuenta de la sangre fría que llegaba a tener en realidad. Una noche sobre el frío asfalto le había dejado los huesos entumecidos. Se echó por encima la chaqueta deportiva negra. Impermeable y con costuras selladas. Cortavientos y extremadamente transpirable. Con una chaqueta como aquella uno podía enfrentarse a cualquier tiempo. Y a cualquier día. De haber llevado puesta esa chaqueta la noche anterior, cuando estaba tendido en el suelo, tal vez no me crujirían tanto las articulaciones del brazo, pensó Daniel.

Fue hacia la puerta. Los dos policías seguían allí, uno al lado del otro, sin mediar palabra.

—Pero si no ha apostado al señor Weber ante la puerta trasera.

—Gracias por el consejo —respondió la inspectora jefe Feller—, pero confío en usted. ¿Acaso no debería?

—Claro, claro que sí.

—¿Ha terminado, pues?

—Sí. ¿Puedo ir en bici?

La sangre se acumuló en la cabeza de Weber. Se le hincharon algunas venas que hasta entonces habían permanecido invisibles. Weber dio un paso en dirección a Daniel, pero Feller lo detuvo tocándolo levemente en el brazo.

—Claro —dijo ella.

* * *

En las series policíacas de televisión los interrogatorios suelen tener lugar en salas mayoritariamente oscuras, sobredimensionadas, sin ventanas y vigiladas por cámaras. En una pared de la sala hay colgado un espejo enorme y, desde detrás, los policías pueden observar a los testigos para saber cómo se comportan mientras están sentados frente a una mesa de dimensiones también excesivas. Daniel nunca había tenido claro qué sacaban de observarlos desde detrás del espejo.

La realidad era distinta. La inspectora jefe de policía Feller y el inspector Weber compartían un despacho minúsculo. Dos puestos de trabajo, cada uno con su ordenador, que sin duda no eran precisamente nuevos. A través de dos ventanas que ofrecían una buena vista hacia una amplia carretera de salida. Los conductores que conocían bien la ciudad frenaban y pasaban a la velocidad prescrita cuando se acercaban a la comisaría de policía. El resto de conductores los adelantaban sin miedo. Daniel pensó que a la oficina no le iría nada mal otra capa de pintura y mobiliario nuevo. El escritorio debía de ser del paleozoico, como mínimo. Feller y Weber miraban fijamente a Daniel con expectación. Todavía no le habían preguntado nada. Daniel estaba sentado en una silla de madera bastante incómoda. Al menos eso sí era como en las películas. En el lado de Feller había un gran calendario colgado en la pared con la imagen de una estatua de Buda envuelta por las raíces de un árbol en Tailandia. El calendario del Bayern de Múnich con una foto de Bastian Schweinsteiger conduciendo el balón que estaba en el lado de Weber no podía competir con el de Feller.

—¿Qué hizo usted ayer hacia las seis de la tarde? —preguntó Weber.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Podría limitarse a responder. ¿O tiene usted mala conciencia?

Daniel se volvió hacia la inspectora Feller.

—¿Cree que sería mejor consultar con un abogado?

—Eso depende de usted.

—Yo prefiero la foto de la estatua de Buda. Los cristianos no habrían permitido que un árbol se tragara una cruz de piedra. Como mucho, dejarían que quedara cubierta de musgo. Y los talibanes dinamitan las estatuas de Buda que encuentran.

Weber cogió un bolígrafo del escritorio y volvió a dejarlo de inmediato.

—¿Qué es esto? —bramó—. ¿Intenta tomarnos el pelo o qué?

—No pienso hablar con usted. Es fan del Bayern y no tiene ni idea de lo que es el budismo.

Weber se levantó de la silla de un respingo, pero enseguida se dio cuenta de que no sabía que hacer a continuación.

—Su terapeuta, el doctor Hamann, ayer fue víctima de un crimen violento —dijo Feller.

Weber seguía de pie, desamparado tras su escritorio.

—O sea, que está muerto —dijo Daniel. De repente tuvo que alejar de su mente la idea de que no se le daba bien mentir. Durante su matrimonio con Melanie le había sido infiel una vez, una sola noche, pero había sido una completa catástrofe. Las excusas nunca habían sido su especialidad.

—Yo no he dicho eso —respondió Feller.

—Pero estamos aquí sentados, tan solemnemente. Esto ya lo conozco. Tanta solemnidad significa que alguien ha muerto.

—Así es. Está muerto.

Weber se sentó de nuevo. No parecía precisamente satisfecho.

—No parece que le afecte demasiado —dijo Feller.

—Como soldado, uno se acostumbra a las pérdidas. No, en realidad no. De hecho, la terapia del doctor Hamann era por eso. Tenía unas cuantas herramientas para afrontar la muerte, trucos psicológicos muy estudiados. Vas tirando, pero sigues llevando la mierda pegada de todos modos.

—¿Dónde estaba ayer hacia las seis de la tarde?

—Primero fui a dar una vuelta en bicicleta. Hacia las seis estaba con mi mujer.

—Se refiere a su exmujer?

—Bueno, todavía no estamos divorciados.

—¿Cuál fue el motivo de su visita?

—Tenemos una hija en común. De vez en cuando es necesario que haya un poco de comunicación.

Weber se inclinó hacia delante y miró fijamente a Daniel.

—No creo ni una sola palabra de lo que dice —dijo el policía—. En la agenda de visitas del doctor Hamann está escrito su nombre. Ayer. A las seis.

Daniel se encogió de hombros.

—Pero cancelé la cita.

—¿Por teléfono?

—No, en persona. Pasé un momento con la bicicleta. Por la mañana.

—¿Dónde estaba ayer hacia las seis de la tarde?

—Ya se lo he dicho. Estuve con Melanie.

Weber resopló. Las aletas nasales le vibraron y se le hinchó una vena de la frente. Reaccionaba enseguida.

—Por favor, verifíquelo —dijo Feller.

Weber se levantó y salió del despacho.

Daniel se dio cuenta de que había caído en la trampa. Melanie sólo tenía que negar lo que él había afirmado y dejaría al descubierto toda una cadena de indicios. Al fin y al cabo, el principal sospechoso seguía siendo él. Pero ¿Melanie tenía motivos para vengarse de él? ¿Realmente los tenía? Daniel empezó a sudar bajo la chaqueta deportiva, por muy transpirable que fuera.

Feller siguió mirando fijamente a Daniel.

—¿Le interesan las religiones? —preguntó al fin.

Daniel se encogió de hombros.

—Es una especie de guerra de religiones, lo que tenemos ahí abajo. Es inevitable que se vea de ese modo. Los talibanes saben exactamente el motivo por el que luchan. Nosotros, en cambio, no siempre lo tenemos tan claro.

Feller asintió como si hubiera quedado satisfecha con la respuesta.

—¿Qué tipo de relación tenía usted con el doctor Hamann?

—Me ayudaba.

—Desde el teléfono del doctor se realizó una llamada más o menos en el momento de la muerte. Por eso hemos acudido a preguntarle a usted en primer lugar.

—¿De verdad?

—Alguien utilizó el teléfono para marcar el número que usted nos dio ayer.

Feller levantó una funda transparente con una hojita de papel de color rosa. Daniel reconoció enseguida su propia letra.

—¿Puede explicármelo?

—Timo vivió lo mismo que yo. A algunos les cuesta menos superar los

traumas que a otros. Tal vez había vuelto a llamar al doctor Hamann.

—Pero Timo vive muy lejos de aquí. ¿Por qué tenía que recurrir precisamente al doctor Hamann?

—Yo se lo recomendé. Y Timo sabe que siempre puede pasar la noche en casa.

Feller se puso de pie.

—¿Sabe cuál es la próxima imagen del calendario? Resulta que es una extraña coincidencia.

La inspectora jefe Feller levantó la imagen actual y leyó el pie de foto de la que quedaba debajo:

—«Mujeres con velo cerca de Sanaa. Yemen.» Yemen entre paréntesis.

Las mujeres iban completamente tapadas, hasta los ojos. Era imposible determinar si estaban aterrorizadas por la cámara o si estaban flirteando con ella.

Feller dejó caer de nuevo la foto que ilustraba ese mes. Buda seguía allí impassible. La inspectora se sentó de nuevo.

—Hemos llamado a su amigo Timo. Por supuesto, el resultado nos sorprendió después de la información que nos había dado usted.

—No comprendo a dónde quiere llegar.

—Timo Fuchs murió durante un ataque en Afganistán.

Daniel negó enérgicamente con la cabeza.

—No, eso no es cierto. Deben de haber hablado con otro Timo.

—Usted era su superior y participó en el ataque en el que perdió la vida el señor Fuchs. Se desangró en sus brazos.

Daniel se mordió con fuerza el dedo índice para asegurarse de que no estaba atrapado en una pesadilla. Cuando se quitó el dedo de la boca, el mordisco empezó a sangrar.

—Eso no puede ser cierto. Hablo con él por teléfono regularmente. Deben de haber hablado con otra persona.

Feller abrió un archivador que tenía al lado, sacó un fax entre un montón de papeles y lo dejó sobre la mesa para que Daniel pudiera leerlo.

—Esta es la respuesta a la pregunta que dirigimos al ejército de la República Federal de Alemania.

—No quiero leerlo —dijo Daniel—. Esto no es más que un truco. —

Daniel cogió el documento y lo rasgó por la mitad. —No tengo porqué leerlo.

—No era más que una copia. Tal vez sí debería procurarse un abogado —dijo Feller con gesto impasible.

—¡Timo no está muerto! —gritó Daniel—. Esto es un sucio método de interrogatorio. Nada más que eso.

—El número fijo al que llamó ayer está fuera de servicio desde hace meses.

Feller cogió el teléfono inalámbrico de la estación de carga.

—¿Quiere comprobarlo usted mismo?

Detrás de Daniel, de repente se abrió una puerta por la que entró Weber. Malhumorado, se sentó enseguida en su silla.

—Su exmujer ha confirmado la declaración.

—Sigo casado con ella —dijo Daniel.

—Su mujer ha confirmado las declaraciones —se corrigió Weber.

Feller frunció los labios. Eso Buda no lo habría hecho jamás.

—¿Quieren algo más? Me gustaría marcharme.

Weber se inclinó hacia delante.

—Sí. ¿Le importaría dejarnos aquí su cuchillo?

—Tengo muchos cuchillos. Uno para cortar el pan, porque no me fío de las máquinas para cortar el pan. Y uno pequeño que compré en el mercadillo que va muy bien para los tomates. Y por supuesto tengo también una pequeña navaja suiza

Weber recurrió a su archivo y le plantó encima de la mesa una foto a Daniel.

—Sabe perfectamente de qué cuchillo estoy hablando. ¿Tiene un cuchillo como éste? Es un cuchillo de combate de la OTAN. Plano, ligero, equilibrado. Con la hoja de acero inoxidable revestida de negro. Con el filo dentado en la parte posterior.

Daniel cogió la foto y la examinó.

—¡No, no me responda! —dijo Weber con el dedo índice levantado—. No sería justo si no le doy antes otra información. Tenemos a varias personas que pueden atestiguar que posee usted un cuchillo como ése.

—Era un cuchillo fantástico, pero lo perdí.

—¿Dónde?

—Ni idea. Si lo supiera ya lo habría recuperado.

—Un cuchillo de más de treinta centímetros no se pierde así como así.

—Una persona normal, no. Pero yo soy una persona psíquicamente inestable.

Weber cogió de nuevo la foto del cuchillo y la examinó un momento antes de volver a guardarla en el archivo.

—Encontraremos el cuchillo.

Daniel asintió.

—Bien —dijo—. ¿Me lo devolverán cuando hayan terminado con las investigaciones?

* * *

En el monte, Daniel no cedió. Intentó mantener la velocidad e ignoró las contusiones que querían frenarlo, así como el dolor en los alvéolos pulmonares y la rebelión de sus vértebras lumbares. Iba como un loco. Como un loco que acababa de enterarse de que los cimientos de su maltrecha psique estaban más podridos de lo que había creído. Las gotas de sudor le caían de la frente y se le metían en los ojos. Cuesta abajo, el viento que le venía de cara enfrió el sudor hasta que tuvo la sensación de tener una piel metálica. *Ironman*, pensó Daniel. Se tumbaba en las curvas y, a continuación, se ponía a dar pedales de nuevo. Frente a una casa elegante con un invernadero sobredimensionado frenó con tanta fuerza que la rueda trasera le derrapó y tuvo que controlar la bicicleta sacando un pie. Era la casa en la que Melanie vivía con Rainer. Y, por supuesto, con Lea. Daniel todavía no había estado nunca allí, pero había visto el nuevo domicilio fijo de su esposa y su hija en el portátil de Maik. Varias veces. Google Earth te da la sensación de haber estado en lugares en los que no has estado. O al menos te da una idea aproximada de cómo podría ser el mundo si no cambiara continuamente.

Maik le había dicho «no conduce a nada que te pases todo el tiempo mirando la imagen aérea» antes de cambiar la música. Al menos la casa estaba pixelada en Street View. Eso ponía un freno natural a aquella ventana digital que te permitía ver el mundo entero a pie de calle.

Daniel dejó la bicicleta apoyada en la cerca del jardín. Mejor dicho, la dejó caer contra la cerca. Ni siquiera se molestó en ponerle el antirrobo. Fue

corriendo hacia la entrada y llamó al timbre. Cuando Melanie abrió la puerta, Daniel vio enseguida que había estado llorando y sintió el impulso de consolarla. O, si no se lo permitía, al menos de protegerla. Estuvo a punto de abrazarla. Melanie cogió a Daniel por un codo y lo hizo entrar en casa antes de cerrar la puerta rápidamente. Como si quisiera deshacerse de alguien que la perseguía.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Daniel.

—Lea ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Ayer no volvió a casa después de la clase de guitarra

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, para exculparte.

De repente, ella le dio una sonora bofetada, llena de rabia, tan fuerte como pudo.

—Debemos avisar a la policía enseguida —dijo Daniel.

—Pero ¡me matará! —gritó Melanie.

—¿Quién?

—Quien llamó por teléfono.

—¿Quién llamó?

—El secuestrador.

Daniel se dio cuenta de que su respiración se había quedado atascada en alguna parte indeterminada de su cuerpo. Le dio un abrazo a Melanie a pesar de haberse propuesto no hacerlo. Simplemente sucedió. A ella las lágrimas le caían por el cuello hasta la camiseta. Daniel no sabía qué hacer con su respiración. Había dejado de funcionar.

En algún momento, Daniel se sintió, como mínimo, capaz de controlar de nuevo los músculos, que habían pasado unos minutos temblando. Se apartó de Melanie.

—¿El tipo ha exigido algo?

Melanie frunció los labios con desdén.

—Eso deberías saberlo tú mejor que nadie. Quería que te proporcionara una coartada. Ayer por la tarde estuviste en mi casa, ¿verdad? Al menos eso es lo que tenía que explicarle a la policía.

Daniel intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía la garganta obturada. Y el

cerebro también. No comprendía absolutamente nada.

—No eres un amuleto de la suerte, precisamente —dijo Melanie.

—No, no traigo buena suerte.

—¿Qué has hecho? ¿Con qué tengo que contar?

—No lo sé.

—¿Qué has hecho?

Melanie golpeó frenéticamente el pecho de Daniel mientras le gritaba, pero cuando se quedó sin aire y tuvo que respirar, dejó caer los puños, aunque sin dejar de temblar. Por un momento, Daniel no estaba seguro de si era Melanie la que vibraba o si era la casa, el barrio, el mundo entero. A continuación, ella contuvo el aliento y se quedó completamente quieta hasta que fue capaz de expulsar de nuevo todas aquellas lágrimas que había podido reprimir unos momentos antes. Daniel no sabía qué hacer. Intentó acariciarle el pelo, pero Melanie agitó categóricamente la cabeza, por lo que acabó metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones. Me gustaría echarme a llorar, pensó, pero debo comportarme como un profesional. Odiaba esa formación que había recibido. No hacía más que mover las manos dentro de los bolsillos. Melanie se secó las lágrimas del rostro con la manga.

—¿Dime que no tienes nada que ver con esto! —le exigió ella con urgencia.

—¿Con qué?

—Que no has secuestrado a Lea.

—No.

—Dime que no le harás nada pase lo que pase.

—Yo nunca le haría nada a nadie.

—Di otra vez «nunca».

—Nunca.

—¿No tienes nada que ver con esto, pues?

—Yo quiero a Lea.

Melanie sacó un móvil del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió a Daniel.

—He encontrado este móvil en el buzón esta mañana. Dijo que te llamaría. Quiere hablar contigo. Que si se lo llevas a la policía...

—No iré a la policía.

—... entonces ...

—Tranquila. Recuperaré a nuestra hija.

Melanie se pasó las manos por el pelo y se arrancó unos cuantos cabellos que se le quedaron enredados entre los dedos.

Daniel examinó el móvil. Era un teléfono libre, de los que podían comprarse en cualquier tienda. Le temblaban los dedos. Se equivocó unas cuantas veces al tocar las teclas. Llevaba una tarjeta SIM de prepago sin saldo. Con el pulgar sacó la tapa de la parte trasera del teléfono móvil y quitó la batería. La tarjeta SIM era extranjera, de algún operador telefónico búlgaro. La numeración que llevaba grabada estaba arañada y tachada con rotulador de manera que no pudiera leerse.

—He intentado llamar con el móvil a nuestro teléfono fijo para almacenar el número —dijo Melanie—, pero...

—El cabrón es demasiado listo como para no pensar en eso. Lo ha preparado todo muy bien.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Melanie.

—Si tengo la ocasión, matarlo —respondió Daniel.

—¿Matarlo? —Melanie soltó una breve carcajada histérica. —Si la tuviera yo, la ocasión, le arrancarí los ojos y los huevos en vivo, a ese hijo de puta.

—Sí —dijo Daniel—, pero será mejor que nos tranquilicemos.

—¿Que nos tranquilicemos? ¿Cómo quieres que nos tranquilicemos? ¡Han secuestrado a nuestra hija!

—Sólo podemos esperar.

Todavía estaba pronunciando la palabra ESPERAR y ya le pareció insoportable. Melanie tragó saliva.

—Yo ya llevo esperando una noche entera. Tú todavía no sabes lo que es esperar tanto.

A Melanie empezó a temblarle la mandíbula, el cuerpo entero, y rompió a llorar de nuevo. Debería volver a golpearme, pensó Daniel. Entonces todo sería más sencillo. La culpa es mía. La culpa es mía. La culpa es mía. Daniel le pasó la mano por el pelo y esa vez ella no se apartó. Fue extraño. Que no se apartara, quiero decir. La culpa es mía.

—Tengo que hacerte una pregunta tonta. ¿Timo está realmente muerto?

—¿A qué viene eso ahora? No pudimos hablar de eso durante meses.

—¿Entonces es verdad que está muerto?

—¿De dónde crees que sale tu trastorno postraumático? De toda esa mierda.

—Lo había olvidado.

—¿Olvidado? ¿Cuánto tiempo pasaste presionándole la aorta? Tuvieron que arrancarte su cadáver de los brazos.

Daniel asintió.

—De acuerdo. No volverá a ocurrirme algo así.

Melanie tragó saliva y luego dejó escapar un grito que llevaba tiempo reprimido en su garganta.

—Lo perderé todo. Mi pobre niña...

Daniel cogió a Melanie por los hombros con las dos manos y la sacudió levemente hasta que Melanie clavó los ojos en los de él.

—Sí, soy un perturbado, un chiflado, pero me las apaño para ir tirando. Y soy su padre. Nadie mejor que yo para esta misión.

Al mismo Daniel le sorprendió la calma con la que lo había dicho.

—No puedes pensar correctamente.

—Pero sí puedo sentir.

Cuando Daniel se montó en la bicicleta no sentía más que miedo. No quería ver más muertos. Y por encima de todo no quería ver niños muertos. Menos aún, su hija. Los niños no mueren delante de los padres. En los países desarrollados, no. Donde reina la paz, no. En toda su vida no había sentido jamás tanto amor como en esos momentos. Si realmente se escondía una parte enajenada de su personalidad tras todo ese sufrimiento, estaba decidido a mandarla al infierno. No tendría compasión. Ni consigo mismo ni con los demás.

Con cada pedalada crecía su resolución. De acuerdo, su alma había quedado destrozada por las bombas, pero sus músculos estaban a punto. Y tenía el cerebro despejado, quién sabía hasta cuándo. No volvería a llamar a Timo. No bloquearía más la línea, las sinapsis. ¿Cuánto pensaba tardar en sonar el maldito móvil?

El secuestrador quería estar a solas con él. Con mucho gusto, pensó Daniel. Jamás había querido matar a nadie, ni siquiera como soldado. Pero en esos momentos era distinto.

Para calmarse, susurró para sí mismo las siete virtudes del samurái mientras sus piernas se encargaban de dar pedales:

Gi - La decisión correcta surge de la calma del espíritu.

Yu - Coraje, Mut, valor y heroísmo.

Jin - La compasión, el amor y la benevolencia.

Rei - El respeto y la buena conducta.

Makoto - La sinceridad absoluta.

Meiyo - La gloria y el honor.

Chugi - El sentido del deber, la lealtad y la entrega.

A los transeúntes debía de darles mala impresión ver a un ciclista hablando solo, pero a Daniel le daba igual.

Un verdadero samurái tenía que librarse de cualquier tipo de temor y no tener apego alguno a la vida. A él le daba igual si su último día iba a ser ése o el siguiente. Su predisposición a matar tenía que ser tan firme como su predisposición a morir.

* * *

Daniel llamó al timbre. Nada. Llamó de nuevo y esa vez dejó el dedo apoyado en el timbre más tiempo. No se oía música. Cuando Maik estaba en casa, siempre sonaba música. Esperó medio minuto antes de sacarse el llavero de AC/DC de Maik del bolsillo de los pantalones. Se puso en cuclillas e intentó atisbar algo a través del cristal, por la estrecha rendija que dejaba la bandera pirata respecto al marco de la puerta. Sólo pudo divisar el papel pintado del pasillo. Metió la llave en la cerradura con cuidado. Hizo bastante ruido, pudo oírse por todo el piso. Daniel abrió la puerta poco a poco.

—¿Maik? —preguntó con recelo en dirección al pasillo. No había nadie. Daniel caminó sin demasiada decisión por el suelo de PVC. No se oyó ningún crujido como los que cabría esperar en un momento como ése. Entretanto ya contaba con encontrar cadáveres en todas partes.

—¿Maik? —preguntó Daniel una vez más después de haber avanzado un par de pasos por el pasillo. Nada. En alguna parte se oía un leve zumbido. El ruido todavía le daba un aire más abandonado al piso, más negativo. Daniel

sacó la navaja suiza y abrió la hoja grande. Poco a poco, recorrió el pasillo. Los pósteres parecían tener vida propia. Ian Curtis lo miraba con lástima desde arriba. ¿Hasta dónde piensas llegar?, le susurraba con la mirada. Los Blues Brothers seguían cada uno de sus pasos tras los cristales de las gafas ahumadas y bromeaban a su espalda. El enorme pez del cartel de Giant Sand nadaba de un lado a otro por el pasillo. Aquel piso era un maldito acuario y sus pasos quedaban mitigados bajo el agua. Como si no hubieran tenido lugar. Como si el agua se opusiera a cada uno de sus movimientos.

La mesa de la cocina podría haber sido la de una ciudad fantasma que hubiera sido abandonada de la noche a la mañana. Tal vez a causa de una inundación. Arqueología subacuática. El desayuno todavía no estaba recogido. Había una taza de café, un tazón de muesli y un cenicero. Daniel buscó el origen del zumbido en el salón. El portátil estaba en modo de espera. La luz del sol entraba por la ventana. Las motas de polvo flotaban por encima de la mesa del salón, como plancton.

Daniel temía entrar en el dormitorio. Abrió la puerta poco a poco. No había ningún cadáver en la cama, como tampoco había rastros de sangre por ninguna parte. Sobre la mesita de noche había *Los cantos de Hyperion* de Dan Simmons. Maik lo estaba leyendo por segunda vez. Decía que era el libro que se llevaría a una isla desierta. A Daniel le habría gustado tener la capacidad de concentración necesaria para poder leer un libro tan grueso como aquel, pero la había perdido en una operación militar en el extranjero. Le habría gustado tener un libro que llevarse a una isla desierta.

De repente se oyó un fuerte chirrido, como si alguien hubiera apretado un patito de goma junto a su oído. Daniel se dio la vuelta y recordó que todavía tenía la navaja en la mano. Volvió a oír el chirrido. El móvil. Qué tono de llamada más estúpido. Sacó el móvil del bolsillo y pulsó «Aceptar».

—Hola —dijo Daniel.

—Sólo quería asegurarme de que tenías el móvil.

Daniel oyó un fuerte crepitar. La voz estaba distorsionada. Cualquiera podía bajarse de internet un divertido programa para distorsionar voces. Era la misma distorsión que en *Saw*. Un distorsionador de voz era todo lo que un buen acosador necesitaba. O un buen secuestrador. Daniel odiaba internet.

—¿Qué quieres que haga?

—Nada. Esperar.

Un chasquido.

—¿Hola?

Había colgado.

Daniel se metió el móvil de nuevo en el bolsillo y cerró la navaja suiza.

—Voy a acabar contigo, cabrón —dijo en voz alta.

Por fin, el piso dejó de parecerle un acuario.

Daniel decidió no esperar a Maik y coger el portátil para empezar a buscar en Google.

Los boletines de prensa.

Las chicas muertas.

Sus parejas. Todos ellos tenían un número increíble de entradas en Facebook antes de los asesinatos, mientras que luego no habían escrito nada. Ninguno de ellos había vuelto a cambiar el estado.

Buscar en internet se había convertido en algo rutinario para Daniel.

De nuevo, las chicas muertas. En las fotos aparecían llenas de vida. internet no olvida nada. Daniel tenía que pensar en Lea. Ella seguía viva. Tal vez. Ojalá. Tenía que seguir con vida. Con sólo pensar en ello, Daniel tuvo que vomitar en la papelera. No consiguió recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo y mirando en la papelera tampoco encontró la respuesta.

Daniel buscó las organizaciones en las que los jóvenes participaban activamente. Todos compartían algún vínculo, pero no acertaba a comprender qué era lo que no encajaba. Un temor profundo se había instalado en su sistema operativo. Temía enterrar a Lea. Ante esa idea, la de morir le pareció de lo más prometedora. Si ese hijo de puta vuelve a llamar, le propondré un intercambio, pensó Daniel.

Pero el hijo de puta no llamaba.

«Tú todavía no sabes lo que es esperar tanto» le había dicho Melanie. En esos momentos comprendía lo que había querido decir. Aunque él había tenido que esperar muchas veces. Esperar la orden para entrar en acción, esperar refuerzos, esperar la ambulancia. Pero alguien había decidido que Daniel todavía no había esperado lo suficiente. En esos momentos estaba aterrorizado por lo despacio que pasaba el tiempo, pero vociferar no servía de nada. Era para volverse completamente loco. No podía perder la paciencia por nada del

mundo. Cualquier paso en falso pondría en peligro a Lea. Todo era territorio minado.

Daniel siguió buscando en Google frenéticamente. Deseó poder levantar el motor de búsqueda como si de una caja de embalaje se tratara, para poder darle la vuelta y agitarlo hasta que cayera todo lo que contenía.

Siempre las mismas fotos, los mismos boletines de prensa. Lo único que cambiaba era la velocidad con la que Daniel accedía a todo ello, cada vez más rápido.

Daniel se puso de pie y fue hacia la cocina para coger una cerveza. Decían que la cerveza favorecía la concentración, que calmaba. Y él necesitaba calmarse. Tal vez le ayudaría a pensar.

En la puerta del frigorífico vio los imanes adheridos:

Homer Simpson. *Me Hungry*.

Un saltamontes verde.

Un hombrecito de semáforo de Alemania del Este. Andando, también verde.

Las letras magnéticas de diferentes colores que formaban la palabra HisT0Ry.

Un adhesivo de una *pin up*. Una rubia con el pelo recogido y las tetas grandes enjabonando un Cadillac de los años cincuenta. Con muchos cromados, un gran alerón trasero y, por supuesto, unas grandes tetas.

El frigorífico por sí solo daba para una conversación.

Daniel abrió la puerta del frigorífico, sacó una botella de cerveza y utilizó un abridor que estaba colgado en la pared junto al frigorífico. Daniel esperó hasta que tuvo abierta la botella para cerrar el frigorífico. Un verdadero despilfarro de energía.

Su mirada recayó de nuevo en las letras multicolores. Desde la última vez que Daniel había estado en el piso, el orden había cambiado. Tal vez no fuera más que una coincidencia.

HisT0Ry.

Maik sabía que le interesaba la historia. ¿Era un mensaje?

Daniel tomó un trago de la botella de cerveza y le sentó bien enseguida.

Si realmente era un mensaje, no es que fuera muy clarificador. Para llegar a la conclusión de que toda esa mierda tenía que ver con la historia,

posiblemente con la suya propia, Daniel no necesitaba telegramas de frigorífico. Afganistán. Historia de mierda. Por supuesto, tenía que haber algo más. Probablemente dentro de doscientos años el History Channel dedicaría una serie de diez episodios a la guerra de Afganistán. Con un punto de vista neutral de lo que sucedió realmente. Daniel no era neutral al respecto. Sobre todo respecto a lo que sucedió realmente.

La palabra HisT0Ry estaba pegada como si fuera mugre a la puerta del frigorífico.

¿Qué había querido decir Maik con eso? ¿Era una especie de código?

Daniel bebió otro trago. La cerveza iba tensando poco a poco su concentración. Era como un tratamiento de *botox* para el cerebro.

Con los ojos entrecerrados, Daniel contempló las letras magnéticas multicolores mientras se frotaba la barbilla. La barba le había crecido bastante. ¿Cuándo había sido la última vez que se había afeitado? ¿Antes o después de la última vez que había comido?

HisT0Ry.

Daniel regresó al portátil y accedió al historial del navegador. Ante él apareció la lista de las últimas acciones ejecutadas. Hoy. Ayer. Los últimos siete días. Los últimos seis meses. Hace más de seis meses. La red no olvida nada. Sobre todo cuando, igual que Maik, no te esforzabas en ocultar las historias propias.

Daniel hizo clic en «Hoy». Enseguida apareció el camino digital que había seguido el portátil aquel día. Las páginas visitadas desde medianoche.

Afganistán.

Afganistán.

Lleno de interés, Daniel se inclinó hacia delante.

Eran las misiones en las que había participado. Los boletines de prensa que habían hablado de ello. Un vídeo en YouTube grabado durante una fiesta en el campamento con la cámara de un móvil. Ruidoso y metálico. El sonido grabado con el móvil no se oía bien por los altavoces. Por el vocerío de los borrachos, por la cantidad de ruido ambiente. Sólo de vez en cuando podían reconocerse las canciones. Kunz. Pöhlmann. Timo. Él mismo, Daniel. Todos bailando. Bebiendo. Todo el tiempo con latas de cerveza en la mano. Los soldados siempre sacándose fotos o grabándose con el móvil. Tal vez para conservar la vida. Daniel aparece más joven en el vídeo. Más joven incluso

de lo que recordaba.

Daniel reflexionó. Otro trago de cerveza para ayudarse, sin dejar de pensar mientras bebía.

¿Por qué Maik ha estado viendo este vídeo? ¿Qué tiene que ver una fiesta en un campamento de la ISAF con tres chicas asesinadas en Alemania? ¿Con Timo Fuchs, Alexander Pöhlmann y Sven Kunz? Cuando sabías que murieron al cabo de unas semanas el vídeo parecía un maldito apocalipsis zombi. Muertos vivientes. Muertos vivientes riéndose. Sólo estaban un paso por detrás. ¿Cómo había muerto Timo, de hecho? Daniel no conseguía recordarlo. Era como si su cerebro bloqueara las imágenes del suceso.

Más adelante, el historial delataba que Maik había vuelto a buscar a las chicas muertas. En su página de Facebook, Kirsten aparecía siempre riendo. Svenja jugaba en un equipo de fútbol femenino. Anna seguía cantando una canción en YouTube. *The Ship Song* de Nick Cave.

*Come sail your ships around me
And burn your bridges down.
We make a little history baby
Every time you come around.*

Otra historia más. En internet estaba la vida entera de aquellos difuntos. Asesinados de forma incoherente en Alemania y en Afganistán. Miles de kilómetros separaban los lugares en los que habían muerto violentamente. En la aldea global seguían viviendo unos al lado de los otros. Probablemente unos milenios más tarde todavía podrían encontrarse sus restos en la red. O en lo que viniera después de la red.

Durante las búsquedas subsiguientes en internet, Maik se había concentrado en Timo, Kunz y Pöhlmann. Los tres tenían cuenta en Facebook. Igual que en la vida real, tampoco eran amigos en la vida digital. Ni siquiera tenían amistades comunes en Facebook, cuando habría sido lo más normal.

Alguien había erigido una lápida virtual para Sven Kunz y había plantado flores pixeladas, había encendido velas y había añadido un coro de ángeles. Mensajes por vídeo de su familia y amigos. Una rubia muy joven hablaba ante la cámara:

«Sé que un amor tan profundo y ardiente ni siquiera la muerte puede

romperlo. Sé que me esperarás hasta que mi tiempo en la Tierra haya terminado. Y sin embargo te echo de menos terriblemente... ¡Te quiero, amor mío!»

Una mezcla de kahal y lágrimas dibujó estigmas en sus mejillas. Justo cuando empezaba el mensaje del padre, empezó a chirriar el móvil con el tono del patito de goma. Daniel hizo clic en el botón de pausa que quedaba bajo la ventana del vídeo. El rostro del padre quedó congelado en el monitor, como si lo hubieran esculpido en la pantalla. Daniel lo miró fijamente, lleno de asombro. Estaba mirando a los ojos a un hombre al límite del autocontrol. Algo empezó a surgir en Daniel, algo oculto que había estado acechando tras el miedo.

El sonido del patito de goma volvió a sonar impaciente. Daniel aceptó la llamada.

—Ya sé quién eres, hijo de puta.

—Mejor —respondió la voz distorsionada del teléfono—. Ya debes de saber porqué muere la gente. Mueren por tu culpa.

—Eres tú quien los mata.

—Bueno. Y si es así, ¿qué?

—Lea no tiene nada que ver en esto.

—¿Quieres volver a ver a tu hija?

—Sí.

—Entonces dime que eres culpable.

—Soy culpable. Eso lo habría admitido aunque sólo me lo hubieras preguntado. Sin necesidad de matar a tanta gente.

—Se lo merecían todos. Será mejor que sigas mis instrucciones al dedillo si quieres volver a ver a tu hija. Pero ven solo. Y enseguida. Sin rodeos. No llames a nadie, te estoy vigilando. Ven solo. Ya has visto las terribles heridas que puede causar un cuchillo de combate de la OTAN. Sería una lástima, con esa cara tan bonita que tiene Lea. Si veo u oigo algo sospechoso, le alargaré las comisuras de la boca hasta las orejas.

—Voy en bici. No puedo traer a un equipo de asalto conmigo.

—Y no vayas a hacerte el héroe.

—Tenemos que negociar.

—No estás en una posición muy favorable para negociar.

—Lea no tiene nada que ver con esto.

—Mejor dicho: no estás en posición de negociar en absoluto.

—Libérala.

—La liberaré cuando te tenga muerto delante de mí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Palabra de militar.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Eres un psicópata enfermo. Estás más enfermo que yo.

—Daniel, tranquilízate. Morirás hoy. Luego liberaré a tu hija. O no. Pero ya no te dolerá más. Ven. No tienes alternativa. Hoy es el día de tu muerte.

—Si tú lo dices.

—Ven en bicicleta hasta la instalación de reciclaje de Silberberg. Una vez allí recibirás más instrucciones. Ah, sí: sé que estás en buena forma, no deberías tardar más de veinte minutos.

Clic. Se cortó la comunicación.

Daniel se quedó mirando el móvil, luego el monitor. Siguió mirando aquel rostro congelado. Con esos ojos que lo miraban, llenos de determinación.

Daniel recorrió el pasillo. El teléfono fijo de Maik estaba destrozado. Por primera vez se odió por no llevar encima un móvil como la gente normal para mantenerse en contacto con el resto del mundo. Desde el portátil, Daniel le mandó un breve mensaje a Melanie antes de abandonar el piso de Maik. Ojalá lo leyera. El mensaje era realmente urgente.

Daniel se puso a pedalear con todas sus fuerzas. Estaba furioso. Podía morir cualquier día, no había ni una sola hora con garantía, ni un solo minuto, ni un segundo. Ése era un día para luchar.

* * *

Daniel se detuvo en el centro de la planta de reciclaje. A su alrededor la gente arrastraba grandes molduras de poliestireno, sofás mugrientos y televisores de tubo que habían sido sustituidos por pantallas de plasma. La basura de la sociedad del bienestar encontraba allí su descuidado sepelio en contenedores multicolores. Aparte de eso, poca gente acudía a aquel lugar en bicicleta y sin

basura, aunque antes de que pudiera hablar con uno de los trabajadores municipales el móvil graznó de nuevo.

—Entra en la nave —dijo el interlocutor—. En el contenedor de discos compactos hay un móvil. Deja el que tienes en la mano dentro y coge el otro. Y vuelve a salir enseguida.

El secuestrador había colgado enseguida. Daniel entró en la nave destinada a los residuos tecnológicos. En efecto, encontró un móvil entre cientos de discos compactos. Era un modelo robusto de la época en la que los teléfonos móviles todavía tenían antena retráctil. Había elegido un modelo especialmente feo para que a ningún trabajador o visitante de la planta de reciclaje le pasara por la cabeza la idea de quedárselo. Daniel miró a su alrededor, pero no consiguió ver al enemigo por ninguna parte. Silenció el móvil con el tono del patito de goma y marcó el número de llamada de emergencia. A continuación se metió el móvil con la tarjeta SIM búlgara en la capucha enrollada alrededor del cuello de la chaqueta y cerró la cremallera. Finalmente pescó el móvil deforme del contenedor de discos compactos y salió de nuevo en busca de su bicicleta. El nuevo teléfono móvil primero vibró y luego emitió un fuerte *riff* de guitarra. Daniel aceptó la llamada.

—*Highway To Hell* como tono de llamada. A eso lo llamo yo sentido del humor.

—Pues ya puedes reírte. Acércate en bicicleta a la tienda de «todo a un euro» de Köditz.

Daniel se puso a pedalear por el carril bici que llevaba hasta el valle en un eslalon continuo para evitar los boquetes de la calzada. Nadie se había molestado en reparar los daños causados por las heladas del último invierno. O del anterior.

La tienda de «todo a un euro», junto con un centro de jardinería, era el único punto de atracción del polígono industrial de Köditz. Delante del centro de jardinería, desde un autobús decorado con orquídeas pintadas retumbaban éxitos del verano. Al lado había un puesto de salchichas. En el enorme aparcamiento de la tienda de «todo a un euro» sólo había una furgoneta Renault y un Opel oxidado entre un número incontable de plazas libres.

Nada más llegar al aparcamiento, el vetusto móvil vibró de nuevo. Daniel se lo sacó enseguida del bolsillo y tiró de la antena, pero no pudo evitar las primeras notas del *Highway To Hell*.

—¡Vacíate los bolsillos! —le ordenó la voz distorsionada al otro lado de la línea.

Mientras Daniel sostenía el móvil pegado al oído con la mano izquierda, con la derecha les dio la vuelta a los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta deportiva. Dejó para el final el bolsillo en el que llevaba la navaja suiza. La sostuvo con el pulgar contra la palma de la mano mientras con el resto de los dedos volvía la tela del bolsillo del revés.

—¿Está bien así? —preguntó Daniel mientras miraba a su alrededor con cuidado. Volvió la cabeza poco a poco, si bien sus ojos se movían más rápido. No consiguió ver a nadie con prismáticos por ninguna parte, ningún coche injustificadamente aparcado cerca de allí. Nadie leyendo un periódico sentado en un banco.

—Sí, bien.

Daniel dejó caer la navaja suiza de nuevo en el bolsillo.

—Entra en la tienda. En uno de los pasillos del medio hay una jaula enorme con las mascotas del Mundial de Sudáfrica. Allí encontrarás un móvil.

—Estoy un poco hasta los huevos de tanto móvil.

Se oyeron unas risas que el distorsionador de voz convirtió en un ridículo efecto de tren fantasma.

—No hace falta que lo hagas si no quieres que te vuelva a llamar. Tampoco quiero hacerme pesado.

—No, está bien. Voy a buscar el móvil.

—Limítate a hacer lo que te he dicho si quieres volver a ver a tu hijita.

—De acuerdo.

—Y no te olvides de dejar este móvil allí. Ahora ya sabes cómo hacerlo.

—Sí, ya lo sé.

La tienda de «todo a un euro» estaba repleta de artículos procedentes de fracasos comerciales que nadie había querido comprar en su momento y entre todo aquello, una pareja de avanzada edad y una joven con peinado punk. En la caja había una cuarentona teñida de rubio platino leyendo una revista femenina. Daniel encontró enseguida la jaula con las mascotas desechadas de un mundial que ya había pasado. Un leopardo de pelaje verde con camiseta blanca. Los peluches parecían cargados de ácaros, dispuestos a provocar ataques de alergia. Daniel los revolvió con las dos manos. Encontró el

teléfono móvil en el fondo de la jaula. Era un móvil de los tiempos en los que Alemania todavía fabricaba teléfonos móviles. Daniel se llevó el teléfono y dejó el vetusto modelo de antena entre los leopardos verdes. Acto seguido, salió enseguida de la tienda. La cajera observó con aburrimiento cómo se marchaba.

El móvil sonó.

—¿Sí?

—Ve hasta la instalación de radar.

—¿Qué quieres que haga allí?

—Limítate a obedecer.

Daniel regresó a la instalación de radar, más allá de la planta de reciclaje a través de un barrio residencial de nueva construcción, por caminos vecinales. Siempre al límite, tan rápido como podía. Daniel se limitó a dar pedales sin reparar en el paisaje. Cuando hubo cruzado el pequeño bosque al que todos llamaban simplemente «el bosque del ejército», se detuvo. Desde lo alto, Daniel pudo contemplar un panorama de civilización humana: un cementerio de coches, un matadero y la instalación de radar. De derecha a izquierda. La instalación de radar, con sus torres y sus cúpulas parecía una de esas colonias que se imaginaron en los años sesenta para Marte. Era una reliquia de una época en la que todavía prometían la ventaja de interceptar las conversaciones de radio de los tanques, en países que entretanto ya habían desaparecido. Hoy en día las guerras se decidían en internet.

El teléfono sonó de nuevo.

—¿Qué te parecen las vistas?

—Una mierda. ¿Qué tengo que hacer aquí? Imagino que no me estás esperando en la instalación de radar, ¿verdad?

—Sólo quería comprobar si te mostrabas dispuesto a cooperar.

—¡Me he mostrado dispuesto a cooperar todo el puto rato!

—Podría haberte seguido alguien.

—No me sigue nadie.

—Ve hasta la cantera abandonada que queda al oeste.

—De acuerdo, conozco el lugar. Me has hecho dar un buen rodeo.

—Sí, de eso se trata. Ven.

Cada vez que Daniel se ponía a pedalear, pensaba en su hija, cada vez en

una foto distinta. La que la comadrona le había hecho tras el parto. Lea pringada de chocolate el día de su primer helado. Gritando de alegría en el ti vivo. Lea disfrazada de oruga en el carnaval de la guardería. Lea con el cucurucho de golosinas que se les regala a los niños el primer día de escuela. Con mellas en la dentadura, con trenzas.

Otra vez sonó el móvil.

—¿Qué ves?

Daniel miró a su alrededor. Había llegado al valle. Un campo de colza amarillento. Un estanque de peces con una parejita de patos aburrída. A lo lejos, un generador eólico. Lo suficientemente lejos como para no llegar a oírlo.

—Nada. Un paisaje.

—Eres soldado. Tienes que fijarte en lo que se mueve.

—Dos patos en un estanque.

—Bien. Pues mira hacia allí.

Daniel miró hacia el estanque de peces. Pudo oír la respiración de su interlocutor y, de improviso, el pato macho estalló y unas cuantas plumas quedaron flotando en el aire. El cadáver quedó flotando cabeza abajo en el estanque, con una pata vuelta hacia arriba. El pato hembra salió volando, aterrizó unos cuantos metros más allá y se quedó mirando la pata palmípeda que sobresalía del agua.

Maldita sea, pensó Daniel, ni siquiera he oído el disparo.

—¿Has visto eso? —preguntó el secuestrador.

—Sí. Buen disparo.

—Cierto.

—Debe de ser un arma muy buena.

—Lo es. Continúa hasta la cantera. Y piensa en lo que acabas de ver.

Sudando por todos los poros, Daniel llegó a la cantera. Jamás había ido tan rápido en bicicleta. Estaba en buena forma, tenía buena capacidad de resistencia. Al fin y al cabo, el entrenamiento diario no sólo era beneficioso para la mente. Daniel apoyó la rueda en un muro de hormigón que originariamente debió de haber pertenecido a una casa, porque el muro tenía una ventana. La casa ya no estaba, sólo quedaba un muro con ventana lleno de grafitis de jóvenes que no se contentaban con dejar su nombre escrito en

internet.

Junto al empinado sendero que llevaba hasta la cantera propiamente dicha, un edificio de oficinas desmoronado ya ni siquiera recordaba la época de la explotación de diabasa. La finca estaba tan deteriorada que era difícil imaginar que hubiera visto tiempos mejores. Los primeros abedules ya se habían apropiado de los muros. El área estaba dominada por un cubo de hormigón gris. Eran ruinas industriales, un mausoleo de hormigón con aberturas que en algún momento debieron de estar cerradas por enormes puertas metálicas. Daniel se dirigió hacia uno de esos huecos, detrás le estaba esperando el enemigo. Notaba el odio en el aire y con cada paso crecía en su interior algo escabroso, una mezcla de agitación, náuseas, temblores y ganas de luchar. El estómago no hacía más que catapultar ácidos para arriba, tenía las tripas revueltas y el sudor fluía por todos sus poros. La ropa se le pegaba al cuerpo. Estaba sobrellevando fatal el miedo que trepaba por todas las fibras de su cuerpo.

Daniel entró por una de las colosales puertas de la construcción de hormigón y accedió a una gran nave por la que soplaba una corriente de aire continua. Leve, pero de una persistencia indiferente. En el medio, dos enormes ruedas de molino verticales. El polvo generado por la actividad del molino se había unido al polvo más pasivo que se había acumulado allí desde el cierre de la cantera. Más adelante había una enorme desfibradora. Una señal que advertía del peligro que suponía el suelo resbaladizo en el acceso a la máquina llamaba la atención entre el óxido. Daniel recordó las ruinas de gigantescas máquinas en un escenario de *Dune*.

A Daniel le pareció oír una respiración en lo más hondo de aquella corriente de aire. Por un momento dudó si no sería una ilusión y eran sus propios pulmones tras el esfuerzo al que se habían visto sometidos con la bicicleta. En su pecho, los alvéolos pulmonares parecían redistribuirse de nuevo. Daniel intentó tomar el control de su cuerpo. Se limpió el sudor de los ojos y contuvo el aliento. En efecto, sus alvéolos pulmonares hacían una pausa. Lo oyó. Sí, ahí estaba de nuevo. Daniel estaba seguro. Aquella no era su respiración.

—He venido solo —dijo.

Primero, nada. Luego, un susurro. Incomprensible. A continuación, una vez más, nada. Y, por fin, algo de movimiento.

Un hombre delgado, completamente desnudo, apareció de detrás de las ruedas de molino con un saco de lino. Antes incluso de que aquel hombre enjuto pudiera ponerse de pie, Daniel se dio cuenta de que era su amigo Maik. A pesar de que llevaba el pelo largo por encima de la cara y de que no podía reconocerlo por la ropa. Desnudos, todos los hombres que compartían una misma constitución física se parecían. Sin embargo, los movimientos sólo encajaban con Maik. Como si de un personaje de dibujos animados se tratara, las distintas partes de su cuerpo se movían por separado.

—Lo siento —dijo Maik.

—Yo también —dijo Daniel.

Estuvieron un rato uno frente al otro. Daniel no habría sabido decir cuánto tiempo, tal vez diez segundos. O veinte. Medio minuto. Había situaciones en las que uno querría que fuera un buen psicoterapeuta quien marcara el tiempo, por muy neurótico que fuera eso.

Maik parecía varios años más viejo. Como si alguien hubiera triturado toda su colección de discos de vinilo con un bulldozer. Tenía un aspecto lamentable. Humillado, desnudo. Con los hombros encorvados, como los prisioneros que aparecen en las fotos tras haber sufrido torturas.

—¿Y ahora? —preguntó Daniel—. ¿Qué pasa ahora? —Rainer apareció vestido con un uniforme de camuflaje apuntando a la cabeza de Maik con una pistola. Daniel reconoció el arma enseguida. Una Heckler & Koch P12.

Le habría gustado tener una igual en esos momentos, pero esa pistola estaba reservada a los francotiradores de las tropas de reconocimiento del ejército y de los comandos especiales. Precisa, robusta y con poco retroceso. Doce balas del calibre 45.

Cuando Rainer se situó junto a Maik, dirigió el arma hacia Daniel un momento. Soltó una carcajada y apuntó de nuevo a Maik.

—Como padraastro eres una mierda —dijo Daniel.

El saco que estaba junto a Maik se revolvió y de él salió un ruido ininteligible

Bien, pensó Daniel, está viva.

—Y tú como padre también —respondió Rainer—. No puedes proteger a tu hija, aunque tuviste la oportunidad de hacerlo. Yo, en cambio, no tuve la oportunidad de proteger a mi hijo.

—¿Por qué no me dijiste que eres el padre de Sven? Habríamos podido

hablar.

—Sí claro, hablar. ¿Le habría devuelto la vida a mi hijo, eso? El encargado de las pompas fúnebres nos recomendó no volver a mirar el cadáver. Mi exmujer le hizo caso, la muy zorra. Dijo que quería recordar a Sven como lo había conocido en vida. Yo pedí que me abrieran la tapa del ataúd y me quedé solo delante de él. Y vi que ni siquiera tenía cara. Podría haber sido cualquier otro, no era más que un pedazo de carne. Restos mortales. Palabras. Ésas son las cosas que se le ocurren a un tipo como Hamann. Se ponía el uniforme para hablar conmigo. Otros llevan el uniforme para luchar. Como Sven. Tú eras su superior directo y permitiste que muriera.

—Seguíamos órdenes de arriba.

—Sé quién dio la orden. Me encargaré de ellos más adelante.

—No puedes vengarte del mundo entero.

—Empezaré contigo. Tú eras su superior. ¿Y ahora qué eres? El superviviente. ¿Qué se siente al ver que mueren todos los que están a tu alrededor?

—Te sientes como una mierda. Y responsable, también me he sentido responsable de la muerte de Sven.

Rainer soltó una carcajada.

—Eres un mentiroso, pero te lo perdono. Es lo que te pasa por la cabeza cuando quieres salvar a los que tienes cerca pero... en realidad te sientes desamparado.

—No es ninguna mentira. ¿Quién sabe encajar bien la muerte, el hecho de luchar en vano?

Con un rápido movimiento, Rainer se guardó la pistola en la funda y se sacó el cuchillo de combate de la OTAN del cinturón.

—Ahora eres el responsable de estos dos. De tu hija y de tu amigo. Eres tú quien los ha metido en esta mierda. Veremos si esta vez eres capaz de hacerlo mejor.

—En cualquier caso, yo no garantizo la paz. Ni el acceso a las reservas de petróleo. Ni el orden mundial. Yo sé por quién lucho. Por la gente que aprecio.

—La lucha se ha acabado para ti. Eres un inválido. Un psicópata.

—Tal vez. Hoy comprobaremos cuál es mi grado de minusvalía.

—No hay nada que comprobar.

—Sven salió corriendo del Eagle sin más.

—Fuiste demasiado lento.

—Tal vez quería demostrarle algo a alguien.

—Deberías haber dado la orden.

—Tal vez quería demostrarle algo a su padre.

Rainer agarró a Maik por el pelo y este quedó con la garganta expuesta y tensada.

—No conseguirás nada conmigo con esa cháchara de psicólogo.

La punta del cuchillo buscó la mandíbula inferior de Maik.

—¿Dónde aprendiste a matar? —preguntó Daniel.

—En los comandos especiales. Estuve en operaciones militares en Bosnia y Kosovo. Con compañeros decentes. No sólo sobreviví, sino que todos los demás también.

—¿Por qué tuviste que matar a aquellas chicas? Ellas eran inocentes. Civiles.

—Eran putas que se habían liado con pacifistas mientras mi hijo moría por ellas, para que no tuvieran que cubrirse con un velo para salir a la calle ni morir lapidadas. No podía aceptarlo. Que se organizaran manifestaciones mientras mi hijo volvía dentro de un ataúd cubierto con una bandera. ¿Dónde queda la estima, el aprecio? Esos putos pacifistas deberían saber lo que es el dolor. Tienen que experimentarlo. Esto lo comprendes, ¿no?

—En cierto momento decidí ponerme del lado de la civilización y enfrentarme a la barbarie.

—Eres un blandengue. Y lo mejor de todo es que al final parecerá que las hayas matado tú, a esas chicas con novios pacifistas. ¿Qué esperaban de esos cagones? No consigo imaginar cómo debe de ser el sexo con pacifistas. Y en tanto que asesino en serie, a nadie le extrañará que hayas matado a tu terapeuta. Por supuesto, estaba sujeto al secreto profesional, pero ante un caso tan grave puede hacerse una advertencia anónima, ¿no es cierto? Las cosas no pintan muy bien para ti. Todos te tomarán por el asesino, aunque tu reputación ya estaba arruinada de todos modos. En la guerra fuiste un negado. Como civil, un psicópata que ha llevado a su familia al borde del abismo. ¿Qué te parece eso? A mí me parece bastante bien. Cuando se salta al campo de batalla, es necesario tener un plan. Y tú no lo has tenido en ningún momento. «El general

que gana una batalla hace muchos cálculos en su cuartel, considera muchos factores antes de que ésta se libre. El general que pierde una batalla hace pocos cálculos en su cuartel, considera pocos factores antes de que ésta se libre.»

—Sun Tzu. Conozco la cita. Su ejército venció contra otro diez veces superior.

—Uau. Un fracasado interesado en la historia. Dejaste morir a tus compañeros. No fuiste el autor ni la víctima, tan solo un testigo. Y un testigo no es nada. No vale nada. En este momento te toca ser algo. ¿Estás listo?

—Sí, estoy listo.

—Siempre intentas asegurarte una salida.

—En absoluto.

—Comprobemos si realmente estás preparado.

Rainer estaba de pie detrás de Maik, con el cuchillo en la mano, con las piernas abiertas, como los talibanes en sus mensajes por vídeo, cuando aparecen tras sus rehenes. Daniel esperaba un mensaje entonado de forma monótona, pero no hubo ningún mensaje verbal. En lugar de eso, Rainer hizo un rápido movimiento con el cuchillo. Maik chilló como un animal herido y se llevó las dos manos a un lado de la cabeza. Rainer lanzó la oreja en dirección a Daniel. Quedó a medio camino entre Maik y él. La sangre fluyó por el cuello de Maik hasta llegarle al pecho, desde donde goteaba sobre el suelo de hormigón.

—¡Estoy preparado! —bramó Daniel.

—Bien.

—¿Qué quieres que haga?

—Recoge esa oreja —le ordenó Rainer.

Daniel entró en la nave y recogió la oreja haciendo pinza con el pulgar y el índice.

—Mírala.

Daniel bajó la mirada. Era una oreja humana, la oreja de Maik. Sabía porqué lo había hecho. Con grandes letras, la palabra «deshumanización» estaba escrita en los muros de hormigón. Un graffiti cruel. Por la forma de una oreja, por sus bultos y cavidades, puede saberse de quién es. El pabellón auditivo es algo tan personal como las huellas dactilares. A menudo se

subestima hasta qué punto la forma y el tamaño del pabellón de la oreja determinan la impresión final que nos llevamos de un rostro cuando lo observamos. Rainer había desfigurado a Maik. Y lo había hecho donde más le dolía: en la parte del cuerpo que le servía para escuchar música. Rainer no había dejado lugar a dudas de que estaba preparado para hacerle algo parecido también a Lea. Algo que no sólo la hiriese físicamente, sino que le robara también el alma. A Daniel, la oreja que tenía entre los dedos le pareció indeterminada. Como un paquete de ositos de goma.

—¿Y ahora? —preguntó Daniel—. Ya la he mirado lo suficiente.

Rainer sacó la pistola de la funda y la sostuvo frente a la cabeza de Maik

—Tráemela.

Daniel avanzó unos cuantos metros. Aunque le repugnaba, extendió la mano hacia Rainer. Quería la oreja, quería salvarla, pero aquello le parecía humillante.

—Déjala delante de mí, en el suelo.

Daniel obedeció sin perder contacto visual con su enemigo. No conseguía recordar cuándo había sido la última vez que había tenido un enemigo al que conociera. Tal vez en el patio de la escuela. Rainer escupió sobre la oreja. Acto seguido, la pisó con una de sus botas y la aplastó como una colilla de cigarrillo antes de lanzarle una patada en la espalda a Maik. Este quedó gimiendo justo delante de Daniel. Había sangre por todas partes. Rainer dio un paso atrás y sacó unas esposas de un bolsillo de su traje de combate.

—Toma —dijo Rainer mientras le lanzaba las esposas a Daniel—. Átalo a la escalera de la desfibadora.

Daniel ayudó a Maik a levantarse. Por un momento, pudo verle los ojos. Maik estaba llorando.

—Luego llegará tu gran momento, Daniel. Arriba, en la plataforma de la máquina, tengo atada una cuerda de escalada para ti con un nudo de alondra. Y con un nudo corredizo todavía mejor en el otro extremo. Me han quedado de manual. Morirás ahorcado, será un suicidio en toda regla. Lo he medido bien: quedarás colgando a pocos centímetros del suelo.

Daniel llevó a Maik hasta la escalera. Le pareció extraño tocar la piel desnuda de su amigo en partes del cuerpo que no solían quedar al descubierto.

—Nos matará a todos —susurró Maik.

Daniel cerró las esposas alrededor de una de las muñecas de Maik de la

forma más holgada posible. Sin embargo, de todos modos no podría soltarse. Cuando cerró el otro extremo de las esposas a la barandilla de la escalera, se oyó un fuerte ruido metálico que sonó definitivo. Maik intentó detener la hemorragia con la mano libre. En vano. La sangre le brotaba entre los dedos. En Afganistán, a Daniel ya le había sorprendido la cantidad de sangre que tenía una persona. Aunque, por supuesto, nunca era suficiente.

—Muy bien —dijo Rainer con tono cordial—. Y ahora llegamos a la atracción principal. Tú sube por la escalera, te pones la soga en el cuello y saltas. Con eso ya tendrás lo tuyo.

Daniel se dio la vuelta y miró fijamente a los ojos a Rainer.

—Luego soltarás a Lea y a Maik.

El saco se movió enérgicamente y de él salieron sonidos ininteligibles. Lea no se había resignado.

—Por supuesto, los liberaré a los dos —dijo Rainer con una sonrisa—. En cierto sentido son prisioneros de guerra. Procederé según la convención de Ginebra.

—Tengo un último deseo.

—Esto ya parece Hollywood. No pienso concederte una última comida.

—Quiero ver por última vez a mi hija.

Rainer soltó una carcajada.

—Lo siento. ¿Cómo podría haberlo olvidado? Claro que sí, quiero que te vea. Al fin y al cabo eres su padre, tiene derecho a ver cómo te rompes el cuello. Estaría bien que te pasara eso, de lo contrario quedarás colgando en el aire con la lengua fuera. No sería bonito que la niña tuviera que ver algo así. Probablemente quedaría traumatizada.

Rainer no fue tan tonto como para enfundar la pistola. Era un verdadero profesional. Mantuvo la pistola apuntando hacia Daniel. Tenía que proceder rápidamente. Mientras Rainer sacaba el cuchillo del cinturón, Daniel aprovechó para sacar la navaja suiza del bolsillo de los pantalones y abrirla. Rainer se inclinó y cortó la cuerda que mantenía el saco cerrado y enseguida se vio el cabello de la niña. Daniel se echó a correr. Rainer lo vio por encima del hombro y disparó. La bala dio en la escalera metálica. Rainer se enderezó y Daniel saltó sobre él. La hoja de la navaja se hundió en la espalda de Rainer. Éste no gritó, se limitó a emitir un ruido sordo, como si hubiera dejado escapar un suspiro. Otro disparo y empezaron a llover fragmentos de

hormigón. Daniel y Rainer cayeron al suelo enzarzados en un estrecho abrazo. Daniel intentó enseguida apuñalarlo de nuevo, pero su contrincante lo agarró por la muñeca. Ha dejado caer la pistola, pensó Daniel, aunque antes de poder actuar al respecto el cuchillo de combate de Rainer se le clavó en el muslo.

—¡Mierda! —bramó Daniel.

—¡No lo has conseguido! —siseó Rainer antes de apartarlo con una fuerte patada. Daniel dio con la espalda en el suelo. No era el momento de mirarse la herida. Si no la miraba, retrasaría el efecto que podría tener en él. Tenía que concentrarse, ponerse de pie y correr hacia la pistola. La tenía justo delante, pero Rainer demostró ser más rápido. Levantó la pistola y la presionó contra el pecho de Daniel. El cañón de la pistola sobre la zona del corazón congeló todos sus movimientos. La vida en estado de shock.

Durante una décima de segundo, se quedaron así:

Rainer con la pistola.

Daniel con una navaja.

Entonces la niña atada y amordazada apareció en el campo visual de Daniel. Lea golpeó a Rainer con el hombro en las costillas, le hizo perder el equilibrio y soltar el arma. La pistola cayó con un ruido metálico y se deslizó por el suelo. Como cuando se golpean las bolas en la mesa de billar. Rainer se puso de pie enseguida y le pegó una patada en el estómago a Lea. Acto seguido, salió corriendo para recuperar la pistola. La puñalada en la espalda no parecía afectarle en absoluto. Daniel intentó moverse cojeando, pero la herida de la pierna no ayudaba precisamente. Rainer llegó antes a la pistola, la levantó y apuntó con ella a Daniel, que estaba de pie justo delante de él. Había estado a punto de conseguirlo, había estado a punto de hacerse con la pistola, pero a esas alturas ya casi podía notar la herida de bala. El pecho era el blanco más fácil. Un tiro en la barriga resultaba más doloroso. En la cabeza, el más rápido. ¡Zas!. Ya está. Lo más probable era que Rainer optara por dispararle en la barriga.

—Ya he tenido bastante —jadeó Rainer sin aliento.

No cerraré los ojos, pensó Daniel. No pienso cerrar los ojos por nada del mundo.

El disparo se oyó más lejano de lo esperado.

Rainer cayó de lado y se apartó así de su campo de visión hasta quedar tendido en el suelo. Lo primero que vio Daniel fue la sangre que empezó a

brotar de la cabeza de Rainer. Luego el orificio en la sien. Y antes de que acertara a comprender algo, también él cayó de lado y se llevó las dos manos a la herida del muslo.

Mientras miraba el impacto del disparo en el techo de hormigón, el rostro de su hija apareció por encima de él. Con esos ojos tan grandes, con la boca todavía amordazada. Alguien vestido con un uniforme negro, casco, y gafas de protección apareció por detrás. Darth Vader, pensó Daniel. También le pasó por la cabeza que tal vez estaba a punto de morir.

A continuación, el inspector de policía Weber lo miró boquiabierto. A Daniel siguió pareciéndole insoportable, aunque le dijo algo que no le encajó para nada con Weber:

—Quédese quieto. El médico de urgencia llegará enseguida, tan pronto como la zona quede acordonada.

Weber hizo algo con su pierna. Daniel miró hacia abajo y vio cómo el inspector le cubría la herida con las dos manos.

—Gracias —dijo Daniel.

—Usted haría lo mismo por mí —respondió Weber.

Daniel asintió.

—Sí, lo haría. ¿Me ha dado en la aorta?

—Ni idea, pero está sangrando. Será mejor que tapone la herida con la mano.

El rostro de la inspectora jefe de policía apareció también por encima de él. Se maquillaba los ojos con kaja. Hasta entonces, Daniel no se había dado cuenta de ese detalle. Era realmente guapa.

—Su hija está segura —dijo.

—¿Y Maik?

—También.

—Bien. ¿Tienen la oreja?

Weber se dio la vuelta.

—¿Alguien puede recoger la oreja?

La inspectora jefe Feller tocó a Daniel en el hombro. Probablemente para calmarlo. Y realmente lo consiguió.

—Lo de mandarle un mensaje a su mujer fue una buena idea. Hemos estado aguardando la llamada de emergencia —dijo Feller—. Ha sido fácil localizar

el teléfono móvil.

—Ese cerdo no contaba con que pudiera hacer una llamada de emergencia desde un teléfono prepago sin saldo —jadeó Daniel.

—Incluso hemos tenido tiempo de llamar al comando especial de operaciones.

—Ha sido un buen disparo.

—El compañero necesitará ayuda psicológica. A nadie le gusta matar a nadie.

—A casi nadie.

Por encima de Daniel aparecieron dos Darth Vaders más con el mismo tipo de uniforme. Luego todo se volvió oscuro a su alrededor, a su lado, por delante de él, por detrás, en su interior, y se sumergió en un reino cuya puerta brillaba resplandeciente como las alas de una mariposa antes de que la luz se apagara del todo.

EPÍLOGO

Era un bonito entorno, incluso para un muerto. Había álamos junto al muro del cementerio. El cielo se veía despejado a pesar de la tapia. Daniel estuvo mirando fijamente la lápida durante varios minutos, era de piedra natural, muy bonita. A pesar de que todavía le costaba imaginarlo, en esos momentos tenía la certeza de que los restos mortales de Timo descansaban bajo una alfombra de flores recién plantadas, pensamientos. En lugar del nombre de Timo, en la lápida podría estar gravado el suyo. Y su fecha de nacimiento. El día de su muerte no lo sabía, puesto que Timo se le había adelantado. Durante unos momentos, Daniel temió perder el equilibrio y caer de rodillas, pero Lea y Melanie intervinieron y lo sostuvieron. Su pierna herida todavía no tenía la fuerza suficiente para aguantar. Y su alma tampoco, pero en eso le ayudaba su hija. Y su esposa. Porque todavía era su esposa. Todavía no estaban divorciados.

—Bueno, vámonos —dijo Daniel.

—¿Ya está? —preguntó Melanie.

—Sí. Timo está muerto. No se puede hacer nada más al respecto. Algunos tardan incluso más en aceptar las malas noticias.

Ante la puerta del cementerio, Daniel se volvió de nuevo un momento. Sólo para asegurarse de que nadie le seguía.

Fueron en el Corsa hasta un parque de atracciones cercano. Querían pasar el resto del día allí. Algodón de azúcar, noria, montaña rusa, tobogán acuático y payasos. El tipo de cosas que se hacen con una persona traumatizada. Aunque Daniel ya no era el único traumatizado. Se volvió hacia atrás desde el asiento del acompañante y le cogió la mano a Lea. Sin dejar de sonreír, ella apartó la mano.

Al día siguiente irían a visitar a Maik, al que le habían reconstruido quirúrgicamente el pabellón auditivo en la clínica de cirugía plástica de la universidad de Erlangen.

Daniel ya se había preparado unas cuantas frases para infundirle ánimos a su amigo, del tipo:

—Cuando tengas tu oreja nueva, quedaremos para escuchar Pearl Jam en tu casa mientras nos tomamos una cerveza. Podemos sentarnos delante de la nevera y jugar a Scrabble con las letras magnéticas.

Daniel le diría algo por el estilo. Maik probablemente tendría la oreja vendada. En esos momentos no se le parecía mucho a la oreja derecha. Era un rompecabezas incompleto de hueso y tejidos que pretendía ser una oreja. Serían necesarias dos operaciones más. Tal vez tres. Durante la reconstrucción utilizarían tejidos propios para formar la estructura de la oreja. Además, los médicos le extrajeron hueso y cartílago de las costillas. A partir de la estructura, añadirían la piel, que también era suya, de la región lumbar.

—Normalmente no son necesarios más que ocho centímetros cuadrados de piel —le había explicado Maik por teléfono con el auricular en la oreja buena. Daniel esperaba que durante su visita a la clínica universitaria la venda ocultara los primeros frutos de aquella habilidad quirúrgica, de aquella obra de ingeniería sobre tejidos dañados. Una oreja en construcción.

Daniel observó a Melanie de reojo. Estaba guapa cuando conducía. Todos los movimientos equilibrados. El rostro de concentración, tal vez incluso de rigor. Daniel sentía la necesidad de tocar a Melanie, a pesar de que se hubiera acostado con su enemigo, y pensaba en las partes del cuerpo que había intentado olvidar durante los meses pasados. Rainer había tenido tiempo más que suficiente de recorrer al detalle aquel inolvidable monumento de la naturaleza. Durante unos momentos, a Daniel le tembló la mano, aunque consiguió que sus órdenes llegaran hasta la punta de los dedos. A continuación, dejó la mano quieta sobre el muslo. No sabía cómo reaccionaría Melanie si la tocaba. Tal vez se asusta y estrella el coche contra la valla protectora, pensó Daniel. Solamente viajamos juntos porque somos los padres de Lea. Y siempre lo seremos. Es una responsabilidad ineludible, tenemos que salvarla. No puede convertirse en la víctima de una guerra. *Family is important shit.*

En la autopista, Daniel iba mirando hacia fuera por la ventanilla del

asiento del acompañante. Empezó a llover con fuerza. Aquaplaning por el carril. A izquierda y derecha, muros antiacústicos. El bosque no tenía buen aspecto. Demasiada sal en invierno. Una iglesia de autopista. Un restaurante de comida rápida. Un parque nacional. Un lugar en el que había estado Goethe, que había estado en todas partes. Ir en coche por la autopista no era sólo pasar de largo por los sitios. Información de tráfico en la radio y las mejores canciones de los ochenta, los noventa y de la actualidad.

El país que Daniel había defendido.